

LAS TARDES
DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ,

Regente de segunda clase, profesor de lenguas vi-
vas y catedrático cesante del Instituto de Se-
govia.

TOMO IV.

MADRID: 1855.

SE HALLARÁ EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,
plazuela del Anjel, núm. 12.

Tom IV

Tom IV

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
calle del Ave Maria, núm. 17.

LAS TARDES

DE LA GRANJA.

TARDE XLIII.

EL BUEN ECLESIAÍSTICO.

El que en su vida arreglado
 A todos da buen ejemplo,
 El que al servicio del templo
 Solicito y esmerado
 Concorre; que desvelado
 El bien de su grey procura;
 Aquel cuya vida pura
 Es como brillante espejo
 Y con obras y consejo
 Enseñare, es un buen cura.

PALEMÓN enseñó todas sus posesiones á Mr. Roland, en lo que pasaron una buena parte del día. Por la tarde, reunidos en el emparrado, continuó así su historia:

CONCLUYE LA HISTORIA DEL MAL PADRE.

Como os dije ayer, estábamos muy bien en casa del buen cura de Serville, aunque temíamos que aquel dichoso estado no podía ser de larga duracion, porque no se conciliaba con nuestra delicadeza ser tanto tiempo gravosos á este hombre escelente; sin embargo, nos aprovechábamos de cuantas diversiones se nos proporeionaban. Por la mañana disfrutábamos las delicias del campo, y por la tarde leíamos ó nos ocupábamos en varios juegos. El hijo de un labrador vecino, llamado Juan, era de nuestra tertulia, y siempre sentíamos el momento en que se separaba de nosotros, porque sobre ser ahijado del párroco, parecía un mozo completo: y aunque algunas veces se mostraba melancólico y taciturno, suponíamos que tendría pesares que á nadie quería confiar.

Una tarde que el párroco, su hermana, Sofia y mi madre jugaban á los naipes, me entretuve en dar á Juan una leccion de escribir, porque lo hacia muy mal. Hizome poner mi firma muchas veces sobre un papel blanco para admirar la variedad de mis rúbricas, que las hacia graciosísimas. Escribí, pues mi

apellido de mil maneras; en esto me llamó mi madre para consultarme una jugada; luego volví á la mesa donde escribía, y aunque no hallé en ella el papel de mis firmas, no concebí el mas leve recelo, y continué en dar lección á Juan, el cual á cierta hora se despidió de nosotros hasta el dia siguiente. Pero se pasaron este y otros tres sin que le viésemos, y al cuarto dia supe de él de un modo bien cruel. Pasaba cierto destacamento por el pueblo para ir de guarnicion á una ciudad muy distante, y salí á ver la tropa, prometiendo á mi madre que volvería al instante; pero apenas me interné en el pueblo, me ví preso por dos soldados y un oficial, el cual mirándome con mucha atencion me dijo: ¿No os llamais Roland?—Si señor. —Venid con nosotros; muy mal habeis hecho en no presentaros antes, y mereciais un severo castigo; pero por primera se os perdonará esta falta.—¿Qué falta?—¡Linda pregunta! ¿no sois soldado?—¿Yo soldado?—¡Bravo! haceos el tonto: ¿podeis desmentir vuestra firma?—¿Mi firma?

Entonces el oficial me mostró una filiacion en toda forma y firmada de mi mano, con lo cual conocí al instante el lazo en que me habia hecho caer el perverso Juan. El papel en que me habia hecho firmar estaba doblado; el blanco le

había llenado estendiendo mi obligacion de servir por seis años; y habian cortado con tanto artificio todas las demás firmas mias, que solo quedó en el papel la primera que había echado, y que era la que siempre usaba. ¡Cómo! exclamé; ¿ha podido Juan engañarme de esta suerte?—Juan no ha hecho mas que ayudar las intenciones de vuestro padre; y además es tan soldado como vos.—¿Soldado?—Sí, pero no nos detengamos en discursos inútiles: seguidnos ahora mismo. — ¡Gran Dios! ¿no podré avisar á mi madre?...—Es imposible; la compañía va desfilando, y no podemos detenernos un instante en el pueblo.

Insistí, supliqué y rogué con tanto ahinco á este feroz oficial que me concediese la gracia de ver á mi madre, que se resolvió acompañarme. ¡Qué golpe tan terrible íbamos á dar á la madre mas tierna! Llegué con el oficial, y hallé á mi madre almorzando tranquilamente con el cura y la madre de Sofia. Atónitos de ver conmigo un oficial, se levantaron; yo me arrojé á los brazos de mi madre, y no teniendo fuerza para significarla mis nuevas desdichas, lloré en su alterado seno.—¿Qué es esto, hijo mio? ¿qué tienes?—Señora, respondió el oficial, abrazad á Roland, y despedíos de él, porque es sol-

dato de mi compañía.—¡Soldado! exclamaron todos admirados. Espliqué por menor á mi madre la traición de Juan por instigación de mi padre, y la pobre señora se estremeció; pero el párroco con mucha gravedad, dijo al oficial: Caballero, las injusticias no deben sostenerse; no teneis derecho para quitar su libertad á este jóven por medio de una traición, y yo acudiré á vuestros superiores.—Apelad á quien quisiéreis, respondió friamente el oficial; pero entre tanto, yo me llevaré á mi soldado ahora mismo. Vamos andando.

Mi madre se postró á los pies del oficial que despreció su llanto: el párroco, enternecido con este espectáculo, dijo que no permitiría que me sacrificasen de este modo; y preguntó al oficial: ¿cuánto se necesita por su licencia?—¿Su licencia, señor cura? no se le puede dar, porque se va á declarar la guerra, y necesitamos gente.—Sin embargo, no ignorais que aquí en todo tiempo se puede rescatar un soldado: de consiguiente no nos podeis negar el rescate de este por la cantidad acostumbrada.—Pero, señor, se necesita bastante dinero.—Yo no sé lo que se necesita; aquí tengo veinte y cuatro luises de oro: ved si quereis aceptarlos; pero de lo contrario, os advierto que pediré al rey justicia, y puede ser que

os arrepintais de haber contribuido á maldad tan enorme.

Aunque el oficial conocía que su conducta sería reprobada por sus superiores, se hizo algo de rogar; al fin recibió la cantidad y me dejó libre. Le preguntamos cómo se había preparado este asunto; nos dijo, que al pasar por San German se le había presentado mi padre, y me había pintado con los mas feos colores, suponiendo que era un pícaro libertino de quien quería deshacerse, y que por tanto le había empeñado en que á toda costa procurase hacerse con mi firma. El oficial, que hacía ocho dias que había enganchado á Juan sin saberlo su familia, entregó á este cierta cantidad, que pagó mi padre, á fin de que, mediante la libertad con que nos trataba, me hiciese caer en el lazo. Lo consiguió perfectamente; y este miserable precisado á vender su libertad por efecto de su mala conducta, había implicado en su desgracia al que llamaba su buen amigo.

Mucho indignó al buen párroco tan vil accion de su ahijado; dijo que no volvería á verle, y nos suplicó que omitiésemos todas las demostraciones de gratitud. ¡Qué grandeza de alma! ¡privarse por nosotros de lo poco que había podido ahorrar! ¡hacernos tantos beneficios, y duplicar su precio por medio de

tan singular modestia! ¡qué contraste entre la conducta de mi padre y la de este eclesiástico! ¿es creíble que un padre haya sido capaz de multiplicar tantas acciones criminales contra un hijo que no tenía otro delito que el de amar á su desdichada madre? ¡Oh vosotros, niños felices, que teneis padres indulgentes, compasivos y virtuosos, cuán poco conoceis vuestra felicidad! ¡Bastaría que padeciérais la cuarta parte de lo que yo he padecido, para que supiéseis apreciar vuestra feliz situacion. ¿Qué le quedaba ya que hacer á mi padre contra un hijo inocente? ¿se valdría de nuevos resortes para perseguirme? Todo era de presumir de su parte; y las consecuencias vinieron á probar que no habia yo llegado todavia al término de sus vejaciones.

¡Considerad, amigos míos, cuál sería nuestra ternura para con un sacerdote á quien debíamos tanto! Volvimos á nuestros inocentes placeres, y no supimos mas de Juan. Tratábase de llevar al convento á Sofia; y esta jóven se manifestaba muy resignada, sin mostrar la más leve repugnancia, pues de lo contrario su tio nunca hubiera violentado su alvedrío, aunque conocia que cuando una jóven ha llevado una vida escandalosa y quiere enmendarse, no la queda partido más seguro que retirarse á un

cláustro, como asilo el mas propio de penitencia. Sabía al mismo tiempo que es menester muy verdadera vocacion para un estado tan austero; y que llevar al cláustro las inclinaciones que se han seguido en el mundo, es hacer un infierno perpétuo del retiro pacífico de la virtud. Había sondeado muy bien la disposicion de su sobrina, manifestándola todas las obligaciones que iba á contraer, para que no las sellase con un eterno juramento sino se sentía con espíritu bastante para cumplirlas: pero Sofia estaba resuelta; y ella y su madre conocían que el partido mas sano era el de un religioso retiro. Tal era este hombre virtuoso amigo de la religion que enseñaba; poniendo en práctica sus deberes sin pedantismo ni afectada austeridad. En su casa era amable y festivo; presenciaba los honestos juegos de los jóvenes; en una palabra era un padre tierno de todos sus feligreses, y un modelo de sacerdotes. No satisfecho con lo que hasta entonces había hecho por mí, trataba de procurarme alguna ocupacion útil. Había escrito á París á un amigo para que me proporcionase algun destino en que pudiese vivir sin separarme de mi madre; tenía ya prometida por su amigo esta gracia, y esperaba concluir el asunto de Sofia para participarnos el buen estado de nuestros

asuntos, cuando la malignidad de mi padre turbó de nuevo nuestra paz, y llenó de confusion toda la casa. Noticioso de que yo había conseguido mi libertad, y furioso por ver desvanecidos todos sus proyectos de venganza contra mí, dirigió sus baterías por otra parte; y se manejó del modo mas odioso para descomponernos á mi madre y á mí con el buen párroco, que era á quien únicamente temía.

La víspera del día en que Sofia se había de separar de nosotros, el señor cura y mi madre recibieron á un mismo tiempo dos cartas de mi padre: una para el párroco y otra para mi madre: en las dos nos acusaba á Sofia y á mí de estar en relaciones ilícitas, manifestando que aquella había sido su querida, y que yo le había arrebatado su amor: escitaba contra los dos el odio del cura, y de mi madre, y amenazaba á esta de que muy en breve le vería ir á reclamar sus derechos sobre ella y sobre mí.

El efecto que el contenido de estas cartas produjo en el buen eclesiástico y en mi madre es indecible; comunicáronselas respectivamente, llamaron á Sofia y despues á mí, y de ambos supieron la parte de verdad que contenían, asi como las razones de prudencia y delicadeza que nos habian impedido revelarlas, y los dos quedaron convencidos de nuestra

inocencia y de la increíble perversidad de ánimo de mi padre. Pocos momentos despues llegó este reclamando del párroco nos pusiese á su disposicion, pero fué rechazado con indignacion, y se retiró prorumpiendo en terribles amenazas.

Al dia siguiente entró Sofia en el convento, y dos dias despues entabló mi madre el recurso de separacion, el cual segun las apariencias debia producir el resultado de vernos libres de tantas persecuciones. Con este motivo tenía que hacer continuos viajes á París, adonde yo solía acompañarla, y como la distancia es corta íbamos á pie.

Una tarde que regresábamos ambos de practicar varias diligencias, salieron de un bosque tres hombres enmascarados y armados de pistolas, los cuales nos intimaron que nos dejásemos atar y conducir hasta una silla de posta que á corta distancia del camino estaba. Yo no llevaba mas armas que un palo, quise no obstante resistirme, pero dos de ellos me desarmaron con la mayor facilidad y empezaron á sujetarme los brazos. Mi madre entonces sorprendiendo al tercero le quitó una pistola que llevaba á la cintura, la disparó contra uno de los que me sujetaban y le penetró el tiro por un costado, cayendo desfallecido en tierra: apenas vieron esto los otros

dos huyeron precipitadamente: no dudamos mi madre y yo que esta fuese una nueva asechanza de mi padre: ya nos poníamos de nuevo en camino para el lugar á reclamar auxilio para el herido, cuando este volviendo en sí y esforzando la voz, empezó á llamarnos: ¡Esposa!... ¡Hijo mio!... socorredme. Atónitos al oír estas palabras, corrimos á su socorro: le descubrimos el rostro y en efecto era mi padre.... Llenos de pesar y olvidando lo que por él habíamos pasado, procuramos cubrir la herida, le pusimos en el carruaje, que nos dijo era suyo, y le condujimos á casa de nuestro protector, donde no obstante haberle prodigado cuantos auxilios reclamaba su situación, solo los espirituales pudieron alcanzarle, pues al día siguiente espiró. Poco antes de morir nos hizo acercar á su lecho, y con débil voz nos habló de esta manera:

«Voy á espirar, y el velo del vicio que me cegaba, desaparece enteramente. No veo mas que mis errores, y el furor con que he perseguido á una esposa honestísima y á un hijo respetuoso, y que estas persecuciones me conducen al sepulcro. Yo, esposa mia, no puedo culparte por mi muerte; ¡no quiera Dios que incurra en tal injusticia! tú no podías presumir que yo, acompañado de dos auxiliadores de

mis ideas, queria arrebatarte juntamente con tu hijo: un movimiento de desesperacion y de ternura maternal te ha proporcionado, sin saber cómo, la mas justa venganza. Yo te destinaba para víctima de la traicion mas horrenda, que debería quedar sepultada conmigo en eterno silencio; pero que voy á revelar, á fin de que esta confesion sincera sirva de espiacion de mis crímenes, y pueda dulcificar la amargura que mi pérdida podría causaros. En vuestro seno y en el de este respetable ministro del Altísimo, voy á depositar esta terrible confesion; nunca salga de vuestros lábios: este es el único favor que os pido. Siempre persuadido de que mi hijo me había arrebatado el corazon de Sofia, y de que su madre apoyaba tan criminal conducta, resolví perder á entrambos á toda costa. Cuando ví que mi esposa solicitaba el divorcio, y que ante los jueces se hacian patentes mis desaciertos, me enfurecí; y conviniéndome con un oficial de marina, mediante una cantidad que le entregué, tratamos del rapto de madre é hijo, llevaros despues hasta Brest, y sepultaros en un navío que mandaba el oficial, y que al instante debía hacerse á la vela.

»Este, mi criado y yo nos disfrazamos, y os esperamos á la entrada del bosque por donde habiais de

pasar al volver de París. Nuestra idea no era causaros daño alguno, sino únicamente asustaros, haceros subir á la silla de posta que habría dirigido mi criado, y darme en ella á conocer para que vosotros intimidados con mi presencia no hiciéseis resistencia alguna. No temía peligro alguno, pues sabía que mi hijo, que era quien podía oponerse á mis intentos, no llevaba armas. Esta confianza fué mi castigo, y caí bañado en mi sangre por la generosa quanto inesperada resolucion de mi esposa. El oficial, que ya estaba pagado, y mi criado, huyeron abandonándome á mi suerte: ¡conducta ordinaria de los malvados! Este es, amigos míos, el infame proyecto de venganza que yo había concebido. A no ser por tan manifiesta disposicion del cielo, os hubiérais visto prófugos y sin asilo en nuestras colonias, ó abandonados en alguna isla desierta. El golpe mortal que he recibido ha iluminado de repente mi entendimiento: todos mis vicios se presentan á mi débil imaginacion, y oigo la verdad que no puede desconocer el hombre á las puertas del sepulcro. Siempre conocí mis injusticias, pero nunca tanto como ahora. Aborrezco mi conducta, y estoy tan arrepentido, que si el cielo prolongase mi vida, no la emplearía mas que en haceros felices. Pero ya es tarde: ha

llegado el día de mi destrucción.... ya para mí ha sonado la hora de la muerte, y estos cortos instantes debo emplearlos en mi provecho espiritual: perdonad mis crímenes, y si os fuere posible no aborrecáis mi memoria.»

Así habló mi padre; y nosotros le protestamos que su pérdida nos era infinitamente sensible. Nos encargó que en su nombre pidiésemos perdón á Sofia, en quien siempre había notado bellísimas disposiciones para volver al camino de la virtud. En seguida dispuso su testamento, por el cual nos instituyó herederos de lo poco que había quedado, y declaraba nuestra inocencia en su desgraciada muerte. Poco tiempo despues dejó de existir. Mi madre estaba inconsolable: fué preciso no perderla de vista para evitar algun extremo desesperado. Por fin, los saludables consejos del párroco calmaron poco á poco su dolor, y despues de hacer las exequias de mi padre fuimos á París para acabar de sincerarnos ante la justicia, y para arreglar los asuntos de intereses: y aunque los de mi padre se hallaban en muy deplorable estado, pudimos juntar la cantidad suficiente para comprar el molino que habito, y adonde vinimos huyendo de los paises que nos habian sido tan fatales. En fin, á falta de otro recurso, me hice

molinero; y ayudado de mi tierna madre, que era sumamente laboriosa, gozaba una vida tranquila y bastante cómoda. Mucho sintió nuestra falta el buen cura, que sobrevivió poco tiempo á mi padre, y murió en brazos de su hermana, la cual vivió algunos años manteniéndose con una mediana renta vitalicia que tenía, con la que tambien ayudaba á Sofia, que fué ejemplo de virtud en su convento. Mi madre sufría mucho: conocía yo que una pena interior la consumía, y por lo mismo dupliqué todas mis atenciones para con ella; pero todo fué inútil: al cabo de cuatro años tuve la desgracia de perderla. No conoció en la vida mas que penalidades, y á no ser por la ternura maternal que sostenía su corazon, la hubiera sido imposible resistir al peso de las desgracias que la abrumaron desde el punto de su infeliz casamiento. Yo tambien me casé con una virtuosísima muger que perdí despues de haberme hecho padre de dos hijos que estan actualmente en París y me prometen una feliz ancianidad.

Tal es, amigos míos, la historia de mi desgraciada juventud. Ya habeis visto el cuadro de un mal padre y un mal esposo. Comparad ahora á vuestro padre con el mio, y decid si el cielo no os ha favore-

cido mas que á mí, dándoos un padre tierno, virtuoso é indulgente y sin embargo le causais algunos disgustos: ¡ah! ¿qué hubiérais hecho en mi situacion? Sabed, pues, hijos míos, apreciar vuestra felicidad, y haced todo lo posible para merecerla.

Así acabó Roland su historia, que había interesado hasta lo sumo á los muchachos. El retrato de un mal padre era muy propio para hacer resaltar la bondad del suyo; así fué que todos y Benito el primero, corrieron á abrazarle, prometiéndole reconocer este beneficio del cielo con su docilidad y firme resolucion de no hacer mas que lo que fuese de su agrado.

Palemon, embelesado del efecto que había producido aquella terrible leccion, dió secretamente las gracias á su amigo Roland, el cual con gran complacencia de Benito se despidió y marchó á su molino.

TARDE XLIV.

LA AVARICIA.

¿Ves ese hombre pensativo
Que pálido y demacrado
De continuo está azorado?
¿Que insensible al atractivo
De todo humano incentivo,
Ningun objeto le es caro
Por que es el único faro
Que le guía el interés?
Pues ahí donde le ves,
Ese hombre es un avaro.

Con el perdon de Benito volvió la casa de Palemon á su estado normal. La alegría reinaba por todas partes; si la presencia de Roland había mantenido la seriedad en aquel inquieto muchacho, su retirada había destruido todos sus recelos; ahora ya se manifestaba mas afable con Leon y Julio, mas complaciente con Adela y mas galante con Enriqueta,

lo cual causaba en Palemon una satisfaccion indecible.

El tiempo estaba hermoso, la naturaleza encantadora, y la multitud de espigas que los sembrados presentaban, prometían una abundante cosecha. Armando propuso ir al bosquecillo á coger guindas, provistos de pan para comerlas: la proposicion fué aceptada por unanimidad de votos, y partieron, llevando el mayor la racion de Enriqueta y Julio la de Adela. Las dos jóvenes recibian en sus delantales la fruta que sus amantes desde la copa de los árboles las echaban, y Benito y Leon se ocupaban en limpiarlas para despues comerlas juntos. Cuando ya tenian suficientes bajaron de los árboles; pero Julio tenía un obsequio que hacer á su querida: había encontrado un nido y fué á presentársele á Adela. Armando no quiso ser menos, buscó otro y le ofreció á Enriqueta.

De aquí nacieron una multitud de reflexiones sobre la ternura maternal, y de ellas resultó el decretarse la libertad de los animalitos. Los nidos fueron de nuevo colocados en sus sitios, y viéronse al punto bajar sobre ellos una multitud de pájaros que llevaban granitos de trigo en el pico.—Sin duda era muy grande el sentimiento de las pobres aveci-

llas; acaso tan grande como el que nosotros experimentaríamos si nos privasen de nuestros padres.— Como el de Emiliano, repuso Julio, cuando le separaron de su madre.—¿Quién ese Emiliano? preguntó Enriqueta; y Armando tomando la palabra refirió á la jóven toda la historia de aquel interesante muchacho á quien de dia en dia esperaban en la granja segun había dicho Palemon.

Mucho interesó á la hija de Delacour este relato y de él dedujo que Emiliano debía ser hijo de algun matrimonio de inclinacion.—¿Y qué, preguntó Armando, solo estos casamientos son desgraciados?— Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores.—Pero cuando estan autorizados con la bendicion paternal ¿hay acaso estado mas feliz?—No le hay, respondió Julio dando un profundo suspiro.—¿Qué es esto? dijo Benito, aqui todos suspiran.—¿No ves, dijo Leon, que todos aman? Armando quiere á Enriqueta, y hace bien porque lo merece, y Julio ama á nuestra Adela. Sí; yo lo digo, no os pongais ahora colorados.

Enriqueta miró tímidamente á Armando, el cual dijo: Yo por mi parte lo confieso.— Yo tambien, añadió Julio. Leon les hizo observar que al menos

debían agradecerle el haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaracion , sobre lo cual se dijeron mil chistes unos á otros.

Esta conversacion duraba todavía poco antes de comer, cuando vieron llegar un coche del cual salieron dos señoras de edad, la una mas que la otra, un caballero, una jóven graciosísima y un muchacho á quien al momento conocieron por Emiliano. Al instante corrieron á abrazarle los hijos de Palemon, y este entre tanto recibió con la mayor cordialidad al caballero y la señora, dándoles la bienvenida á su posesion.—Aquí teneis á mis padres, dijo Emiliano.—Sí, añadió Brígida, por fin quiso Dios que los hallase.

Despues de los cumplidos ordinarios y de haber descansado un rato, comieron alegremente, haciendo á Emiliano incesantes preguntas relativas á sus aventuras, y les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde. Llegada la hora de la reunion, la madre de Emiliano se encargó de referir sus propios sucesos, para continuar con los de su hijo, lo que verificó en esta forma:

CONTINUA LA HISTORIA DE EMILIANO.

Antes de relatar los sucesos ocurridos durante el curso de mi vida, debo decir algo de las aventuras de mi padre, para que conozcáis las causas que determinaron á un tío, el mas avaro y perverso, para perseguirme y perseguir á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante y tenía un hermano mayor, tambien dedicado al comercio, el cual se había arruinado varias veces por sus falsas especulaciones. En muchas ocasiones le había ayudado mi padre con su crédito y caudal: pero este hermano, sin principios y sin conducta, acababa de perderse incurriendo en una fraudulenta quiebra. Mi padre, cansado de disminuir, por favorecer á un hombre tan disipado, el caudal que me pertenecía como hija única, pues mi madre había ya muerto; y viendo por otra parte que ningun sacrificio sería bastante para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxilios, y al mismo tiempo manejarse de modo que que nadie censurase el que no socorriese á su hermano. Para este efecto hizo circular la voz de que una quiebra, aun mas fuerte que la de su hermano,

le precipitaba en el abismo de la miseria. Representó su papel tan bien, que lo creyeron todos, y mi tío el primero, el cual todavía esperaba auxilios de su hermano, y ya se veía sin la menor esperanza. Pero mi padre que no tenía deudas, y por consiguiente á nadie hacía perjuicio, vendió secretamente sus bienes raíces y todo cuanto poseía, reduciéndolo á dinero que encerró en un cofre de hierro. Queriendo huir de su país, donde le avergonzaban las infamias de su hermano, se propuso llevarme á un país estrangero, y allí entregarse de nuevo al comercio, y cuidar de mi educacion y mi fortuna.

Ya había despedido á sus criados; las maletas estaban preparadas y en una de ellas había puesto su cofrecillo de hierro lleno de oro; pero antes de partir envió á llamar á Leclerc su cajero, á quien había colmado de regalos y que era de toda su confianza. Estando pues los dos solos, mi padre le dijo: Amigo; ya que nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años, y siempre has correspondido fielmente á tus obligaciones, nada debo reservarte, y no quiero que como todos creas que estoy totalmente arruinado; no, amigo mio: veo que estás muy contristado por la idea de mi ruina, y debo consolarte. Sabe, pues, que poseo mas de doscientas mil libras en oro;

guarda en tu corazón este secreto y despidámonos sin esta pena. En cualquiera parte que determine establecerme te escribiré y mantendré contigo mientras viva la justa correspondencia que debo á tu cariño y probidad.

El anciano Leclerc, gozosísimo de que su amigo no fuese tan desdichado como él había creído, registró el cofrecillo, contó alegremente la cantidad que contenía, abrazó á mi padre, le prometió el secreto, y se despidió de él deseándole un próspero viaje.

Ibamos ya á partir, el coche nos esperaba, cuando á mi padre, que era muy grueso y sanguineo, le acometió un accidente apoplético, cayendo sin sentido, y muriendo de allí á pocos minutos. Tenía yo entonces cuatro años; pero conservo este doloroso caso tan presente como si acabára de suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, mientras que unos vecinos officiosos (pues no teníamos ya criado alguno) informados del suceso, se apresuraron á dar parte de lo ocurrido á mi tío. Llegó Mr. Dubourg muy sofocado, se arrojó sobre el helado cuerpo de su hermano, é hizo cuantos estremos de dolor puede sugerir el amor fraternal: ¡Qué desgracia! decía, qué desgracia para esta pobre criatura! ¡perder su padre en tan tierna edad! ¿qué será de ella? ¡Yo

me veo arruinado y tambien lo estaba su padre! yo no puedo encargarme de ella, no es posible.... ¿cómo la he de educar? ¡Aun si le hubiera quedado algo á su padre! pero todo lo vendió para pagar á sus acreedores. Estas maletas.... ¿qué ha de haber en ellas? algunas ropas suyas y de su hija.... ¿pero por qué á este hombre le había ocurrido espatriarse? sin duda que el dolor de verse precisado á abandonar su país le ha causado la muerte. ¡Dios mio! Dios mio! Buenas gentes: dijo á los vecinos, hacedme el favor de recoger esta pobre niña, mientras yo examino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa.... En fin, es preciso registrarlo todo. No sé cómo ha sido... Yo sabía los asuntos de mi hermano como los míos.... parecía imposible..... Al cabo, yo soy el único pariente que la queda á Carolina: llevadla, llevadla por Dios, mientras yo lo registro todo.

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y mientras este procuraba consolarme, mi tío se encerró en el cuarto donde todavía estaba tendido el cadáver. Yo no sé si mi tío, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas; pero sea de esto lo que fuere, quedó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apenas podía levantarle.

Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió.... ¡qué sorpresa tan agradable! ¡qué alegría sería la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio, y varias ricas alhajas! El malvado cerró el cofre, le ocultó en un sitio muy retirado, llamó á los vecinos, y les dijo: Venid á ver qué rica herencia; ¿no lo había yo dicho? unos miserables vestidos: á esto se reduce todo; ni hay con que pagar el entierro. Sed testigos todos de tan opulento patrimonio: mirad esta maleta.... esta otra... Yo no puedo encargarme de la niña: será preciso llevarla á una casa de caridad.—¡Santo Dios! exclamaron los vecinos, ¡llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa! no por cierto; nosotros nos encargaremos de ella, aunque sea contribuyendo cada cual con alguna cosa.—¡Me agrada, dijo mi tío, semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones! ¡no permita el cielo que yo me muestre menos generoso que vosotros con una sobrina mia! y así aunque nada deja mi pobre hermano, y yo también estoy miserable, quiero llevarme la niña. Trabajaré cuanto puede para mantenerla; no tengo hijos, y haré cuenta que Dios me ha dado una hija. Ven querida, ven á los brazos de tu tío, que nunca te

abandonará. ¡Oh hermano! tú que me has tratado muchas veces con tanta dureza, ¡ojalá que pudieras ser testigo de lo que hago por tu hija! pero no pensemos sino en disponer su entierro y llevar á mi casa todos estos despreciables efectos.

Los vecinos, persuadidos por la voz pública de que mi padre habia muerto en la mayor pobreza, se retiraron al ver que de todo se habia encargado mi tio, el cual se llevó la llave de la casa, y me condujo á la suya. Era soltero, no tenia criado, y habitaba en una especie de boardilla. Aunque yo era de tan tierna edad, esta mutacion me fué muy dolorosa, y parece que adivinaba las infinitas desgracias que luego habian de sucederme.

A la mañana siguiente enterraron á mi padre; y mi tio para echar el sello á su refinada hipocresía, tuvo muy buen cuidado de pedir en la parroquia que le enterrasen de limosna. Despues hizo traer á su cuarto las maletas; pero por sí mismo trajo de noche el precioso cofre. Dos dias despues me puso en casa de unas pobres mugeres, donde estuve hasta la edad de diez años trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad, y sin comer lo suficiente á satisfacer mi apetito, ó por mejor decir mi hambre.

Mr. Dubourg enriquecido, como desde luego se conoce, con las doscientas mil libras que le había valido mi herencia, procuró no ostentar conveniencias en los primeros años. Obtuvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo; renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo avaro tanto como había sido pródigo. Tenía yo diez años cuando mi tío, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios, y se retiró del comercio. Había comprado una casa muy buena en París, donde vivía retirado conmigo y una ama de gobierno. Yo que apenas había conocido á mi padre, y creía que había muerto en la mayor pobreza, daba entero crédito á lo que me decía mi tío: que á no ser por él habría yo experimentado los crueles extremos de la indigencia, y que por consiguiente le debía el mas profundo reconocimiento. Por esta razon, y á pesar de su dureza, altivez y consumada avaricia, la gratitud me le hacía respetar como á un tierno padre. Así viví con él seis años, ocupándome en el cuidado de la casa. Se había cargado de humores, consecuencia precisa de la mala conducta de su juventud y de algunas enfermedades, por lo cual tenía insufribles impertinencias; de modo que yo no disfrutaba de la menor diversion. Casi no

salía de casa: solo cuando lo verificaba mi tío, le acompañaba; y por la noche le leía algunos libros serios, ó jugaba con él á los cientos. Añadid á estas mortificaciones la continua presencia de una vieja ridícula, de maldito genio y muy envidiosa, y conoceréis qué género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razon, en la cual comienzan mis particulares y personales sucesos. Prestadme toda vuestra atencion.

 Mi tío siempre había sido amigo de un cierto conde de Armance, á quien en otro tiempo había prestado algun dinero que jamás logró recobrar. Era este hombre de cuarenta años poco mas ó menos, viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentacion, y se preciaba de tener grande influjo en la corte. Mr. Dubourg atendía escrupulosamente á mantener amistad con este caballero; y aunque yo no sabía el motivo, veía que delante de él se manifestaba muy humilde y respetuoso. Pero el conde, que de cuando en cuando venía á visitarle, tenía un objeto que mi tío estaba muy lejos de sospechar: me había visto, yo le gustaba, y había formado acerca mí criminales designios. Tenía el conde un secretario jóven, tan amable como aborrecible su amo: llamábase Leclerc, y estaba dotado de cuantas prendas y bellas

cualidades adornan á un hombre. Muchas veces venia Leclerc á traernos cartas ó algunos simples regalos de parte del conde, y siempre que se presentaba, con sus miradas y suspiros me daba á entender que yo habia rendido su corazon; me complacia de ello, y con el mismo lenguaje mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendíamos sin habernos hablado de amores. El conde, que le quería mucho, le traía varias veces á nuestra casa: yo para ver con mas frecuencia á Leclerc, suplicaba al conde que nos favoreciese mas á menudo con su presencia; y aunque este interpretaba en su favor mis demostraciones, Leclerc conocía su verdadero espíritu, y sabía cuál era la verdadera causa de mis deseos; así, en cuanto podía empeñaba á su amo á que concurriese á casa de Mr. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposicion, cuando un dia el conde viéndome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorprendió mucho y aun me inspiró grandes cuidados. Sabía yo que este hombre podía disponer libremente de su mano, conocía el carácter ambicioso del avaro Dubourg, y temía que me sacrificase á la grandeza y opulencia. Señor, respondí al conde delante de Leclerc, que no podía disimular su agitación, mucho honor me haceis; pero conozco que sois

muy delicado, y por tanto no querreis aspirar á mi mano sin obtener mi corazon. Si este no consultase mas que la elevacion y la fortuna, os hubiera preferido; pero por desgracia solo atiende á la voz del amor, y no tiene libertad para disponer de sí mismo. —¡No tiene libertad! exclamaron á un tiempo el conde y Leclerc.—No, señor conde: yo amo á un jóven lleno de mérito, y me lisonjeo de que secretamente corresponde á mi afecto. Le veo con frecuencia, está.... en esta casa, y nunca nos hemos declarado nuestra recíproca pasion; pero os protesto á entrambos que él será mi esposo, ó acabaré mis dias en un claustro.

Demasiado atrevimiento era para una persona de mi edad hacer semejante declaracion á un amante en presencia de su rival; pero este era tan orgulloso, y tenía tanta confianza en su secretario, que no sospechó que este pudiera ser el objeto de mi amor. Leclerc, por mucho que procuré reprimir mis ojos, adivinó el sentido de mis palabras, y faltó muy poco para que le descubriesen los ímpetus de su regocijo interior. El conde, despues de haber reflexionado un poco, me dijo: Señorita, ese es un amor bien inesperado: ¿nunca se le habeis participado á vuestro tio, ó á alguno de vuestros amigos?—Nun-

ca.—¿Y ese jóven se halla en esta casa?—Sí por cierto.—A la verdad que no alcanzo.... ¿y tiene padre?—No señor; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera.—Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente, es preciso que sea esposo vuestro.—Eso es lo que yo deseo.—Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invencion para retraerme de mi pretension; pero yo lo sabré: participaré á vuestro tio esos sentimientos, y veremos.—Muy bien; veremos.

Picado estaba el conde y yo tambien; Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de esta escena se hallaba satisfecho; pero al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer el despecho y el odio que profesaba al conde. Fué este á verse con mi tio, y le pintó mi oculta pasion con tan ridiculos rasgos, que Mr. Dubourg, asegurándole que en la casa no había jóven alguno sobre quien pudieran recaer mis espresiones, le ofreció reprenderme, y obligarme á corresponder á sus deseos. Comieron aquel dia con nosotros el conde y Leclerc. Mr. Dubourg nada me dijo: por la noche hubo un poco de música, y Leclerc, á instancias mias cantó al piano los siguientes versos, cuyo sentido penetré al instante.

Silencio, corazon mio,
no reveles tu pasion;
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

¿Qué mas de tu Anarda bella
deseas si la ocasion
permite que de sus ojos
admires el esplendor,

Y que en sus tiernas miradas
leas el sumo favor
que benévola á tus ánsias
rinde á tu casta intencion?

¿No ves sus rosados lábios
que envidia dan al amor
cuál sonrien hechiceros
con entusiasta expresion?

¿De tus suspiros no escuchas
el eco consolador
en los que el pecho de Anarda
devuelve con aficion?

Pues si ves cuán amorosa
te paga ardor con ardor,
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

Al otro dia, mi tio me reconvino ágricamente por haber despreciado el amor del conde, y quiso á toda costa que le manifestase quién era mi amante: no habiendo podido lograrlo, despidió al maestro de música y cerró la casa á los pocos amigos que la frecuentaban, con lo cual quedamos en el mayor aislamiento. Además dijo que el conde deseaba casarse conmigo, pero de secreto, porque las conexiones que el conde tenía en la corte no le permitían hacer público un casamiento tan desigual, y que debía disponerme á recibir su mano, amenazándome con que de no hacerlo así me arrojaría de su casa. Desde entonces solo el conde y Leclerc tenían entrada franca en casa, y á instancia del primero le fué permitido á mi amante hablarme en secreto á fin de que pudiese convencerme á que amase al conde. Fácil es de imaginar que Leclerc no desperdiciaría los preciosos momentos que estábamos solos, en hablar en favor de otro, teniendo tanto en que ocuparse de sí mismo.

El amable secretario del conde estaba mas enterado que yo de lo que concernía á mis intereses. Carolina, me dijo en la primer entrevista secreta que tuvimos, os conozco y os amo desde vuestra infancia; soy hijo de aquel cajero que tuvo vuestro padre;

y á quien hizo dueño de toda su confianza. Antes de morir hizo retirar á todos, y me refirió la conversacion que había tenido con vuestro padre al tiempo que estaba para viajar, y añadió: yo nada sé; pero estoy creyendo que alguno le habrá robado al buen Mr. Dubourg; y si así fuere, si tú le encuentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, infórmate del cofrecillo; procura indagar la suerte de un hombre á quien debo la corta herencia que te dejo. Hijo mio; este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á dejar mi existencia. Sobre todo, te encargo que si fueres á París te informes de este hombre, de su hija, y del cofrecillo que no puedo desechar de mi imaginacion.

En efecto, era admirable que este cofrecillo, donde estaba depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parece que algunas veces presentimos las desgracias que deben sucedernos, ó á los que profesamos particular cariño: mi padre lo experimentaba así, y yo le prometí cumplir exactamente su voluntad. Espiró en fin, y después de haber cumplido cuantas obligaciones me competían en tal caso, auxiliado de un tío que quiso

ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé, y su producto lo puse á ganancias: despues de todo esto me vine á París, donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la misma casa que habitó. Grande fué mi sorpresa cuando los vecinos me dijeron que había muerto una hora antes de su partida, al siguiente dia del en que fué mi padre á verle por última vez. Pregunté por Carolina, y me dijeron que su tio se la había llevado y la tenía consigo; hice todas las demás preguntas que me parecieron oportunas, y solo me contestaron que vuestro tio había estado algunas horas encerrado en elcuarto del difunto, registrando todo su equipage, y que despues hizo á los vecinos testigos de la miseria en que había muerto su hermano: con lo que recogiendo cuanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para esclamar ¡qué pícaro! pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así pues, sin detenerme en profundizar este asunto, que su fondo nada me interesaba, solo traté de buscar algun acomodo que pudiese proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el conde de Armance: me presentaron á él, me admitió, y continuó como veis en servirle. Debo ahora deciros, amable Carolina, lo que

me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mio. El conde es un necio, libertino y de mala intencion. Mil veces le hubiera dejado, á no ser por la esperanza de lograr con su influjo algun destino en que poder adelantar. Es hombre disipador: siempre está pidiendo prestado; pero lo que con una mano recibe, lo prodiga con las dos, de modo que yo tengo mas gratificaciones que sueldo. Por tanto, contemporizo con él, soy su intimo confidente; y lo celebro infinito, porque así estoy instruido de todos los proyectos que forma contra vos. —¿Contra mí?—Sí señora; este hombre desnudo de toda probidad, ha prometido á vuestro tio que se casaría con vos de secreto, por no indisponerse con su familia; pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido: su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de párroco, con que nada mas tengo que advertiros.—¡Oh cielos!—Cuando me comunicó su intencion procuré ocultar mi indignacion; y haciéndome el admirado, le pregunté por qué no se resolvía á contraer un enlace legitimo, á lo que me respondió: ¿Qué quieres Leclerc? esa muchacha es pobrísima; su tio, avaro sobre todos los que lo son, dice que la ha criado por caridad, porque su padre no había dejado mas que deudas: si este maldito tio

se quisiera sangrar dándola un buen dote..... pero no, no; ni aun de ese modo: pienso tratar este asunto solo por puro entretenimiento.

Al instante me acordé de la historia del cofrecillo, que casi se me había olvidado, y ví claramente que se lo había apropiado vuestro honradísimo tío, sin participárselo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripcion del cofrecillo, que no puedo engañarme acerca de su figura y construccion. Es prolongado, todo de hierro, un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras; en lo interior hay varias divisiones donde estaban los luises de oro en rollos; y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apodereis de este cofrecillo; ¿nunca le habeis visto? ¿no tiene vuestro tío algun guardamuebles?...—Mi tío tiene en su gabinete un guardarropa que nunca he registrado, porque á nadie dá las llaves.—Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busqueis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por cualesquiera medios. La astucia en semejante caso no es reprehensible, porque se trata de que recobreis vuestros bienes, y de confundir á un pícaro.

Conocí que Leclerc tenía razón, y prometí hacer cuanto estuviera de mi parte. Cuando ya quedamos conformes sobre este importante asunto, le dije: Para entretener al conde y ganar nosotros tiempo, le hareis presente que exijo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de condesa; que quiero vivir en la misma casa que ocupa; que quiero coches, caballos, y todo el tren correspondiente á la clase en que tengo de entrar; y finalmente, que antes de verificarse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazón entró mi tío. Leclerc se retiró prometiéndome que participaría cuanto yo le había dicho á su amo el conde. Mi tío quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome antes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tío, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una muger como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenía derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las

señoras de la alta clase; en una palabra; Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocía que se había de enojar, había querido, antes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desden.

Se me había hecho odioso desde este momento. Lejos de mirarle como á mi bienhechor, no veía en él sino un hombre sin fé, sin honor, y sin probidad. ¡Cómo! decía yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecía este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacía el jóven Leclerc, á quien debía tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad! El amor era el único sentimiento que podía dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tio, sin escitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenían que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se continuaría una historia que tenía embelesados á los muchachos.

TARDE XLV.

LA FELICIDAD MUNDANA.

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirije tu inclinacion
A otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aqui hay dicha sin dolor.

SOBREMANERA impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

CONTINÚA LA HISTORIA DE EMILIANO.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasión de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tío tenía la costumbre de dormir una ó dos horas después de comer; y durante este sueño, tuve un día proporción para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre varias ropas, hallé la alhaja que buscaba, pues no podía engañarme con las señas que Leclerc me había dado. Me apoderé de este convincente testimonio de la codicia de mi tío, y dejando las cosas en el estado que las hallé, llevé el cofrecillo á mi cuarto, donde le oculté cuidadosamente. Por dicha, mi tío no despertó durante esta arriesgada operacion, y así volví á poner las llaves en su bolsillo, y esperé con impaciencia la venida de Leclerc. A la noche cuando me retiré á mi cuarto, examiné el cofrecillo que antes había abierto, y encontré en el fondo muchas cartas de mano de mi padre; y entre otras cosas lei una lista de las ventas que había realizado. A lo último del papel había esta nota: «Yo he hecho construir este cofrecillo á Mr. Dumont, maestro cerragero en la calle de la Harpe, á

»fin de depositar en él doscientas diez mil cuatrocientas y ocho libras, que componen ocho mil setecientos sesenta y siete lises; todos divididos en rollos de á mil y ciento.—*Cárlos Dubourg.*»

Debajo había otra nota de mi tío, que decía así:

«Efectivamente, hallé en este cofrecillo la suma designada en la lista de mi hermano.—*Lorenzo Dubourg.*»

Convincentes eran estas pruebas, y en mi concepto podrían hacer mucho efecto recurriendo á la justicia; pero este medio era violento, pues arruinaba á un hombre que á lo menos me había criado, y en cierto modo me tenía obligada. Además de esto para proceder judicialmente era preciso salir de casa, y no tenía parienta ni amiga con quien pudiese estar decentemente y con seguridad; así pues, me propuse callar hasta consultar á Leclerc. Vino el conde á verme, tuvo despues una larga conferencia con mi tío, y luego se me presentó este intimándome que me dispusiese á partir con él al dia siguiente.—
¿Y á dónde vamos?—Al castillo de Armance, donde ya está todo preparado para tu casamiento.—Pues qué ¿me sacrificais de esta manera?—Antes bien trato de hacerte feliz. El conde y yo hemos conside-

rado que tus pretensiones son locas é irrealizables; y no puede consentir en hacerte esposa suya públicamente. Clase, estado, crédito, todo lo perdería; pero despues, si te conduces bien con él, conseguirás todo lo que ahora deseas. Aprovéchate pues de las ventajas que se te ofrecen, y que no podía esperar una muger como tú, sin circunstancia particular que te recomiende en el mundo. Mañana te casarás, y día llegará en que me des las gracias por la elevacion que te proporciono.

Iba á decirle que el proyectado matrimonio no era mas que un puro artificio, y que él y yo éramos víctimas de la traicion del conde; pero me contuvo el temor de que me preguntase quién me había informado de ello. No hice pues sino llorar y protestar que no iría al castillo de Armancé, y que nunca consentiría en semejante matrimonio. Mr. Dubourg me juró que si me resistía á darle esta satisfaccion, me abandonaria enteramente; y salió mandándome elegir entre salir para siempre de su casa ó casarme con el conde.

Quedé sola, y no sabía qué partido tomar cuando volvió á entrar mi tio con Leclere. Entregóme este un soberbio regalo de parte del conde, reducido á encajes y vestidos. Yo estaba anegada en lágrimas y

no quería admitir nada; pero una seña de mi amigo me determinó á aceptar el regalo. Díjele que iba á elegir lo que era mas de mi gusto, y que tuviese la bondad de esperar para llevarse lo restante. Convino, porque se persuadió de mi intencion, y se quedó con mi tio. Entre tanto me retiré á mi cuarto, donde registrando las ropas que el conde me enviaba, encontré una carta de Leclerc concebida en estos términos:

«Consentid en todo: dejaos conducir mañana; yo
»dispondré las cosas de modo que vayais sola en un
»coche, y hareis cuanto se os diga. No puedo deciros
»mas: ¿sabeis algo del cofrecillo?»

Al instante le respondí así: «El cofrecillo está en
»mi poder: ¿cómo podré entregárosle? Seguiré pun-
»tualmente vuestros consejos.»

Devolví á Leclerc un vestido de seda poniendo al mismo tiempo en su mano mi contestacion. Mr. Dubourg, viendo que yo despreciaba un vestido tan rico le arrebató de las manos de Leclerc. ¿Por qué razon, exclamó este hombre avaro, dejas este precioso vestido? ¿piensas qué yo tengo disposicion para darte otro semejante? no señora, ó tomarlo ó dejarlo todo. Por fortuna Leclerc tuvo maña para ocultar el papel, razon por qué apoyó las ideas de mi tio rogándome

que admitiese todo cuanto me había traído: así lo hice. Leclerc se retiró; yo fingí la mayor desesperación, y mi tío, que se burlaba de todos mis sentimientos, me reiteró la orden de disponerme para partir á las nueve de la mañana siguiente.

Pasé una noche cruel, porque ignoraba los medios de que se valdría Leclerc para sacarme de aquel apuro. Estaba segura de él; y sin embargo, en algunos momentos temía ó que no se manejase bien, ó que fuese de acuerdo con el conde y mi tío para hacerme caer en el lazo. Perdona, amigo mio, esclamaba yo en seguida; me avergüenzo de tan infames sospechas; pero un infeliz, de todo desconfía, y aun del mismo amor teme cuando le ha engañado la naturaleza.

Llegó por fin la mañana, cuyos sucesos y fin no podía yo prever. Estaba en una situación difícil de pintar, pues mis ojos derramaban copiosas lágrimas, y mi corazón palpitaba violentamente.

Pronto se presentó mi tío con su mejor vestido, me dió las gracias por mi sumisión y docilidad, y aun celebró, por la vez primera, que hubiese procurado adornarme. Vaya, me dijo, se conoce que no aborreces al conde, pues parece que quieres embelesar su corazón y sus ojos. Luego llegó el conde; y des-

pues de haberme saludado con cierta especie de confusion, dijo á mi tio: Vos vendreis conmigo; mi coche nos espera á la puerta; y conviene que nos adelantemos; luego vendrá otro coche por esta señorita, que hallará en él una camarera que he elegido para que la sirva.

— Mi tio quedó atónito de oirlo, y el conde prosiguió diciendo: He arreglado así las cosas, temiendo que Carolina no estuviese todavía dispuesta; principalmente porque los dos tenemos que tratar en mi castillo algunos asuntos antes que se verifique la ceremonia. No pareció mi tio muy satisfecho de dejarme sola, pues temía que yo no quisiese seguir á la camarera, ó bien que huyese; pero no se atrevió á comunicar sus recelos al conde, á quien había hecho creer que yo era ya mas sensible á su ternura. Por su parte Leclerc había asegurado lo mismo á su amo: de modo que este estaba persuadido de que yo le amaba; pero no por esto dejaba de insistir en la ficcion del matrimonio, para cuya apariencia se valia de sacerdote y testigos falsos.

— Así que se fueron el conde y mi tio, me hallé mas sosegada, recordando la cláusula del billete de Leclerc, respectiva á que iría sola. Vefa que las cosas empezaban favorablemente, y me lisonjeaba de

que se terminarian del mismo modo. En efecto, al cabo de una hora se paró á la puerta de nuestra casa un coche poco brillante. Ví bajar de él una muger alta y gruesa, que me pareció ser mi prometida camarera. Acercóse á mí y me dijo: ¿Estais ya dispuesta? —¿A dónde me llevais? —¿A dónde? pues qué ¿no lo sabeis? al castillo de Armance. Suspiré, y me despedí de la vieja ama de Mr. Dubourg, que sin duda alguna quedaría contentísima de verse sola para gobernarlo todo. En fin, subí al coche con mi nueva compañera, la cual mirándome del modo mas espresivo, me dijo: Me parece que se os olvida alguna cosa. — No será extraño con tal turbacion; pero ¿qué es? — Cierta alhaja de que me ha hablado Mr. Leclerc. — Sí, sí, es verdad. ¡Dios mio!

Al instante subí á mi cuarto á buscar el cofrecillo; pero estaba allí el ama de gobierno: ¿cómo había de hacer para sacar esta alhaja tan importante? Mientras que yo hacía como que buscaba alguna cosa, vino allí la camarera, y cubriendo el cofrecillo con su delantal, se le llevó diciendo: no sería poco lo que me riñera mi amo si me hubiera olvidado del cajoncito de los encajes. — ¿De encajes? dijo la vieja; veamos, veamos. — No estamos tan despacio. Dicho esto, bajó corriendo y se metió en el coche; yo hice

lo mismo llena de alegría, y el cochero arreó los caballos. Entonces acabé de conocer la fidelidad de Leclerc; y que aquella muger era de toda su confianza. Por tanto la dije: Me parece, amiga mia, que sabeis mis secretos y los de....

No me respondió, y su frialdad y su silencio me aturdieron; por lo que no sabía si podía confiarla el misterio de mi amor: temblaba de que tal vez fuese confidente de mis enemigos; pero ¿cómo podía serlo, habiéndome recordado el cofrecillo que se me olvidaba? ¿quién la había instruido? no, no podía menos de ser amiga de Leclerc; pero por qué no me descubría su corazón? ¿qué podía temer? Prosiguió con la misma reserva y silencio, y no pudiendo fijar absolutamente mis conjeturas, tomé el partido de imitarla no profiriendo una palabra.

Ignoraba yo si el castillo de Armance estaba situado cerca ó lejos de París, pues nunca me había ocurrido informarme de estas particularidades, de modo que me dejaba llevar como las víctimas humanas que en otro tiempo se sacrificaban en las aras de los falsos dioses. Reparé, sí, que atravesábamos todo París, y ya nos hallábamos detrás del hospital, cuando el cochero paró delante de una casa de poca consideracion segun su fachada. Abrió la porte-

zuela y dió la mano á la camarera; y para mayor admiracion mia, oí que este hombre la dijo: Aquí es preciso ejecutar lo que hemos tratado.—Teneis razon, le respondió mi compañera, y al instante sacó una pistola que me hizo estremecer, pues recelé si querían asesinar-me; pero no era yo el principal actor de esta escena. Casi junto á la cara del cochero disparó la camarera su pistola, de modo que le quemó una gran parte del cabello; y luego tranquilamente le entregó el matador instrumento. Yo bajé medio muerta del coche; el cochero volvió á ocupar el pescante, y desapareció al momento.

Veo, amigos míos, que os admira suceso tan particular; pero acaeció del mismo modo que os lo refiero, y por vuestra sorpresa podeis juzgar cuál sería la mia. No sabía adonde me hallaba; ni lo que querían hacer de mí; mas, luego, dándome la mano la camarera, me dijo: Todo ha salido perfectamente; entrad, hermosa Carolina, esta es vuestra casa; y á buen seguro que estareis en ella mejor que en la de vuestro malvado tio. Todavía no me conoceis, pero pronto sabreis quien soy, y no tardareis en ver á la persona que os ama como á sí propia.

Sosegada con estas palabras, pronunciadas con la espresion mas afectuosa, entré en la casa, que me

pareció adornada modestamente, pero con gusto. Mi compañera tiró el cordón de una campanilla, y una criada se presentó trayéndonos algunos manjares delicados. Cuando estuvimos solas, pregunté á la señora de la casa qué significaba lo que me estaba sucediendo: Ya es tiempo, la dije, de que me hagais algunas esplicaciones, y desvanezcais las confusiones que padezco, aunque no dejo de conocer que todo es disposicion de Mr. Leclerc.—En efecto es así; y veis en mí, no á una camarera vuestra, aunque siempre me será lisonjero el serviros en cuanto pueda, sino á una tia de vuestro amante Leclerc. Soy su tia en razon de que mi marido era hermano de su padre. Ahora vais á saber cómo mi sobrino y yo hemos conducido y manejado este asunto. Este sobrino, á quien amo como si fuera hijo mio, vino á buscarme hace ocho dias, y me refirió vuestras desgracias, las suyas, y el amor que recíprocamente abrazaba vuestros corazones. No puedo, añadió, dejar actualmente al conde de Armance, porque tengo que arreglar con él asuntos de intereses; pero luego que ponga todos sus papeles en órden, que no me costará largo tiempo, iré á vivir en vuestra casa con el dulce objeto de mi cariño. Querida tia, es preciso que me ayudeis á librarla de la tiranía de su tío y de

los infames proyectos del conde. Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte, y dispusimos la trama de esta manera. El conde acababa de despedir á su cochero, y Leclerc hizo que entrase á ocupar su plaza un hombre de toda mi satisfaccion, é hijo de un colono de la hacienda de un amigo mio. Se necesitaba tambien una camarera para vos, que fuese capaz de prestarse á todas las ideas del conde. Leclerc habló por mí, y me presenté en casa del conde sin dár á entender la relacion que tenía con su secretario. El amo me dió las instrucciones mas abominables; prometí contribuir á todo, y quedé desde luego en la casa. Leclerc, que lisonjea las pasiones de su protector para no escitar la menor sospecha de su inteligencia con vos, le aconsejó ayer que se adelantase con vuestro tío al castillo, y le añadió: Josefina (bajo este nombre me habia yo presentado) acompañará á Carolina, y durante el camino la dispondrá al género de vida retirada que quereis que observe; y yo sé que lo conseguirá, porque esta muger tiene muy poderosa persuasion. Consintió en ello el conde, y esta mañana, como visteis, fué á buscar á vuestro tío. Durante su ausencia, hablé yo á solas con Milet, que es el cochero que habeis visto, y le dije: Milet, ya ha llegado el caso de servirme: ahora mis-

mo vamos á buscar á la jóven Carolina; pero en vez de llevarla al castillo de Armance, la has de llevar á mi casa; y cuando volvieres á la del amo, te mostrarás desesperado, diciendo que Carolina ha bajado del coche (con cualquiera pretesto), juntamente con su camarera, en el bosque de Verrieres, que está en el camino de Armance; que allí Carolina ha empezado á dar grandes voces pidiendo socorro; que se han presentado varios hombres á caballo; que uno de ellos te ha disparado un pistoletazo, cuya señal enseñarás, y que habiendo caido desmayado del pescante, cuando has vuelto en tu acuerdo te has hallado solo. Aquí tienes diez luises, como señal de la grande recompensa que se te dará despues; y si te despidieren de la casa por haberte dejado robar á Carolina, no tengas cuidado, que correrá de mi cuenta tu colocacion. Milet me lo prometió todo; y ved aquí la razon del pistoletazo que me habeis visto tirarle tan junto al rostro, que le he dejado un poco señalado; y he tenido la advertencia de entregarle la pistola, señalada con un nombre desconocido, á fin de que pueda enseñarla, diciendo que la ha recogido despues de la retirada de los raptores, y de este modo se haga mas verosímil la invencion. Resta ahora que me digais si os pesa de haber dejado la casa de

vuestro infame tio, ó de no haberos entregado al conde, que es el mas pérfido é inmoral de todos los hombres.

Agradecí á madama Leclerc (así se llamaba la tia de mi amigo) los cuidados y empeño que había tomado por libertarme, y la aseguré que, lejos de estar pesarosa, me hallaba contenta y satisfecha; pero la pregunté: ¿Por qué no me habeis dicho todo eso cuando veníamos? Mucha inquietud me hubierais escusado.—No os lo dije entonces porque temia los extremos de vuestra alegría, y el que me espiasen tal vez algunas personas adictas al conde. Os aseguro que estaba bien ocupada en examinar todas las figuras y las curiosas miradas de cuantos pasaban junto al coche. Yo lo arriesgaba todo, y vos solo aventurábais el ser conducida á Armance ó á casa de vuestro tio.

Sus razones me parecieron justas, y no insistí mas sobre este punto. Cuando me recobré totalmente de mi turbacion y aturdimiento, registré el nuevo asilo en que iba á vivir. Era agradable y cómodo, y tenía un gracioso jardin, donde podía disfrutar el aire libre con mucha comodidad. Madama Leclerc era de condicion franca, y su trato aménisimo. Su criada, escelente muger, muy fiel, y tan

apasionada por su señora, que era capaz de hacer por ella los mayores sacrificios. Yo estaba satisfecha porque había recobrado la libertad: me consideraba feliz en este tranquilo hospedage, donde esperaba disfrutar las delicias del amor, á cuyos impulsos no me había podido entregar hasta entonces sino llena de inquietud y recelos.

Pasáronse dos dias sin que viésemos á Leclerc, lo que nos causó bastante cuidado. En fin, llegó al tercero, y desde luego podeis juzgar cuál sería nuestra curiosidad por saber lo que había pasado en el castillo de Armance el dia de mi libertad. Leclerc, asegurado de su tia y de la ejecucion de su proyecto, se fué muy de mañana al castillo á fin de hacer los preparativos necesarios, ya para la fingida ceremonia, ya para la comida y fiesta que debía celebrarse. Mr. Dubourg y el conde llegaron hácia las once y se encerraron en un cuarto para tratar de asuntos particulares. A mediodia ya estaba todo dispuesto, y yo no llegaba. Dieron las tres y no parecía; todos se turbaban. Leclerc se agitaba, se encolerizaba; queria tomar un caballo y volar á París, para sacar á su amo de incertidumbres; pero le detuvieron, y permanecieron en expectativa. Mr. Dubourg estaba pensativo: sospechaba la fuga de su sobrina, pero no se

atrevíá á manifestar sus recelos. A las siete de la noche llegó muy sofocado el mayordomo que el conde tenía en París. Refirió que el pobre Milet estaba herido, y que Carolina había sido robada por unos desconocidos en el bosque de Verrieres.

Todos quedaron asombrados; pasaron la noche entera razonandó, ó por mejor decir, delirando sobre este suceso, y por la mañana Mr. Dubourg y Leclerc volvieron á París. Se ocupó el primero en hacer mil inútiles investigaciones; reprendió ágríamente á su vieja ama de gobierno, suponiéndola que estaba de acuerdo con su sobrina para favorecer sus amores, recibir cartas, y volver las respuestas. La vieja se enfadó, replicó, la despidieron y en toda la casa reinaba la mayor confusion. Entre tanto el conde juraba y protestaba que me descubriría, y tomaría cruel venganza de mis raptos. Leclerc le consolaba, le compadecía, y le dijo que haría cuanto pudiese para averiguar lo ocurrido: al fin halló un momento favorable para venir á ver á su tia y á su dulce amiga. Tomó varios coches de alquiler; se hizo conducir sucesivamente á muchas partes para deslumbrar á los que pudieran espiar sus acciones, aunque de él nadie sospechaba, y llegó á pie á casa de su tia, donde nos hizo la relacion de todo lo ocurrido.

¡Qué deseada de entrambos había sido esta visita! podíamos hablar de nuestros amores sin reserva ni temor, en presencia del testigo mas respetable. Leclerc me propuso nuestro legítimo matrimonio, á que su tia y mi amor me decidieron; y señalamos el dia para esta ceremonia. Yo me creía independiente de un tio, á quien no debía mas que mi odio, y en efecto era enteramente dueña de mi mano y de mi corazon. No nos separamos este dia sin hablar del cofrecillo; se le enseñé á mi amigo y me dijo que le guardára hasta que él volviese á decirme el uso que había de hacer de él. Nos separamos con disgusto; y Leclerc, para volver á presencia del conde, tomó las mismas precauciones de que se había valido cuando vino á vernos.

Vimos despues á Leclerc muchas veces antes de nuestro casamiento, y nos dijo que mi tio y el conde se habían quejado á la justicia de mi fuga precipitada; tambien habian dado mis señas, y que varias personas estaban encargadas de buscarme. Era imposible sospechasen que yo estaba en una casa tan retirada, de la cual nunca salía; y sin embargo, para precaver cualquiera contingencia, resolvimos adoptar otras varias precauciones. Por fin, un sacerdote de confianza y probidad nos casó en una

iglesia cercana, y algunos dias despues mudé de habitacion. Fuí pues á vivir en otra casa inmediata á la de madama Leclerc, la cual tuvo la bondad de cederme para que me sirviera á su criada Juana, que sabía mis secretos y era fiel á toda prueba. Nuestra tia tomó otra criada, y yo bajo el nombre de madama Leclerc, pasaba serenos y felices dias, cuidando de mi casa y de mi esposo, que venia á verme cuantas veces podia hacerlo con seguridad; pero siempre de noche por el temor de que siguieran sus pasos si me visitaba de dia. Ya habia yo dado á luz un hijo, y mi marido no tenia aun por conveniente llevar á efecto la resolucion que premeditaba para aumentar mi fortuna, porque esperaba verse independiente del conde, y entre tanto se mantenía en su casa. Muchas veces le hablaba de mí este señor; decia que siempre me amaba, y juraba que si alguna vez llegaba á encontrarme no me volveria á escapar de su poder. Conservaba amistad con mi tio, y ambos, confiando á Leclerc sus ideas, estaban muy lejos de pensar que él fuese su rival y mi esposo.

Entre tanto se acercaba el momento en que iba á descubrirse todo. Un dia que el conde y Mr. Dubourg fueron á ver una casa de campo distante al-

gnas leguas de París, que el conde quería comprar, les sorprendió una tempestad horrorosa al volver á la ciudad. La piedra era tan fuerte que habia roto todos los cristales del coche, y los caballos apenas podian moverse de fatigados. Debo advertir que así la casa de mi tia como la mia, estaban fuera de París y aisladas; y tuve la desdicha de que para huir del temporal, entrasen en mi casa, que daba sobre el camino y direccion que traian. La tempestad me habia obligado á cerrar las ventanas; oi llamar, y sin la menor desconfianza abrí, me asomé, y ví que entraban en el portal mi tio y el conde. Por desgracia, Juana les habia abierto las puertas, y no tuve mas arbitrio que encerrarme en un gabinete, sin poder instruir de cosa alguna á mi criada, que ya habia introducido en la sala á mis enemigos. Espusieron estos lo mucho que les habia asustado la tempestad, y pidieron que se les permitiese descansar allí, hasta que cesase el temporal y pudiesen continuar su camino. Oía yo todo esto y temía que acaso habiendo descubierto mi asilo, se valiesen de este pretesto para introducirse. Mi criada me llamaba, y yo no la respondia porque no me conociesen en la voz. Juana registró todos los cuartos buscándome, y al fin llegó á mi gabinete; abrí,

volví á cerrar al instante, y la dije: Imprudente, ¿qué has hecho? ¿sabes el peligro en que me has puesto? mi tío y el conde son los que estan en la sala. — ¡Dios mío!... pero señora ¿cómo podía yo adivinarlo? — Vé y dí que no estoy en casa; y si te preguntan mi nombre ú otra cosa, á nada contestes.

Volvió Juana á la estancia en que se hallaban los dos, y notó que manifestaban mucha inquietud. Mientras la criada había ido á buscarme, mi hijo que se hallaba jugando en la sala, había llamado su atención: le habían abrazado y preguntado, y Emiliano, que entonces tenía cuatro años, respondió á todo con la mayor sencillez. ¿Cómo se llama tu madre?—Madama Leclerc.—¿Y tu padre? —Mi padre no vive aquí; nunca viene á casa, yo nunca le he visto, pero mamá me dice que es este. El muchacho les enseñó el retrato de mi marido puesto en un brazaletе que yo había dejado por descuido sobre una mesa. El conde se acercó á examinar la miniatura, y conoció á su secretario: llamó á Mr. Dubourg, y le dijo: Mirad, este es Leclerc; ¡casado sin saberlo yo! ¿qué misterio puede ser este? ¡qué estrañas sospechas me ocurren!.. ¡en efecto, sería cosa rara!.. pero no, no puede ser que se

haya casado con vuestra sobrina. — ¡Con mi sobrina!.. ¡qué rayo de luz!.. dime, querido, ¿tiene padres tu mamá? — No, señor, no tiene mas que un tío muy malo, del que me habla muchas veces: pero yo nunca le he visto.— ¡Un tío! no hay remedio, ella es.

En este interrogatorio estaban los malvados, cuando entró Juana; y advirtiendo que preguntaban al muchacho, le hizo salir de la sala. Entonces Mr. Dubourg se puso á examinar á la criada y la dijo: Mucha priesa os dais á apartar de nosotros ese niño, ¿le pide su madre? porque estoy seguro de que se halla en casa.—¿Quién os lo ha dicho?—Vos misma, no ha mucho.—Pues me equivoqué, porque ha salido.—¿Con el tiempo que hace? es cosa imposible; presentadnos á ella, y os recompensaremos bien el favor.—¿Qué quiere decir eso, señores? ¿Habéis venido aquí á otra cosa que á defenderos del temporal? siendo así podeis tomaros la molestia...— Antes de irme quiero hablar á la pérfida Carolina.... ¿no veis, conde, como esta muger se ha sobresaltado al oír este nombre? Carolina está aquí y yo la buscaré.

Corría por todas partes como si estuviese loco: en vano Juana se le opuso al paso, pues la empujó y

dió con ella en el suelo; visitaba furioso toda la casa y quería que se abriesen todos los cuartos. Juana se desesperaba; no sabía cómo contener tan bárbara violencia; gritaba, pedía socorro, y á sus voces acudió el cochero del conde, que tuvo la audacia de mandarle que contuviese á Juana, y el cochero obediente la cogió entre sus nerviosos brazos, y no la dejaba mover. Yo que oía todo este alboroto, y no tenía mas recurso que el de presentarme, lo hice así, y dije á mi tio: Aquí estoy; vedme hombre sin principios y sin delicadeza.—Ella es, conde: bien me lo había imaginado.

En tanto que el conde, aturdido con tan repentino golpe, estaba sin movimiento, dije á Mr. Dubourg: ¿Con qué derecho violais el asilo que se os ha concedido por pura bondad? ¿es esta vuestra casa? ¿no tengo esposo á quien únicamente debo responder de mi conducta? Vos sois mi tio; pero un tio sin fé que me ha despojado de mi herencia.—¡Despojado!—Sí, y yo lo probaré; tengo en mi poder cierto cofrecillo de hierro.... ¿Os estremeceis? Idos, y contentaos con haber robado los bienes de vuestro hermano, sin perseguir tambien á su desdichada hija.—Con que teneis el cofrecillo.... ¿y quién os le ha dado?—Yo he sabido apoderarme de él antes de

huir de vuestra casa.—Eso es imposible, pues yo le hubiera echado de menos.—Todavía teneis tiempo para desengañaros. Entre tanto salid de esta casa; y temblad de que yo haga valer en justicia las pruebas de vuestras maldades que están dentro del mismo cofrecillo.—Tú eres la que debes temblar, tú ingrata, que te atreves á faltar al respeto á un tío que te ha llenado de beneficios; pero no importa: La bric (dijo al cochero) lleva á esta muger al coche.— Al que se acerque á mí le abraso; dije sacando una pistola que llevaba oculta. Al verme tan determinada se contuvieron: y como entre tanto Juana había salido, temieron sin duda que volviese con gentes que nos auxiliasen, y se retiraron amenazándome con su venganza.

Yo recogí lo mas precioso que había en la casa, y con Emiliano marché á la de la tía de mi esposo: ambas convinimos en que era preciso avisar á Leclerc sin pérdida de tiempo, y le escribí una esquela que decía: «Todo se ha descubierto; eres perdido si al instante no vienes á casa.» Este billete le envié por medio de Juana á Milet, el cochero que nos había ayudado cuando salí de casa de mi tío: Milet buscó inmediatamente á Leclerc, quien vino á casa, quedando absorto cuando le referi lo ocurrido.

Mi esposo resolvió que permaneciésemos ocultos para evadirnos de las persecuciones del conde, que se pidiese á mi tío en justicia lo que me había usurpado, y que él escribiría una carta al conde amenazándole con que si gestionaba contra nosotros, él descubriría ciertos secretos horrorosos, que podía probar si necesario fuese.

Estos secretos consistían en haber envenenado á un jóven entre él y mi tío y apoderádose de sus bienes, que eran el castillo de Armance y sus posesiones; cuyo crimen formaba la base de la estrecha amistad que los unía, y de la cual había abusado el conde exigiendo á mi tío inmensas sumas, que le daba por temor de ser descubierto.

El recurso que se entabló contra mi tío tuvo el resultado que era de desear; pues presentadas las cartas de mi padre, la lista de bienes vendidos, la nota de las monedas que constituían la suma con su conformidad al pié, y las declaraciones del cerrajero, y de los vecinos que le vieron á mi tío encerrarse solo cuando murió su hermano, formaron una prueba tan fuerte, que el tribunal no pudo menos de decidir en mi favor; pero como el conde había sacado á mi tío tan enormes sumas, resultó que vendidos todos los bienes de este, apenas pudieron quedar veinte

mil duros libres de gastos; esta cantidad me fué entregada en billetes de banco, y al recibirla supe que mi tío había muerto de pesar.

Aquel mismo día recibí una carta de mi esposo en que me participaba que el conde había obtenido una orden para hacerle encerrar en la Bastilla; que tomase inmediatamente un coche y me pusiese en camino para Chartres, y allí me dirijiese á casa de su amigo Belville. Este nuevo peligro me hizo derramar muchas lágrimas: tomé en brazos á Emiliano, y en uno de los bolsillos de su chaquetita puse la cartera que contenía mi fortuna, y le hice aprender de memoria cierta arenga para que la dijera á su padre al tiempo de entregarle aquella.

Lo dispusimos todo y subimos en la silla de posta Emiliano, Juana y yo. El viaje hasta Maintenon fué bastante feliz, pero en un terreno árido y pantanoso mas allá de este pueblo salieron tres malvados á caballo amenazando de muerte al postillon; dos de ellos me arrancaron á mi hijo de entre mis brazos, y el tercero se sentó á mi lado en el carruaje, dijo dos palabras al conductor, y le alargó un bolsillo. Yo estaba casi sin vida: Juana, llena de miedo, no se atrevía á levantar los ojos del suelo: por último el traidor postillon sacudió á

los caballos, y la silla partió á escape separándome quizá para siempre de mi querido Emiliano.

Madama Leclerc suspendió aquí su narracion, prometiendo volver á concluirla al dia siguiente, y despidiéndose de Palemon y sus hijos, subió con su familia al coche y regresó á la granja de Brigida.

TARDE XLVI.

NADA HAY OCULTO.

Hombre perverso y villano
Avezado en la maldad;
Tu necia temeridad
Pretende ocultar en vano
Los crímenes que inhumano
Cometes; si con delicia
Presumes en tu malicia
Que siempre vas á triunfar,
Tiembla, por que ha de llegar
El día de la justicia.

No faltaron al día siguiente Madama Leclerc y su familia en la granja de Palemon, en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad; y aquella, luego que la prestaron atención, continuó su relato en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DE EMILIANO.

Luego que me ví separada de mi hijo, me acometió un fuerte desmayo del que no volví en un gran rato; quise despues arrojarme por la ventanilla del carruage que corría á todo escape; pero el hombre que se sentó á mi lado me contuvo. Así caminamos toda la noche por sendas estraviadas hasta que al amanecer llegamos á la puerta de un castillo en el que entró el carruage; y el que me acompañaba, al hacerme bajar me dijo: Ya estais en un sitio seguro, donde hace mucho tiempo se os espera.

Estas palabras me hubieran dado á conocer que me hallaba en el castillo de Armance aun cuando no se hubiese presentado luego el conde. Debo escusaros la escena de acriminaciones que entre ambos pasó, en la que me anunció que Leclerc estaba ya encerrado en la Bastilla; y me prometió que volvería á ver á mi hijo, si la conducta que con él observaba me hacía acreedora á ello. El resultado fué mandar al hombre que me había acompañado y era su mayordomo, que me condujese á mi habitacion, jurándome que no volvería á disfrutar de libertad si no me manifestaba menos ingrata de lo que hasta en-

tonces había sido: y por via de gracia permitió me acompañase mi criada Juana.

La habitacion que nos destinaron se hallaba situada en el piso segundo del castillo, y tenía una ventana que daba al campo, defendida por una fuerte reja de hierro; allí quedamos encerradas: al mediodia nos llevaron algunos manjares que no pude probar, y lo mismo hicieron por la noche. Dejo á vuestra consideracion cuál sería mi estado, lejos de mi esposo á quien creía preso, y separada de mi hijo, con fundadas sospechas de que había perecido; baste deciros que enfermé tan gravemente, que estuve á punto de espirar. La naturaleza triunfó del mal y llegué á restablecerme, pero nunca permití que el conde entrára en el cuarto, amenazándole con que si pasaba de la puerta me quitaría la vida á su presencia; y hasta había formado el designio, si llegaba á ostigarme, de clavarle en el pecho un puñal que tenía oculto entre la cama.

De este modo transcurrió mas de un mes sin que se separasen de mi memoria los recuerdos de mi esposo y de mi hijo, ni poder concebir un plan realizable de evasion, ni la mas remota esperanza de libertad. Una noche que por entre los hierros de mi prision contemplaba la hermosura de los campos

iluminados por la luna, y envidiando á los que podian con libertad recorrerlos, procuraba aliviar las penas de mi cautiverio, me pareció oir á lo lejos un laud, que me causó una conmocion agradable; fué acercándose poco á poco el sonido hasta que pudo percibirse distintamente que entonaba una cancion amorosa alusiva á mi cautividad en poder de un malvado, y haciendo mil protestas de amor.

Juana, dije apenas cesó la voz, ¿qué te parece? ¿No hallas una identidad asombrosa entre la cancion y mis desgracias? ¿No puede muy bien ser Leclerc que haya descubierto mi encierro? Juana no pudo menos de convenir en la exactitud de mis observaciones, y entonces yo agité en la ventana mi pañuelo blanco en señal de inteligencia. A pesar de que la noche era clara no pude distinguir sino muy confundidamente un jóven vestido de pastor que se conservaba á alguna distancia, el cual volvió á tocar, cantó una ó dos estancias de despedida bastante vulgares, pero bien adecuadas, y desapareció.

Este acontecimiento llenó mi alma de las mas lisonjeras esperanzas; así que, á la mañana siguiente cuando fué el conde no manifesté tanto encono contra él; pero le reconvine por el modo poco galante con que me trataba, y le dije que no era el

medio mas á propósito para agradar, el tenerme como un reo de estado privada de toda distraccion, sin libros, sin papel ni recado de escribir; él tambien me habló con dulzura, quejándose de mi empeño en no ver en él otra cosa que un encarnizado enemigo. Retiróse poco tiempo despues, y aun no había transcurrido un cuarto de hora cuando llegó el mayordomo, única persona á quien veía, con libros, papel y tintero, advirtiéndome que cualquiera otra cosa que se me ofreciese no tenía mas que pedirla.

Inmediatamente tomé la pluma y escribí lo que sigue:

«Quien quiera que seáis hombre generoso, indicadme los medios de salir de esta prision, y contad con mi eterno agradecimiento. — *Carolina Leclerc.*»

Envolví en este papel una piedrecita para que hiciera peso, y le até con una cinta bastante larga que tenía en mi baul: de este modo esperé con impaciencia la próxima noche. Llegada esta y entregados al descanso los habitantes del castillo, volví á oír el laud como la noche anterior. Juana había sido pastora en sus primeros años y silbaba á las mil maravillas; la mandé silbase el estribillo de una cancion que concluía

Tú que blasonas

De tierno amor,

Acude al punto,

Ven á mi voz.

Apenas Juana terminó su estribillo, el fingido pastor se acercó á la torre y poniéndose debajo de la reja recojió el papel y desapareció. Con sumo cuidado me tuvo toda la noche mi atrevimiento, y mas de una vez me ocurrió la idea de si sería alguna estratagemá del conde para distraerme; pero la esperanza tuvo en mí mas poder que el recelo, y cuando el conde fué me encontró en lo posible contenta; y le manifesté deseos de ver el castillo. Se apresuró á complacerme, y visitamos los diferentes pisos, álas, torres, parques y jardines de aquella antiquísima fortaleza. Cuando estuvimos en la habitacion debajo de la mia, observé que en el suelo había una especie de trampa, la cual correspondía con otra que había en el techo; pregunté su uso, y me dijo el conde que aquellas trampas correspondían con otra que había en el piso bajo, y la de este con un pozo: que á una señal convenida se alzaban todas y precipitaban al abismo á los infelices de quienes pretendían deshacerse los antiguos señores. Temblé por mí misma al

oir esta noticia y pedi me enseñasen la habitacion baja, á lo que accedieron gustosos, y en ella advertí que en efecto las trampas se correspondían, y la ventana sobre no tener reja, se elevaba solamente unas dos varas del suelo; cuyas observaciones me bastaron para meditar el plan que despues os diré. Volví á mi cuarto y el conde se despidió diciéndome que á vuelta de dos ó tres dias me manifestaría un proyecto de cuyo éxito dependia mi libertad y la de mi esposo.

Esperé con impaciencia la noche, llegó esta y dejóse oír el laud á la hora acostumbrada; eché por la ventana la cinta con la piedrecita al extremo, y tirando de ella poco despues vi que venía atada una carta de letra de mi esposo, que decía así:

«¡Por dicha he descubierto dónde te hallas, querida y desgraciada Carolina! sabe pues lo que me ha sucedido. El dia convenido fui á Chartres á casa de mi amigo Belville: ¡cuál sería mi sorpresa al preguntar por tí, y responderme que no habias parecido! Esperé, pero no llegaste; espere otro dia y sucedió lo mismo. No podía presentarme en París, por no esponerme á que me prendieran en virtud de la órden que había para ello. Supliqué á Belville que fuese á informarse: y los dos

»dias que tardó en volver fueron dos siglos pa-
»ra tu triste esposo. Estuvo Belville en tu casa,
»donde no habias parecido despues de tu parti-
»da; fué á ver á nuestra afligida tia, que no le
»pudo dar noticia alguna de tí; ¡cruel inquietud!
»No pudiendo sufrirla, fuí de noche á París; estu-
»ve con Madama Leclerc, y la supliqué hiciese
»las mas vivas diligencias en averiguacion del si-
»tio donde te hallabas. Nuestra buena tia, sos-
»pechosa de alguna traicion del conde, se valió
»de todos sus amigos, y llegó á saber que un
»criado de Armance había descubierto tu habi-
»tacion en París; que velando sin cesar al rede-
»dor de tu casa, vió una mañana parar á tu
»puerta una silla de posta: que al punto que su-
»bias á ella con tu hijo y tu criada, el agente
»del conde preguntó al postillon dónde os lleva-
»ba, y que éste sin el menor reparo se lo dijo,
»lo que tú, ocupada en acomodar tus efectos, no
»advertirias. Ya no nos quedó duda de que el
»conde había sido tu raptor; pero no podíamos
»saber adónde te había conducido. La tia al ins-
»tante recurrió al intendente de policia, queján-
»dose de que el conde de Armance la había arre-
»batado una sobrina que amaba entrañablemente;

»pero este magistrado la respondió: El señor conde tiene mucho valimiento, y es difícil, por no decir imposible, recobrar la jóven que pedís. Ni adelantareis nada con acudir á S. M., por el influjo que tiene en palacio. Entonces resolví valerme de otros medios. Presumí que estabas en este castillo y veo que no me he equivocado.

»Dime la disposicion en que se halla la parte interior del castillo, y las gentes que le guardan, para que yo pueda disponer alguna invencion favorable. Te prevengo que este castillo y las tierras adyacentes son precisamente los bienes que el conde y Dubourg robaron al infeliz á quien dieron veneno; y esto debe hacerte mas odiosa semejante morada. Mañana á la misma hora espero tu respuesta.»

Apenas la leí y pude contener los ímpetus de mi alegría, viendo que el fingido pastor estaba aun al pié de la torre, ató á la cinta un papel que tenía dispuesto en que le decía:

«Me ocupo de un gran proyecto, del que creo que he de salir bien; para economizar tiempo, no te puedo escribir largo. Mañana á media noche estarás bajo de la ventana del entresuelo, yo la abriré, y por ella bajaré á tus brazos. Dispon

»las cosas de modo que podámos huir con seguridad, y cuenta con la criada para este efecto.»

El dia siguiente pasó con corta diferencia como los anteriores: apenas el mayordomo se retiró por la noche, despues de darnos la cena, dejando la habitacion bien cerrada, cuando empezamos á trabajar Juana y yo para evadirnos; levantamos algunos ladrillos del suelo, alzamos una tabla, y quedó descubierto el piso principal. En seguida, hicimos giras las sábanas de ambas camas y anudándolas convenientemente, atamos arriba una de ellas para por ella descolgarnos, y arrojamos las otras al piso de debajo. Bajamos la palmatoria por medio de unas cintas, y en seguida nos descolgamos una despues de otra por la sábana que quedó pendiente.

Cuando nos vimos en el piso principal tratamos al punto de levantar la trampa, cosa que nos costó bastante trabajo, por estar fuera de uso hacia mucho tiempo; pero al fin conseguimos alzar una de las dos hojas de que constaba; atamos la segunda sábana á la otra, arrojamos las restantes al piso bajo, bajamos la luz por medio de las cintas y nos descolgamos tambien con la mayor facilidad. Solo nos separaba del cam-

po un enrejado de alambre, y del suelo unas dos ó tres varas de altura: el alambre cedió al puñal que no olvidé de bajar conmigo, y las sábanas restantes nos bastaron para encontrarnos en el campo. Era ya media noche, y Leclerc llegó á tiempo de recibirme en sus brazos antes de tocar el suelo; pero nuestra alegría no fué completa: al punto me preguntó por Emiliano, y mis lágrimas le contestaron lo que mi boca no podía responder. Entonces su lengua se desató en injurias contra el conde, proponiéndose denunciar los crímenes que había cometido, y nos costó trabajo á Juana y á mí hacerle comprender el peligro en que nos hallábamos, para que conduciéndonos donde los caballos nos esperaban, nos dirijiésemos á medio galope á París. Fuera muy largo de contar los extremos que al vernos hizo nuestra tia Madama Leclerc, su escesiva alegría, y su pesar al saber nuestra incertidumbre acerca de la suerte de Emiliano. Solo diré que las diferentes emociones que en aquellos dias había sufrido, alteraron mi salud y me fué preciso quedarme en cama algunos dias: al levantarme supe que la Divina Providencia había dispuesto el castigo del conde: hé aquí de qué modo sucedió.

Al tiempo de mi evasión, del castillo de Ar-mance, como el único cuidado que nos agitaba era el de la fuga, hubimos de dejar la luz tan inmediata á las sábanas que colgaban, que prendiéndose fuego en ellas y pasando de piso en piso se cebó en el mueblage de la habitacion que habíamos tenido, y de aquí pasó al techo estendiéndose despues por todo el edificio. Precisamente pasaba por aquellas inmediaciones un destacamento de tropas, que al ver el incendio se dirigieron al castillo, despertaron á los que le habitaban, acudió la justicia y vecinos del inmediato pueblo, y entre todos lograron apagar el fuego; pero no quisieron retirarse hasta haber registrado bien el edificio, para persuadirse de que no se volvería á reproducir, y por ver si alguno había perecido, pues se advertía la falta de dos mugeres que ocupaban el segundo piso de la torre incendiada.

En estas investigaciones bajaron á un pozo seco que había debajo de la trampa, y en el fondo de él encontraron un cadáver, que aun cuando sus ropas, podridas ya, denotaban que hacia mucho tiempo se hallaba en aquel sitio, sin duda por la frescura del lugar, por la arenosidad del terreno, ó por cualesquiera otras causas con-

servaba aun las carnes en toda su frescura y sus facciones no se habían aun desfigurado. El oficial del destacamento conoció en el difunto á un tío suyo que hacía muchos años se ignoraba su paradero, y que había sido dueño de aquel castillo. Dirigió al conde algunas preguntas, y lo poco satisfactorio de las contestaciones, su aturdimiento y la mortal palidez que cubrió su semblante, fueron suficientes motivos para que la justicia que se hallaba presente le redujese á prision.

El día que siguió á aquella agitada noche se presentó el oficial al rey quejándose del conde por el crimen cometido contra su tío, que ya resultaba justificado por las declaraciones de los antiguos criados de la casa, y S. M. le condenó á encierro perpétuo y secuestro de sus bienes en favor del espresado oficial como heredero legítimo del difunto. De este modo quedamos ya tranquilos, pero como nuestros haberes habían quedado en poder de Emiliano, nos vimos precisados á deshacernos de algunos muebles y alhajas que aun conservábamos en casa de mi tía. Con su producto se dedicó Leclerc al comercio bajo tan buenos auspicios, que en menos de diez años ha adquirido una fortuna considerable, sin tener durante

ellos mas desgracia que la de perder á nuestra amada tia, la que nos ha dejado un grato recuerdo en la hermosa Rosalía su hija, que es la jóven que teneis presente.

Aquí dejó de hablar madama Leclere y las atenciones de los niños se dirigieron á la prima de Emiliano, á quien hallaron muy digna de los elogios de aquella, principalmente Leon, que al encontrarse sus ojos con los de aquella tímida doncella, no pudo menos de sofocar en su pecho un profundo suspiro, que de haberle dejado salir libremente hubiera revelado una naciente pasion.

Faltaba solamente saber cómo habia sido el hallar Emiliano á sus queridos padres, y el jóven lo refirió con la mayor brevedad y sencillez. Fué á París con Brígida á hacer algunas compras, y terminadas estas llamó á un mozo de esquina para que las llevase á su posada y las ayudase á cargar en el carruaje. Estando en esta operacion pronunció Brígida el nombre de Emiliano, y al oirle el mozo dió un profundo suspiro y dijo que así se llamaba un niño que se le habia estraviado en el camino de Chartres. Estas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba; le pregunta-

ron y supieron de él que había sido uno de los lacayos que Armance había mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decía, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabría un tal Millet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Millet era el cochero del conde que había llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc; y apenas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacía lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella muger las gracias por tantos cuidados, y la ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

TARDE XLVII.

LOS PLACERES INOCENTES.

¡Qué agradable es disfrutar

De esa dicha verdadera,

De que á la amistad sincera

Solo la es dado gozar!

¡Cuán grato es el festejar

Al tierno padre amoroso,

Al amigo cariñoso

Que fiel nos tiende su mano,

Al pariente ó al hermano

Que nos aprecia afectuoso!

LA mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se había ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de

Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sujetos inmorales, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas: y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y ya por la perversidad de otros! Pero de todo esto es preciso sacar un plan de conducta, y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los perversos; yo creo que la mas segura de todas es seguir con firmeza lo que dictan el honor y la probidad, pues tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y queda descubierto el crimen. Seamos virtuosos para no perdernos jamás con los malos.—Verdaderamente, dijo Armando, que esa es una moral muy digna de aprobacion, y que Leon habla como un libro.—Algúná vez, respondió este, puede que escriba libros, y para esto es necesario tener buen corazon, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretenden inspirar á los demás. El que escribe y

no piensa como escribe, edifica sobre la arena, no siendo posible que su moral se sostenga, pues en muchas ocasiones no podrá menos de confesar que se ha equivocado; y por consiguiente jamás podrá adquirirse la confianza de sus lectores. ¡Oh! ahora, gracias á las lecciones de papá, y á los ejemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco á los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios ni sobre sus virtudes. Los estudio mas que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algun dia. Hago lo mismo que un jóven artista que se dedica á la pintura; nada se le escapa de los sitios que quiere dibujar, y en los que apenas reparan los otros. Se fija hasta en la cosa mas menuda, mientras que otro no vé allí sino un conjunto agradable. No me parece que se me puede reprender porque yo quiera hacer un estudio profundo del corazon humano, pues sobre mi insinuada intencion de escribir, tambien me servirá este estudio para manejar me en el mundo, donde lo mismo que en el juego no quiero engañar ni ser engañado. Ved aquí, hermanos míos, mi modo de pensar; y creo que si papá me oyese, tendría la dicha de merecer su aprobacion.

Convinieron todos en que Leon decía muy bien;

sin embargo; Julio le objetó que veía las cosas demasiado siniestramente; que sin duda había muchos criminales en el mundo; pero que no faltan medios para preservarse de sus golpes, y lo que á uno sucede no sucede á otros cien mil. Julio temía que á fuerza de desconfiar de los hombres se les llegase á aborrecer; y en este caso sería preferible vivir en un monte á vivir en una ciudad, y sería preciso renunciar á la sociedad de los hombres para tenerla con las fieras. Me parece, añadió, que la mucha desconfianza conduce á la misantropía, que es el sello del estravío de la razon; y por otra parte, ¿en qué razon se fundará un hombre para tenerse por mejor que los demás? ¿En que no roba ni dá venenos como el conde de Armance? Nosotros tenemos nuestros defectos y debilidades, si otros tienen pasiones criminales; y en todo esto no veo sino un mas ó menos que diferencia las especies, y separa los buenos de los malos. Afortunadamente estos últimos son pocos; los grandes malvados son unos fenómenos de la naturaleza, así como los terribles huracanes que se verifican raras veces, y destruyen la esperanza del útil agricultor; pero estos vientos, cuando son templados, producen mil beneficios. Ya veis, pues, hermanos míos, que es menester no

preocuparnos contra la especie humana, porque en ella se encuentren algunos individuos que la degradan; estos son una escepcion de los demás hombres, y no deben considerarse con relacion al todo, que es bueno, sensible, generoso y compasivo.

Demasiado séria era esta conversacion para Adela y Enriqueta; y así la interrumpieron, empuñando á sus jóvenes amantes á que las hicieran ramilletes, porque como habian de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo mas de lo regular. Al instante Julio y Armando salieron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora, para que sirviesen de ornato á sus amadas. Trajeron los ramilletes, que fueron muy alabados, y cada cual se retiró á disponerse. Palemon, que había oido la conferencia de Julio y Leon, se paseó con su amigo Delacour, y ambos convinieron en que no podía darse mas juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes. ¡Oh amigo mio! dijo Delacour á Palemon, ¡qué padre tan feliz sois!—No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo todos los instantes de mi vida en la educacion de mis hijos, y que esta es una ocupacion bastante penosa? Todos mis conocidos me dicen que para educar los hijos del modo que yo

lo hago, es preciso no atender á otra cosa, y yo lo confieso; el arte de educar la juventud exige tanta atencion y tanto desvelo, que no permite el menor descanso; pero yo no puedo acomodarme al método de aquellos preceptores que toman treinta, cuarenta ó mas discípulos, les hacen repetir uno tras otro ciertas lecciones, atienden regularmente solo á tres ó cuatro de ellos, sin cuidar de los demás, arreglan las horas de sus tareas como las de un jornalero, y al cabo de unos años, preciosos si se empleáran bien, entregan á sus padres unos muchachos muy griegos y latinos, pero muy embusteros, envidiosos, desconfiados é imbuidos de todos los vicios que mutuamente se comunican y desplagan despues en la sociedad, corrompiéndola y escandalizándola. Me hago cargo de que no todos los padres pueden hacer lo que quieren; y que les es preciso, por decirlo así, sortear la educacion de sus hijos aventurándola; pero yo gracias á Dios, puedo evitar este mal, y me ocupo esclusivamente en las obligaciones que me ha impuesto la naturaleza. No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el dia, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreaciones. Oigo todo lo que dicen, veo cuanto hacen, y por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin

cesar su juicio con la leccion animada del ejemplo, jamás tengo con ellos, el tono de un preceptor ridiculo que siempre está con la palmeta en la mano. Asi es que estoy persuadido de que no hay un padre tan feliz como yo, y que nadie recibe recompensa mas útil y dulce de sus fatigas. Es preciso confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazon, que es escelente, como su razon está cultivada, y su ingenio es vivo y penetrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un escelente matemático, y todo lo puede emprender. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor, y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantar. Leon.... ¡oh! este es un preciosísimo muchacho: su talento es prodigioso; nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de secretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del estado. Ya cuento por acomodados á estos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él; pero no me causa pena. Me restan todavía una hija y un hijo adoptivo: oid lo que pretendo hacer con ellos. Cuando hubiere acomodado á sus hermanos, que no dejará

de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía: ellos cerrarán mis ojos; partirán mi herencia con sus hermanos, y les dejaré además mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mio: me parece que no tengo nada que añadir sino una cosa. Armando ama á vuestra hija Enriqueta; ¿consentiríais en su union?... Vamos, vamos, me parece que sí; veo que os embarazais porque nada podeis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado; ya buscaremos con que puedan acudir á sus necesidades; y luego, amigo, que trabajen así como nosotros hemos trabajado; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere: ¿qué tal? ¿no os parece esto bien pensado?

Mr. Delacour agradeció á Palemon la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se pasearon juntos hasta la hora de partir para la granja de Brígida, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfaccion. ¡Qué alegre estaba el buen Palemon! ¡brillaba en sus ojos el fuego de la ternura y de la alegría! Acababa de arreglar el destino de sus hijos, entre quienes repartía igualmente su afecto y su fortuna. ¡Era justo, era buen padre,

era feliz! ¡oh, qué satisfacciones tan dulces! Ellas dan al hombre cierto carácter augusto, que inspira á un mismo tiempo amor y veneración.

Todavía se paseaban nuestros amigos cuando vieron á la hermosa tropa de muchachos, que muy aseados y llenos de júbilo venían á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Mr. y madama Leclerc los habían convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemon tomó su baston y sombrero que trajo Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos salieron al campo. Ya no era aquella tropa libre y alborotada que en tiempos anteriores había pasado por el mismo camino saltando y jugando á las cuatro esquinas: eran personitas muy compuestas y racionales. Cada amante daba el brazo á su querida con licencia de los papás, que se sonreían. Benito caminaba reposadamente junto á Palemon y su amigo, que hablaban de cosas serias, y Leon iba separado de todos, meditando acaso en la composicion de algun poema.

Llegaron á la granja de Brígida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta percibieron un delicioso olor que salía de la cocina y lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes que se sen-

tian con buen apetito, se miraban y se reían complaciéndose con tan grato olor. La granja de Brígida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baja encontraron nuestros amigos á madama Leclerc y á la jóven Rosalía, que se levantaron á recibirlos. Al instante enviaron aviso de la llegada de Palemon á Mr. Leclerc y á su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego vinieron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Despues de las corteses demostraciones de un franco recibimiento, determinaron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y Leon ofreció el suyo á Rosalía, cuyas gracias y adorno modesto le hicieron bastante impresion. Entraron en la huerta: ¡qué agradable sorpresa! bajo de un pabellon que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos, jazmines y madreselva, había una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban adornados con guirnaldas de flores, y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzaina, advirtieron que este lugar estaba destinado á Ceres, Baco y Terpsicore. Se danzaría despues de comer, y segun parecía hasta entrada la noche, porque unos faroles, pendientes de las guirnaldas, anunciaban que habría ilumina-

cion. ¡Qué día tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á vista de tan gratos preparativos: ¿qué es esto? exclamó Palemon, ¿estamos en los palacios encantados de la celebrada Armida?—Todo cuanto veis, respondió Leclerc, es disposicion de mi hijo, todo es invencion suya; y ha pasado una parte de la noche el pobre muchacho para proporcionaros algun entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brígida le ha ayudado... ¡oh! ¡si hubiéseis visto á esta buena muger subir, bajar, correr, y no parar á pesar de su mucha edad, con tanto celo... creo que se echaría en el fuego por su Emiliano: es imposible hallar una muger mas buena... pero ahora no lo veis todo; aun espero que os sorprenderéis mas, porque los festines de Neron, que describe Petronio, son nada en comparacion de lo que os falta por ver. Ya, ya advertireis qué lujo, qué máquinas, qué fuegos artificiales!... pero debo callar, pues si mi hijo supiera que os participo sus ideas, lo sentiría infinito.—¡Qué buen padre sois!—¿Qué he de hacer? ¡el muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno! A mas de eso, á su madre y á mí nos ha

costado tantas lágrimas, que se nos debe perdonar si incurrimos en algun exceso de condescendencia. ¡Ah Palemon! ¡si todos conocieran como nosotros la felicidad de ser padres! Dejemos á estos niños correr, jugar, travesear y divertirse á nuestra vista con inocentes placeres, que este es el medio de que nunca apetezcan otra sociedad que la nuestra. Esta noche, á una hora regular, volvereis á vuestra granja en mi coche; los muchachos se acomodarán tambien en él del modo posible; y os acompañarán mis criados, aunque estos campos no son peligrosos, ni por sus caminos, ni por malhechores.

Palemon dió las gracias á Mr. Leclerc por la distraccion que á todos proporcionaba, y seguidamente, mientras la hora de comer se acercaba, empezaron los juegos de los niños; el primero que á su vista se presentó fué el columpio; Adela subió á él, mecióse un buen espacio, siguióla Enriqueta, y luego que esta entre miedosa y mareada bajó de él, se armó una ligera reyerta entre Armando, Benito, Leon y Julio sobre cuál de ellos había de columpiarse primero, y en la que, merced á lo testarudo de su carácter, venció Benito, que se columpió largo tiempo y no hubiera descendido tan pronto á no haber abandonado los demás las cuerdas. Despues

se columpiaron Leon, Julio, Armando y Emiliano, dejando en seguida este recreo para emprender el juego de la sortija, cuya máquina había Emiliano llevado de la ciudad inmediata.

Como era consiguiente, tuvo lugar nueva disputa sobre la preferencia en el principio del juego: las sillas eran debidas indudablemente á Adela y Enriqueta; pero con respecto á los caballos apeló tambien Benito á su terquedad, aunque aquí no le valió, pues á propuesta de Julio decidió la suerte, que fué favorable á Armando y Emiliano. Tomaron todos posesion de sus puestos; la máquina giraba con velocidad, los jugadores iban enfilando las sortijas que se presentaban y Enriqueta ganó la partida. Desmontaron los jóvenes, quedando las damas en sus puestos y reemplazando á aquellos Benito y Julio, y este último ganó la partida; Benito no quiso desmontar, reemplazó Leon á Julio, y para mayor desesperacion de Benito ganó Adela: empeñóse aquel en jugar solo; aplicáronse todos al manubrio, y la máquina giraba con una rapidez tal, que el pobre Benito no podia enfiar ni una sortija, hasta que despechado se arrojó á tierra, haciendo reir á todos con su mal humor. Entonces llegaron á avisar que esperaba la comida.

Corrieron todos al pabellon, y se sentaron á la mesa con el órden que las atenciones debidas á la diferencia de edades y sexos exigía, cabiéndole á Leon la satisfaccion de sentarse al lado de Rosalfa. Inmediato á Mr. Leclerc se sentó un caballero á quien por primera vez veian nuestros jóvenes amigos; y el dueño de la casa presentó á la reunion á Mr. Lucas, que así se llamaba, antiguo propietario, y que por estraordinarios acontecimientos habia perdido la mayor parte de sus bienes. Los concurrentes le dieron la bienvenida y le ofrecieron sus respetos.

Comieron todos con el mejor apetito de los excelentes manjares que se sirvieron, y llegaron á los postres que fueron esquisitos. Pusieron en la mesa un enorme pastel; Emiliano alzó la cubierta, y saltaron al aire algunos pajarillos que no pudieron elevarse mucho por hallarse atados por un pie. Llevaban pendientes del cuello varias divisas muy bien dibujadas, y dedicadas *al respeto filial; á la ternura maternal; á la amistad sincera; á la hermosura; á los placeres inocentes, etc.* A instancia de las damas se dió libertad á los pajarillos, que alegres fueron á reunirse con sus compañeros. A poco rato cayeron desde los árboles sobre la mesa coronas de

flores delante de las damas y ramas de mirto delante de los hombres; aquellas las colocaron en sus cabezas, y estos en el ojal de su levita. Celebraban aun la invencion de Emiliano, cuando una blanca paloma que atravesó los aires dejó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes dimensiones, que como prendas de amistad, debian repartirse entre los comensales: todos ellos tenian su lema correspondiente adecuado á la persona que debía aceptarle: el que tenia escrito *ancianidad* venia perfectamente á Mr. Delacour; el de *bondad* á Palemon; el de *hermosura* á Rosalia; el de *ternura* á madama Leclerc; el de *probidad* á Brígida; el de *delicadeza* á Mr. Leclerc; el de *vivacidad* á Benito; el de *ingenio* á Leon; el de *valor* á Mr. Lucas; el de *dulzura* á Enriqueta; el de *talento* á Armando; el de *candor* á Julio, y el de *respeto* á Emiliano. Un anillo quedaba por adjudicar; decia *amor*, y nadie le reclamaba; Palemon mirando á Julio le dió á Adela, diciendo le parecia que la estaria bien; la jóven se le puso en el dedo, no sin cubrirse el rostro de un pudoroso carmin.

De este modo se divirtieron hasta que se suplicó á las damas que cantasen alguna cosa; Adela, Enriqueta y Madama Leclerc se escusaron;

pero Rosalía sin hacerse de rogar cantó los siguientes versos:

En la encumbrada cima

del pintoresco Olimpo,

obsequiar á los dioses

quiso Jove benigno;

Y porque en alegría

y en puro regocijo

la fiesta se celebre,

dispuso en su alvedrío

No invitar las deidades

de génio subversivo,

que quizá trastornasen

el banquete divino.

Juno, Céres, Minerva,

el radiante Apolino,

Mercurio, Iris, Diana,

Neptuno y sus marinos,

Convidados asisten;

mas fueron escluidos

Pluton y sus secuaces,

Baco, Marte, Cupido,

Con sus furias y parcas

sátiros y amorcillos.

Ambrosía libaron
que Isis escance altivo

En vasos de topacio,
de zafir y oro fino;
y beber rehusaron
del líquido esquisito

Que la uva destilára
de Atenas y Corinto,
de las cuestras de Creta
y las playas de Chio.

Pues su vapor fragante,
con su aroma encendido,
la razon les altera
aun á los dioses mismos.

Reúnense al saberlo
todos los escluidos,
y clamando venganza
del desaire inaudito,

De acuerdo la transmiten
á Venus y á su hijo,
Trepan al sacro monte

Y ocultos entre mirtos,
Con aceradas puntas
de dardos diamantinos,
los pechos uno á uno

traspasaron con tino,
De los potentes dioses
que del astuto niño
las flechas hasta entonces
habian desconocido.

Y de libres á esclavos
quedaron reducidos,
puro incienso quemando
en aras de Cupido.

Fácil era de conocer, que esta composicion alegórica se había hecho de intento para la funcion; quedó Leon muy complacido al oirla; procuró informarse de quién era el autor, y al saber que era obra de Rosalia, se entusiasmó hasta el estremo, al pasó que la jóven ruborizada procuraba escusarse modestamente de los cumplidos que la dirijian. — Si os aplicais, dijo Leon, no será difícil que os veais coronada con el laurel de Apolo. ¡Feliz talento! ¡graciosos versos!.... Yo tambien los hago, señorita... Apenas había pronunciado estas indiscretas palabras, conoció su imprudencia y le pesó. — ¿Con que haceis versos? dijo Rosalia con toda ingenuidad: los concurrentes se sonrieron y Palemon repuso con acento irónico: ¡Oh! mi hijo

es un poeta como pocos; aunque no sé como ha tenido valor para atribuirse esa habilidad despues de haber oido la linda cancion de esta señorita; pero ya que lo ha hecho, suplico á la amable Enriqueta tenga á bien cantarnos la composicion que hizo para nuestra última comida de campo, y sin duda me felicitareis por ser padre de tan grande hombre.

Quedó Leon avergonzado al escuchar tan dulce reprimenda, Enriqueta cantó, y la composicion agradó á todos y mas particularmente á Rosalía, trocándose entre ambos compositores miradas furtivas llenas de espresion, que no desagradaron á Palemon.

Cantó despues Adela, luego madama Leclere, despues su esposo, y hasta Palemon entonó una cancion báquica mas en armonía con su buen humor que con sus severos principios. Levantáronse las mesas, y quedó el pabellon dispuesto para el baile, á que concurrieron varias gentes del pais, y en cuyo ejercicio se empleó el resto de la tarde, sirviéndose en los intermedios dulces, frutas y refrescos, á los que los mocitos hicieron perfectamente los honores.

Llegó la noche y el jardin se vió como por encanto iluminado; millares de vasos de colores se veían colocados ya en los intermedios de los frutales, for-

mando estrellas, ruedas giratorias, pirámides...; ya hábilmente distribuidos en el suelo entre los cuadros de flores, y de la copa de los árboles pendían en festones globos luminosos; ó bien se veían dispersos y aislados entre el follage formando un conjunto sumamente agradable.

Quando ya todos habían gozado del espectáculo de la iluminacion, vieron cruzarse por les aires diversos cohetes y voladores que llamaron la atencion de nuestros jóvenes, y en seguida tuvieron lugar los fuegos artificiales, que agradaron sobremañera á toda la concurrencia y escitaron las simpatías en favor del diestro artífice que los había dispuesto, pues Emiliano, tan instruido en la pirotecnia como en las demás ciencias naturales, á nadie había fiado la ejecucion de estos recreos. Lo que mas agradó á todos fué un magnífico arco de fuego de varios colores, en cuya cartela se leían estas palabras: *Felices aquellos que encuentran, como yo, un buen padre y una tierna madre.*

De este modo terminaron las diversiones de aquel día; todos felicitaron á Emiliano; se despidieron cordialmente, y despues de haber rogado Pálemón á Mr. Lucas fuese á su granja al día siguiente, se retiraron sumamente contentos.

TARDE XLVIII.

LAS PASIONES.

Cual potro desenfrenado
Es el hombre en su pasión,
Si la sensata razón
Dominarle no ha logrado.
Toda su vida abrumado
Se verá en duras cadenas;
Desgracias suyas y ajenas
A millares causará;
Siempre le circundará
Serie infinita de penas.

EL cansancio del baile sumergió á los niños en tan profundo sueño, que á la mañana siguiente le fué preciso á Palemon ir de cama en cama despertándolos. Cada uno se quejaba de dolores ya en las piernas, ya en los brazos, ya en todo el cuerpo. Durante el desayuno fueron minuciosamente analizando las diversiones del día anterior, disfrutando

un nuevo placer en recordarlas; solo Leon guardaba un profundo silencio, porque estaba perdidamente enamorado, y un poeta con amores es mas sensible que cualquiera otro amante vulgar. Si se trataba de Rosalia hablaba con cautela temiendo revelar sus sentimientos; huía de sus hermanos y semejante á los pastores de la Arcadia, iba á suspirar á la orilla del arroyo que atravesaba la huerta.

Los demás no atreviéndose á zumbarle, reíanse de él á carcajadas cuando no les oía, y Palemon al saber el motivo los acompañaba tambien en su risa.

A medio dia llegó Mr. Lucas como había prometido; los acompañó á comer y hablaron largamente en elogio de Mr. Leclerc y de toda su apreciable familia: llegada la tarde le rogaron refiriese su historia, ya que la hacian interesante las desgracias que por una violenta pasion se habia causado á sí mismo; y deseando darles gusto, y por si su historia podia servirles de saludable ejemplo, refirió sus vicisitudes en la forma siguiente.

HISTORIA DE MR. LUCAS.

Yo, amigos míos, fui tambien jóven como vos-

otros, y en aquel tiempo hice tantas locuras como el que mas. Perdí mis padres desde muy niño, y quedé al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que quería, y por tanto me entregaba ciegamente á la disipacion y á los placeres de mi edad, cuando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivía en París y frecuentaba mucho las Tullerías, paseo el más hermoso y concurrido en aquel tiempo. Allí ví un dia á una jóven, cuyas gracias personales arrebataron toda mi atencion. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí sería su madre ó alguna parienta. Paseáronse largo rato, y yo di las mismas vueltas que ellas: al fin se retiraron, y las seguí á lo lejos hasta la calle de san Honorato, donde vivian. Al dia siguiente procuré informarme en la vecindad de quiénes eran estas señoras. Dijéronme que la jóven se llamaba Luisa, que vivía con su madre y un tio muy anciano: que era custodiada con mucho desvelo; porque siendo como era hermosa y rica, sus gentes trataban de establecerla ventajosamente, y temian los lazos de la seduccion. Con estas noticias procuré y conseguí ganar la confianza de una criada llamada Julia, por la cual supe que esperaban un maestro de lengua italiana para

Luisa, el cual se habia encargado de proporcionarla el Comendador Erville, primo de la señorita, que habitaba en una casa de campo. A fuerza de oro hice amistad con el ama de este señor, y conseguí que arrancase á su amo una carta de recomendacion para el maestro, que se me entregase, y se despidiese á aquel, suponiendo no era ya necesario. En representacion del maestro italiano me presenté á madama Volange, y la entregué la carta de recomendacion del Comendador su sobrino. La anciana me recibió muy bien, y me encargó la mayor decencia cuando diese leccion á su hija, previniéndome al mismo tiempo que no la hiciese leer libro alguno que tratase de amores. Prometilo todo, y desde este momento di continúas lecciones á la bella Luisa, que permaneció algun tiempo sin sospechar que yo fuese su amante encubierto. Me atreví un dia á revelarla mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á esta jóven sensible y agradecida á los extremos de mi amor. Me aseguró que la misma opresion en que la tenian, no hacia mas que escitar la fuerza de sus pasiones; y además de esto, Julia ya la habia dicho quién era el fingido maestro italiano. Luisa me amaba, me lo decia, y al mismo tiempo lloraba considerando que sin

nacimiento distinguido, y sin grandes bienes, era imposible que yo llegase á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponía por delante... Confieso que todo esto fué una criminal intriga. Hubo ocasiones; el amor habló demasiado á los sentidos, nos estraviámos, y al cabo de algun tiempo Luisa me anunció las resultas de nuestra locura. Para mayor desgracia, el Comendador Erville vino á París, dijo á madama Volange que yo no era su recomendado, y fuí lanzado de la casa con tanta confusion que temí verme puesto en una cárcel. Tambien Julia fué despedida. Sin embargo de todo lo ocurrido, no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la sustituyó, llamada Francisca; prometió esta que nos ayudaría en todo; pero ni ella ni Luisa podian imaginar el método de vida que con su hija empezó á observar madama Volange, la cual, suponiendo que yo sería amante de Luisa, y que esta me correspondía, trató de no perderla de vista durante el dia, y por la noche la encerraba, juntamente con su criada, en una sala que estaba inmediata á su misma habitacion.

¿Qué se había de hacer en tan estrecha situa-

cion? Yo, á lo menos, debía salvar el honor de una señorita con quien no podía casarme: ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada, que me escribía con cierto artificio en que habíamos convenido: y como la delicadeza me imponía el deber mas estrecho en esta parte, tomé pues el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de madama Volange había otra construida bajo el mismo plan, pues ambas pertenecieron á un mismo dueño; este las vendió separadas, y por consiguiente se habian tapiado todas las puertas de comunicacion de una casa á otra. En dicha casa, y en el mismo piso en que habitaba Luisa, tuve la dicha de alquilar una habitacion, de modo que solo una simple pared me separaba de mi querida. Me lisonjeaba de que abriendo un agujero en la pared podría hablar á Luisa, consolarla, y tomar las providencias necesarias para evitar que se comprometiese su reputacion; y fui harto feliz, pues hallé la puerta de comunicacion tapiada con un solo tabique muy delgado por la parte que yo habitaba. Quité con cuidado los ladrillos, y abrí la puerta; cuando estuvo acabada esta operacion, me puse á escuchar y oír hablar á Luisa con su criada; entonces la llamé, y me di á conocer: díjela lo que había hecho, y que

por su parte hiciera á lo menos una abertura capaz para el paso de una persona, pues era tambien muy endeble el tabique que habia por la parte en que ella se hallaba. En fin, para no cansaros, baste decir que nos pusimos en comunicacion. Yo tenia gran cuidado de no salir de dia sino lo muy preciso, y disfrazándome; y además habia mudado de nombre, para que madama Volange no supiera que era yo su vecino. Todas las noches veia á Luisa delante de Francisca, y prometia socorrerla á todo trance cuando llegase el momento. Llegó pues esta hora tan temida. Luisa habia disimulado su situacion con tal cautela, que nadie la habia recelado; y ayudado de mi ama de gobierno, en quien tenia entera confianza, y de Francisca, recibí de mano de esta en mis brazos el fruto de nuestros amores por la abertura del tabique, que quedaba cubierto con un cuadro. Luisa fingió una indisposicion y así pudo estar en cama algunos dias; durante los cuales la puerta y tabiques volvieron á ponerse como anteriormente estaban; y todo esto se ejecutó con tanta felicidad, que el suceso quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y yo, pues ni aun Julia tuvo noticia de ello. Pasado un mes, madama Volange llevó á su hija al campo;

desde donde desgracias inesperadas las precisaron á pasar á América, y á poco tiempo tuve el sentimiento de saber que Luisa había muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como nuestro secreto quedaba ya oculto para siempre, no pensé sino en educar á la preciosa hija que Luisa me había dado, para lo cual tambien eran precisas algunas precauciones. Tenía yo un tio muy rico, pero muy severo en órden á costumbres, el cual me prometió todos sus bienes si me casaba con quien él quisiese. No tardó en proponerme una boda, que resistí largo tiempo; pero reflexionando que un casamiento ventajoso me proporcionaría medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia Laroche, hija de un rico asentista. Fui bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo: pero ella murió luego. Sin embargo, todavia no podía yo educar libremente á mi hija, teniéndola en mi compañía; porque mi tio amaba tanto á su sobrinito, que me habría desheredado á saber que debía partir algun dia sus bienes y los míos con una hija mia, fruto de un amor infeliz. Puse pues á Luisita en una casa de pensionistas, con nombre supuesto; y cuando llegó á los diez y seis años, la confié á una viuda amiga mia, que la cuidó

como si fuera hija suya. Temiendo alguna indiscrecion de mi Luisa, nunca la habia manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyos nombres y y suerte ignoraba la pobre jóven. Para evitar sospechas, la veía muy pocas veces, y todo iba en esta parte muy á mi gusto; pero en mi casa no era feliz. Mi hijo anunciaba ya que sería muy malo: mimado sobremanera por su abuelo, despreciaba mi autoridad, y se complacía en jugar-me pasadas demasiado fuertes para su edad. Cuando tuvo diez y ocho años le dominaron las pasiones, yo no le daba dinero suficiente para satisfacerlas, pero él me lo robaba; y si lo advertía y le reprendía, se ponía furioso. Entre otros, un dia me dió mucho que sentir, y le dije que le haría sufrir todo el peso de mi enojo; pero el tal caballero tuvo atrevimiento de amenazarme con que sentaría plaza para vengarse: y en efecto, lo hizo creyendo darme mas que sentir por este medio; pero se equivocó mucho, pues me fué muy lisonjero el desembarazarme de un pícaro; y cuando ya arrepentido y lloroso vino á suplicarme le alcanzase la libertad, me negué y le obligué á seguir su destino. Por esta razon creía yo que mi hijo estaba muy lejos

de mí; pero su abuelo le había libertado; y, lo que era peor, detestaba delante de su nieto lo que ambos llamaban dureza y crueldad mia. Supe esta necedad, porque al entrar un día á visitar á su abuelo, ví un jóven que al descubrirme se ocultó en un gabinete; mas ya había conocido yo quién era. Reprendí sériamente al anciano su condescendencia, y me entregó al muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente, durante algun tiempo varió de conducta: era menos aturdido, menos disipador, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto, y muy pensativo, de lo que inferí que le dominaba alguna pasion oculta. No podía dudar que amaba; ¿pero á quién? Muchas veces le aplaudía su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazon, á lo que me respondía que el matrimonio era lo que únicamente podia fijarle. Pues bien, le dije, yo te buscaré alguna jóven amable que pueda ser digna compañera tuya; pero él al oir esto, volvía al otro lado la cabeza, y huía de mi presencia. Le propuse varios partidos ventajosísimos y todos los desechó. Indignado de esta indiferencia, para un estado que él mismo decía convenirle, le reprendí severísimamente, previniéndole que si estaba apasionado por

alguna persona indigna de su mano, jamás obtendría mi consentimiento para casarse. Conocía yo á fondo la poca delicadeza de mi hijo, y sabía que era capaz de unirse con cualquiera de esas mugeres de costumbres perdidas, cuya sociedad hacía mucho tiempo que él conocía. No volvimos á hablar mas de casamiento; pero pasaba fuera de casa dias enteros, y una gran parte de las noches. Era mas dulce, mas sumiso y respetuoso; pero disipadísimo, y sobre todo muy reservado. Cuando yo estaba discurriendo medios para saber qué le traía tan entretenido, me hallé con una esquila de mi suegro, en que me decía que fuese inmediatamente á verle para tratar de un asunto de la mayor importancia. Fuí al punto á su casa, donde quedé atónito de hallar un notario ocupado en estender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar, que mi suegro, con tono colérico, me dijo: ¿no os había yo prevenido mil veces que la errábais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡bellas resultas ha producido vuestra cueldad!—¿Pues qué ha hecho de nuevo?—A la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, enviaria al diablo toda vuestra familia, que no me dá sino pesadumbres; pero ya le he perdonado y aun he prometido que vos tambien le perdonaríais y con-

sentiríais en todo, y es preciso que no me dejeis desairado. — Pero señor ¿qué he de perdonar? ¿qué he de consentir?—Habéis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas.—¿De una niña? esplicaos.—La ha robado.—¿Quién?—Mi nieto.—¿Cómo?—¿No oís que vuestro hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa?—¡Y bien!...—¡Y bien! es preciso casarlos; yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo, y proceder conforme á los buenos principios.—¿Pero quién es esa muger?—Es una jóven.... vaya, es preciosa; se ha arrojado llorando á mis pies, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, y qué sé yo... El bribon bien sabia lo que hacia trayéndola á mi casa, y no á la vuestra.—¿Pero cómo ha pasado todo eso?—Ciertamente que yo lo sabía ya, no puedo negarlo. Hace mas de dos meses que mi nieto me dijo que estaba enamorado de la criatura mas bella de todo el mundo; no tiene bienes ni familia conocida, y por esto le aconsejé que no pensase en casarse con ella, ni os hablase nada en esta materia; pero á pesar de todo no se ha detenido, y esta mañana me la ha traído. ¡Es cierto que tiene la cara mas linda!.... Yo me he

enternecido; y el bribonzuelo ha jurado que se mataría si hoy mismo no se casaba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por lo mismo os he llamado para que firmeis los contratos.—¿Pero sin verla? —Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar nuera vuestra.—¿Y por qué?—Ya sabreis los motivos.—¿Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes?—Yo estoy bien informado de todo, y esto basta.—Sin embargo....—¿Que sin embargo? ¿me teneis por tan poco juicioso, que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo mereciese? ¿soy algun majadero, algun insensato?—No digo yo eso; pero si conociese á esa señorita, si la viese, si la hablase....—No tratamos de eso: ¿quereis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿Qué importa que la muchacha no tenga bienes? Yo tengo sobrados para todos; y desde luego doto en veinte mil libras á esa criatura que tanto me ha interesado; y á mas de esto señalo á los dos para su manutencion mil escudos anuales si consentis en su matrimonio; y despues de mi muerte heredarán cuanto tengo: ¿qué tal? parece que no os desagrada la proposicion; no es mal partido por una simple firma.—¿Pero cuándo se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién?—Pero,

pero... ¡válgame Dios! No he visto hombre mas duro y desconfiado. Ea pues, ó firmad el contrato, ó reñimos para siempre.—Ciertamente señor.... veo que estais ciego con mi hijo. —No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su muger: ¡qué graciosa! ¡qué modestia! ¡ah! seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro.

En otra situacion me hubiera reido del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre estaba alargándome la pluma, sin cesar de instarme para que firmase el contrato, ni permitirme que viese la firma de la novia. No dejaba de repetirme las sonoras voces de herencia, escudos, miles.... en fin, me resolví, reflexionando que si la nuera no me convenia, la despediría de mi casa, y ella y su marido se irian á vivir con su abuelo; y aunque en este caso, decia yo, no veré mas á mi hijo, viviré seguro de su fortuna, y nunca podrá culparme de haberle reducido á la miseria. Está muy bien, dije por fin á mi suegro, firmo ciegamente el contrato, y celebro daros esta prueba mas de mi sumision y confianza.

Firmé, pues; y el viejo, lleno de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió: Ahora que ya no podeis desdeiros, sabed que conoceis á la

señorita.—¿La conozco?—Sí por cierto; y se os han ocultado su presencia y su nombre, porque no se hubiera atrevido jamás á presentarse á vuestros ojos, despues de haberse dejado robar por un jóven... Ahora la vereis, y quedareis pasmado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. Venid acá, muchachos, venid á besar los pies á vuestro padre.

Abrióse entonces una puerta, y mi hijo corrió precipitado á mis brazos, juntamente con una jóven que exclamó: ¡Mi digno bienhechor! ¿me perdonais el haberme atrevido á ser hija vuestra? El rayo que cae á los pies del descuidado caminante, no le causa revolucion tan fuerte como la que en mí produjo la vista de esta jóven, que era mi verdadera hija Luisa.—¡Cielos! dije: ¡mi hija!—Seguramente que ahora lo es, dijo mi suegro muy regocijado; y yo le contesté: ¿Qué habeis hecho? ¿sabeis quién es esta jóven? ¿sabeis qué esposa dais á mi hijo? su misma hermana. — ¡Su hermana!— Sí, su hermana, hija de un amor infeliz, y á la que he educado ocultamente.

Todos quedaron petrificados; yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, y los motivos que me obligaron á ocultar sus con-

secuencias, con lo que todos quedaron confundidos. Mi hija lloraba; mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se estremecía de horror, porque el mal no podía remediarse sino con el matrimonio, y este era imposible; pero en vez de consolarme me llenó de injurias, y cambiando de repente en odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo: Huid de esta casa; nunca volvais á ella, ni esperéis de mí el mas leve socorro. Salí, pues, de casa mi suegro con mis hijos; y á la mañana siguiente supe que habia hecho testamento, disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenia casada en América. No fué solo este el mal que hizo, sino que refirió el caso á mi tio, y este, que era un fanático, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pía. Yo no me atrevía á tener juntos en una casa á mis hijos; pero antes que tomára providencia en esta parte, la tomó mi hijo robándome cuanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamás haya vuelto á saber de él. Así que huyó, mi suegro reclamó el dote de su hija, y me implicó en un pleito dispendioso que perdí. Entre tanto mi hija, consumida por la pasion que alimentaba, cayó en tal languidez, que en pocos meses la condujo al sepulcro. Víme, pues, solo en

el mundo, enfermo, y casi enteramente arruinado. Finalmente, vendí lo poco que me quedaba, y con el producto me formé una corta renta vitalicia, con la que á duras penas subsisto. En el tiempo de mis infortunios, los únicos que me consolaron fueron Mr. y Madama Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Ved aquí, hijos míos, los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura, y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y vengativo, y un tío caprichudo han causado todos mis tormentos, consecuencias bien merecidas de mis juveniles escesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí. El vicio nunca puede ser largo tiempo feliz; es preciso que mas ó menos tarde reciba el justo castigo. Sigamos pues el camino de la virtud. Amemos, sí; pero á vista y direccion de nuestros padres, y con un objeto legítimo.

Así terminó la relacion de sus desgracias Mr. Lucas, despidiéndose en seguida de la familia de Palemon. Nuestros jóvenes, que habian quedado solos con su padre, hablaron largo rato de esta historia, que los había llenado de horror. Esto dió motivo á Palemon para deplorar la suerte de las jóvenes imprudentes que, como Luisa de Volange, sin noti-

cia de sus padres entregan su corazón á seductores que las deshonran; recargó el cuadro de un mal hijo, y de la debilidad culpable de un padre ó de un tío preocupado: en una palabra, su discurso, pronunciado con la mayor dulzura, hizo una profunda impresion en sus jóvenes oyentes, que se propusieron revelarles en adelante hasta sus mas mínimos pensamientos. En la tarde siguiente veremos el efecto que produjo en ellos la historia que se acaba de leer; pero no debo concluir esta tarde, sin añadir una cosa que sin duda será muy agradable á mis lectores.

Antes que se retirasen del terrazo, Marcela trajo á Palemon una carta que leyó en alta voz, y decía así:

»Amigo mio: al fin puedo comunicaros una noticia que os será gustosa, atendido el interés que repetidas veces me habeis manifestado. He descubierto al hombre invisible, mi bienhechor, mi tirano, como querais llamarle, que me causaba tantas inquietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz, pero no puede haber historia mas interesante que la mia, añadiéndola lo que os falta saber. Luego que haya concluido algunos negocios que me ocupan, iré á veros, y á presencia de vuestra ama-

»ble familia referiré las maravillosas aventuras que
»me han sucedido desde nuestra última vista. A-
»brazad en mi nombre á vuestros hijos, y esperad-
»me á lo mas dentro de diez dias.—*Lonchamps.*»

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les había entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leído en el tomo segundo de esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometía, y se había escitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

TARDE XLIX.

LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar
De todo el mundo procura;
Mas advierte que es locura
Tratársele de ocultar
A aquel que te puede dar
Saludables instrucciones:
Para escuchar sus lecciones
Deposítale en su pecho,
Reconociendo el derecho
De dirigir tus acciones.

A la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo: Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lucas, me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras

muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interés; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables: en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres. ¿Y si llegára á sucedernos á nosotros lo mismo?.. Somos amantes y nuestro padre lo ignora: ¿quién sabe lo que tendrá pensado acerca de nosotros, y si nuestras respectivas inclinaciones llegarán á contrariar sus intenciones particulares?... Si sucediera así, si llegásemos á saber sus miras opuestas á nuestro amor, cuando ya este hubiera tomado incremento en nuestro corazon, ¿quién sabe adónde pudiera conducirnos nuestra pasion? ¿Cuál sería nuestro dolor si contrariásemos sus proyectos, dirigidos todos á nuestro bien?

Así pues, opino que debemos francamente confiarle el estado de nuestros corazones. Yo amo á Enriqueta; Julio á Adela; Leon, si no me engaño, suspira por Rosalía. Subamos pues nosotros, sin

que ellas lo sepan, al cuarto de nuestro padre, hablémosle con toda franqueza y sepamos su parecer. Benito no es aun sensible al amor, pero esto no le hace para que nos acompañe; de ese modo los consejos que nosotros recibamos, quizá le sean tambien de gran provecho.

Muy bien pensado, dijo Leon: adopto el pensamiento, pues por este medio seremos enteramente felices, ó precaveremos infinitas desgracias. Estoy pronto á hacer una sincera confesion de mi amor á Rosalia, pues aunque no la he visto mas de una vez, creo que la amaré eternamente.

Yo tengo mas miedo que vosotros, dijo el enamorado Julio; tengo motivos para temer la justa severidad de vuestro padre, pues siendo un miserable huérfano, que carezco de todo me he atrevido á amar á la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesion, que puede privarme de la ternura y bondades del hombre mas generoso. Sin embargo, si le dejo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y del derecho de la hospitalidad; y si reprueba mi pasion, necesariamente habré de incurrir en su indignacion. Pero á pesar de mis temores, admito la propuesta de Armando, aunque nunca me atreveré á hablar, ni á

sufrir las miradas del virtuoso Palemon si advierto en ellas alguna severidad. Temo.... algo le he dado á entender de mi ternura en cierta ocasion.... mas no importa....

Yo hablaré por todos, dijo Benito; soy neutral, pues no tengo pasion alguna, ni suspiro como vosotros; de consiguiente, acepto el encargo de orador que me encomendais. Apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito: con que no hay sino manos á la obra, y como dice el refran, el mal camino andarle pronto. No dejemos enfriar la intencion: vamos en seguida á ponerla en práctica. Vamos, respondieron todos, y subieron á la estancia de Palemon. El anciano viendo presentársele esta diputacion, quedó como parado, mirándolos con cierta inquietud y seriedad que llenó de recelo á los tres amantes; temblaban sus rodillas; sus corazones latían apresuradamente, y se arrepentian de su determinacion. Pero no habia medio de volver atrás; y á mas de esto, el orador Benito estaba determinado á divulgar el secreto cumpliendo su comision. ¿Qué es, dijo Palemon á sus hijos, lo que me proporciona la satisfaccion de veros reunidos en mi cuarto?—Yo os lo diré, respondió Benito. Me hallo encargado por mis her-

manos de mirar por sus intereses; y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal.—¿Qué es eso de abogado? ¿pues qué tienen que pedirme? Vamos, vamos, sentaos; y vos, señor abogado, esponed lo que gustéis.

Los muchachos se sentaron, y Benito, en pié, habló de esta suerte: Hay, padre mio, cierta edad en que el hombre saliendo de la infancia, se arroja con ardor á las pasiones y placeres comunes á todos los hombres y en todo tiempo. Semejante á la flor, que desplegando el capullo que la encierra se desarrolla, y por entre las hermosas hojas deja ver el gérmen que debe convertirla en grano productor, el hombre se desembaraza de las fajas de la infancia, crece, se fortifica, y en fin, llega á ser un padre de familia. Mas para que sea virtuoso y estimable, es preciso que tome el dictámen de sus superiores, que sea dócil á sus lecciones, que les manifieste sus mas secretos pensamientos, y que arregle su conducta conforme á la voluntad de aquellos. La flor no llega á ser hermosa sin el auxilio del jardinero; y los hijos no adquieren virtudes sino con el socorro de la educacion que reciben de sus padres. En fin.... el hombre.... la flor.... son.... son....

Deja tu hombre y tu flor, interrumpió Palemon sonriéndose, no te andes con frases estudiadas, y vamos al caso. Benito, algo turbado, continuó así: Cuando se posee un padre tan bueno y respetable como el que tenemos nosotros, no le debemos ocultar nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del estado que quiera darnos algún día. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros, por mi voz, el amor que inflama á los tres respecto de unos objetos, dignos al parecer de toda su afición. Esta podrá haberlos deslumbrado; pero buscan en vos su desengaño, y dejarán de amar si os opusiereis á su naciente afecto.—¡Hola! ¡hola! ¿con que me venís á hablar de vuestros amores? Tempranito es, amigos míos: todavía sois muy muchachos; pero con todo, examinemos el asunto: ¿conque los tres estais enamorados, no es esto? quiero decir que Leon, Armando y Julio son los tres amantes; ¿y no sabremos quiénes son las señoras?—Padre mio....—Calla, Benito; déjame preguntar separadamente á nuestros amantes. Acércate, Armando; dime francamente: ¿á quién amas? Armando temblando respondió: amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazon amigo de la ino-

cencia, del candor y de la virtud.—Yo lo creo; pero ya sabes que Enriqueta es pobre: ¿cómo la has de mantener?—Yo espero, ayudado de vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones.—¿Y en qué clase?—Me parece que varias veces me habeis dicho, que una cátedra de matemáticas sería lo que mas me conviniese.—Pero es menester obtenerla, y aun no tienes los años que se requieren para solicitarla.—Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla ¿aprobareis entonces que Enriqueta sea mi esposa?—No has hecho mas que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella consiente.—*Sí señor, sí señor.*—¡Bravísimo! ¿conque consiente, eh? Pues bien, si os amais, tened esperanza; pero hijo mío, cuidado que entre tanto el amor no te haga olvidar tus estudios; aplícate mucho, y veremos. Vamos á otro: llégate, mi amado Julio, háblame sin timidez; dime, quién es la persona que ha podido enamorar un corazón tan tierno como el tuyo? ¿titubeas? ¿no sabes el cariño que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio estaba confuso, y no se atrevía á hablar. Palemon lo conoció, y estimó mas por esto al mu-

chacho, á quien dijo: ¿no quieres confiarme tu secreto? ¿será preciso que yo le adivine, y te diga que Adela puede ser la que has elegido?—¡Ah padre mio! sin duda vais á castigarme por temerario.—¿Castigarte, amigo mio? de esta manera (y le dió un abrazo). Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesion de Adela; pero no será mañana, como desde luego lo puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura, y algun dia sabrás mis pensamientos en órden á tí y á mi hija, que será tu esposa.—¡Qué esceso de bondad! ¡de cuán enorme peso me hallo libre!—Ese es el premio de tu franqueza y modestia. Siéntate junto á tu hermano Armando, y dad por bien hecho el haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seais muy dichosos. Vaya, señor Leon, á usted le toca el turno; sepamos cuál es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte; á nadie veo por aquí, y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse Leon, y dijo á su padre: Mi Clori, ó como quisiéreis llamarla, no habita en esta casa. Sola una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida.—¡Buen jurar es! ¿y podré yo jurar dár-

tela algun dia por esposa? digo algun dia, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. — Bien sé que soy todavía un niño; pero vos me habeis enseñado á pensar, y la razon y la sensibilidad se han adelantado á mi edad. — Ya veo que eres muy precoz: ¿y la señorita?.. — La prima de Emiliano. — ¡Hola! ¿la bella Rosalia? no te falta talento para escoger; pero, amigo, en cuanto á esto nada seguro puedo prometerte; yo no soy quien dispone de Rosalia; su suerte depende de sus tios, que son muy ricos, y acaso tendrán ya preparado algun casamiento distinguido para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla; vive en París, y sus tios tal vez no volverán por estas campiñas; yo no estoy para hacer viajes; y tú, sin mí, no puedes ir á París sin mas objeto que el de ver á tu querida. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todos mis esfuerzos para que dentro de algunos dias tengas una respuesta favorable. Escribiré á Mr. Leclerc, le pintaré tu tierno afecto, y le empeñaré á que averigüe en qué disposicion se halla Rosalia respecto de tí; y si esta te favorece, no dudo que su tio prefiera mi alianza á todas, y entonces veremos; pero han de pasar todavía algunos años, y el

tiempo altera mucho las resoluciones. Espera entre tanto, y cree que tu padre no lleva á mal el que hayas puesto tu corazon en una jóven que lo merece, así por sus gracias, como por su talento y educacion. Me parece que ya no hay nadie á quien consolar, pues Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna; ¿no es así? — Sí señor. — ¡Oh! ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos, y á la verdad me alegro; y aun desearia que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonzase su razon para convertirse entonces, y no antes, en héroes de novela; pero el corazon no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito; conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposicion de poder algun dia elegir mejor que tus hermanos; porque cuando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que se casa con muger pobre! Es preciso que desde luego trabaje para dos, y despues para tres, cinco ó mas, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en cuanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede

con demasiada frecuencia que cuando se han satisfecho los deseos, y desvanecido las primeras impresiones del amor, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su muger, y la echa en cara su falta de bienes. Este es un proceder indigno de un hombre honrado; y así espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavía está á tiempo; y si la quiere, como dice, debe siempre cuidar de hacerla feliz.

Yo celebro con mucha satisfaccion que me hayais elegido por vuestro confidente; esto me manifiesta que soy mas amigo vuestro que padre, y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos el que me parece hay mas exaltacion en vuestras cabezas que amor verdadero en vuestros corazones; y temo que esto sea el resultado de las muchas historias que se os han referido de algun tiempo á esta parte. Habeis oido hablar de amor, y estais persuadidos de que le sentís. Sois demasiado jóvenes para sentir ya esa pasion, que no se apodera del alma sino cuando la fuerza del cuerpo puede alimentarla. Es preciso ser hombre y estar enteramente formado para entregarse á una pasion de puro entusiasmo y sensibilidad. Sea lo que fuere, lo cierto es que

haceis de amantes como los que mas, quiero creer que lo sois efectivamente; pero en este caso, y cualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amais. Pensad que su pudor y honestidad son unos tesoros que debeis cuidar con el mayor escrúpulo; y que la probidad y honradez os conservarán unas esposas virtuosas, y unas compañeras apreciadas. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversacion Adela y Enriqueta, ni que me habeis confiado vuestra mútua inteligencia, y mucho menos el que yo la he aprobado. Contentaos con alimentar una esperanza que no debeis dar á ellas, por mil razones que vuestra edad y mi carácter me impiden explicar. Guardad secreto, repito, sobre vuestra resolucion; y nada altereis del respeto y atencion que debeis á dos personas, que por razon de su sexo y juventud debeis amar recatada y silenciosamente. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habeis hecho, y que es la mas lisonjera recompensa de la buena educacion y cuidados que os he prodigado.

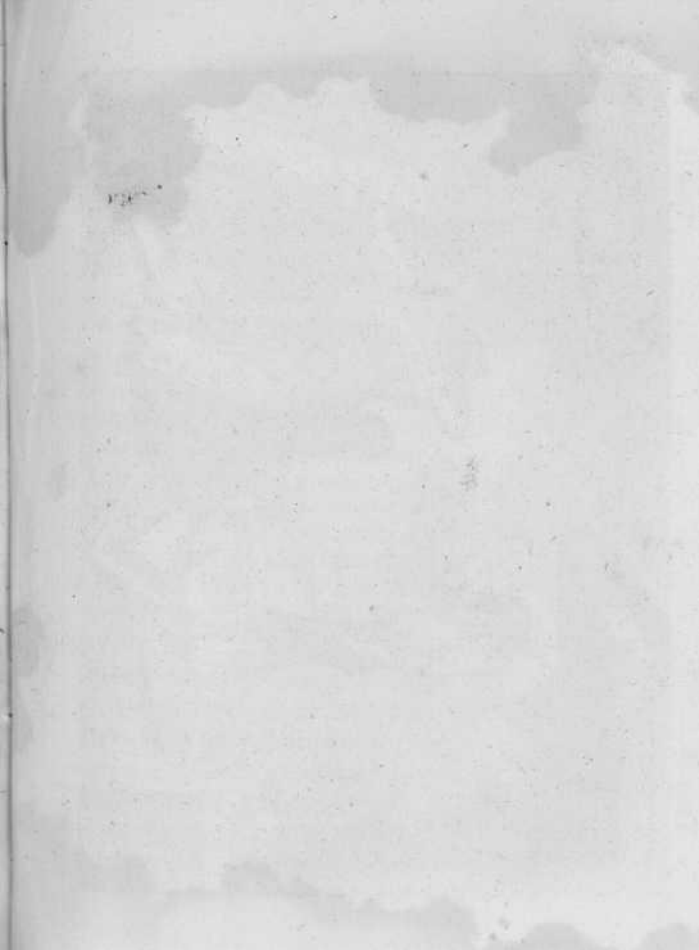
Los cuatro corrieron á abrazar á su padre con

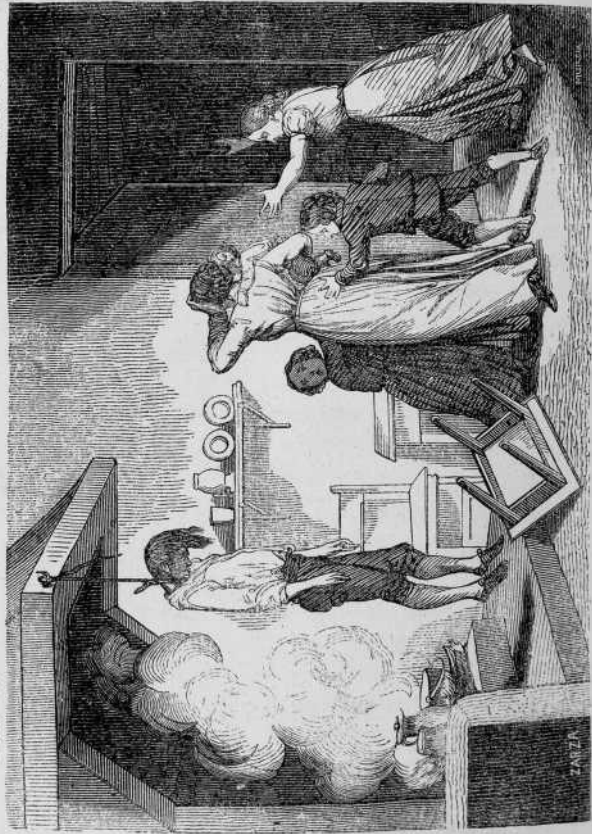
la mayor efusion de sus almas; y se retiraron contentísimos de su buen recibimiento, y del partido que habian tomado. ¡Véase aquí, decian, lo que es un buen padre! él anima á sus hijos, estos desahogan en su generoso corazon sus mas secretos pensamientos, y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

¡Escelentes jóvenes! ¡quiera el cielo que vuestra conducta franca y noble tenga muchos imitadores!

Locos de contento por verse autorizados en sus amores por Palemon, Armando y Julio fueron á coger flores para Enriqueta y Adela, deseando por instantes verlas con cualquiera pretesto. Brillaba en sus ojos la alegría, eran mas galantes, mas tiernos y mas apasionados; pero, fieles á las órdenes de su padre, nada las dijeron de lo tratado, y ellas admitieron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

Este dia fué de descanso: hubo paseo y merienda en el campo; no faltó un poco de baile; y en fin, llegada la hora de recogerse, fueron todos á disfrutar de un sueño lleno de agradables imágenes. Todos se hallaban felices; Palemon por tener unos hijos tan dignos de su amor, y estos por tener un padre tan lleno de bondad y de ternura.





TARDE L.

LOS CELOS.

Triste de aquel que al rigor
 De los furibundos celos,
 Le someten los desvelos
 Del mal entendido honor.
 Poseido del furor
 De pasion tan insensata,
 De sangre y venganzas trata,
 Sueña delitos, traiciones,
 Y á temerarias acciones
 Su necio mal la arrebatá.

HABIÁNSE reunido nuestros amigos bajo el emparado con ánimo de oír leer algo instructivo, y ya Palemon tenia abierto en las manos el libro para empezar, cuando llamaron á la puerta, y entró en la posesion Mr. Serein, vecino de aquellas inmediaciones, acompañado de una caterva de chiquillos de diferentes edades y sexos.

Apenas entró corrió á abrazar á Palemon: Amigo mio, le dijo, vengo á daros parte de mi alegría y del suceso mas extraordinario que puede jamás ocurrir.—¿Qué es ello? amigo mio, interrumpió Palemon: ¿quiénes son esas bellas criaturas que os acompañan?—Justamente eso es lo que vengo á participaros. Ya sabeis que soy viudo y sin hijos; pues ahora el cielo acaba de hacerme un magnifico regalo. Ya soy como un padre de una numerosa familia muy digna de ser amada.—Ea pues, sentaos todos, y sepamos esa historia maravillosa. — Pues escuchadme.

HISTORIA DEL VIAJE DE LOS CINCO NIÑOS AMERICANOS.

Ya sabeis, amigo, que nací en este pais, donde mi padre fué escelente labrador. Tenía yo un hermano, que desde muy jóven sentó plaza, pasó á nuestras islas, y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesion de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé despues y murió mi esposa sin haberme dejado sucesion. Resolvi no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila cuando, habrá dos años, recibí una carta de mi hermano, en que me decía que hacía mucho tiempo que

se había establecido en la isla de santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia; y respondí á mi hermano, que agradecía á Dios el no haberme vuelto á casar para poder socorrer á su familia, á la cual dejaría todos mis bienes; y que me escribiese si algo necesitaba.

No me contestó; y apenas pensaba en él, cuando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamaron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo que pregunté: ¿quién llama? — Nosotros, me respondió una voz delicada. — Nosotros, dije, no es decir nada. Sin embargo abrí, y quedé atónito de ver cinco niños que me preguntaron si yo era Mr. Serein. Díjeles que sí y al instante saltaron á abrazarme llamándome su amado tío. — ¿Cómo tío? les dije aturdido; y Carlota que es la mayor, aunque solo tiene once años, me respondió: Nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor de nuestro tío. — ¿Es posible?... vosotros hijos de.... ¡pobre hermano mio!... ¿conque ha muerto?... — Sí señor. — Ea pues, contadme cómo ha sucedido.

La muchacha al instante me presentó la carta

que yo había escrito á mi hermano, ofreciéndole todos mis auxilios; y solo con este fundamento se ha atrevido á venir y traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos los cinco tenían un famoso apetito. Desperté á mi ama de gobierno, y la mandé diese de cenar á estas graciosas criaturas: cuando hubieron satisfecho la necesidad que tenían, dije á Carlota que me refiriese sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su language tal vez sería poco entendido de vuestros hijos. Lo hare yo y oireis una historia bien rara, y las particularidades del viaje de mis americanitos; pero, para mejor inteligencia, es preciso tomar la relacion desde muy atrás.

Mi hermano Claudio Serein, despues de haber servido en la marina, y obtenido su licencia, se estableció en la isla de santo Domingo. Allí se casó, y tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en esta isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de comerciante en cables y todo género de cordage. Educaba allí pacificamente á su familia, cuando trastornándose todo en las colonias, se verificó el famoso incendio del Cabo, y arruinó un gran número de familias. Mi hermano y

su esposa, que fueron víctimas de este accidente, con temor del aspecto que presentaban las cosas, enviaron todos sus hijos á casa de una amiga, que vivía solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atrevieron á abandonar su casa, asilo que les fué muy fatal, pues perecieron entre el fuego y las ruinas de su albergue, y su amiga dió esta funesta noticia á los tristes huerfanitos. ¡Qué fatalidad para estas inocentes criaturas! Carlota se acordó de que antes de la separacion, su padre la había confiado una cartera con varios papeles para que la conservase: procuró examinarlos, y entre ellos halló la carta que yo había escrito á mi hermano; en ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia; y al punto formó el atrevido proyecto de venir en busca de su tio, juntamente con sus cuatro hermanos. Participó su resolucion á la amiga de sus padres, añadiendo en cuanto á mí, que no podía menos de tomarlos bajo mi proteccion. La buena muger en vano procuró disuadirla de semejante empresa; dijola: Hija mia, considera que para viajar se necesitan dineros y conocimientos, y tener mucha mas edad de la que tú tienes.—No importa, respondió Carlota, yo reemplazaré á mi madre en cuanto pudiere respecto de mis hermanos, y

particularmente de Jacinto que es el de menor edad, y necesita mas cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia, y nos ayudarán. Dejadme hacer, amiga mia; yo soy muy niña, pero tengo mas valor del que pensais.

Dijo Carlota estas palabras con tanta energia, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena muger, que como era pobre no podía favorecer á Carlota sino muy escasamente. La puso por delante los peligros del mar, la precision de atravesar casi toda la Francia, y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó inflexible en su resolucion. En consecuencia, una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los pies del encargado del gobierno francés en el Cabo. Le espuso su intencion, y aquel caballero, enternecido la dijo que volviera al dia siguiente. Carlota fué exacta; y el encargado la dijo: ¿Conque absolutamente, hija mia, estais determinada á partir? — Sí, señor.—Pues bien, presentaos al instante en el navío *Invencible*, que está en el puerto; preguntad por el capitan Verville, y entregadle este billete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía.— ¿Qué decís, señor? ¿es posible

que os debo tanto favor? — Me habeis interesado mucho: tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algun alivio en el navío.

Carlota tomó el dinero y el billete, dió las gracias á aquel hombre generoso, y trasportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga. Esta buena muger la dió un luis de oro, encargándola que lo economizára mucho; luego la abrazó llorando, y suplicando al cielo que protegiese con particular asistencia á la inocente familia.

Carlota tomó en los brazos á su hermano menor: los otros la siguieron, y llegó al puerto, donde preguntó por el capitan Verville. — ¿Qué le quereis? — Nos ha de llevar á Francia. Se echaron á reir y no la hicieron caso; pero ella, á fuerza de investigar, halló al capitan, el cual, leido que hubo el billete, tomó la mano á Carlota, diciéndola: Venid, querida; ya sé lo que deseais; habeis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. El capitan llegó al navío rodeado de muchachos, á los que colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya se hallaba Carlota embarcada, y llena de alegría veia alejarse de sus ojos aquella tierra de dolor que no

presentaba sino las vastas ruinas que para siempre cubren los preciosos restos de sus padres. Este recuerdo la hizo llorar, y á su ejemplo lloraban tambien sus hermanos; conocía Carlota que debía consolarlos é inspirarles firmeza; enjugó sus lágrimas y las de sus hermanitos, tomó á Jacinto en brazos, y procuró hacerle reir para distraer á los otros. Este tierno cuadro llamó la atención de todos los pasajeros; rodeaban á Carlota y la examinaban; ella respondía con ingenuidad, y recibía mil regalos. El capitán la enviaba lo sobrante de su mesa, y todos los llenaban de caricias y beneficios. Carlota, en efecto, se manejó en toda la travesía como una madre de familia; repartía la correspondiente ración á sus hermanos; los hacía acostar y levantar á determinadas horas; cuidaba de su ropa, los aseaba y dirigía.

En tan dilatado viaje, la pobre Carlota tuvo el sentimiento de ver enfermar peligrosamente á tres de sus hermanos: duplicó su actividad, pasó junto á ellos las noches, é imploró el auxilio de los físicos del navío, que correspondieron caritativamente á sus ruegos. Restableciéronse los muchachos; pero Carlota pagó el tributo al mar: enfermó, aunque no por eso dejó de velar y atender en cuanto pudo á sus

hermanos, y decía que solo temía morir por haber de dejarlos abandonados.

En fin, despues de muchos trabajos, el navío entró en el puerto del Oriente; y el capitán, que tenía que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia, y no tenían mas que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores; y lo mismo hizo con todos los compañeros de su viaje, los cuales, de comun acuerdo, la dieron una suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de medias y zapatos para sí y sus hermanos; y luego se puso en marcha tomando la direccion de todos los pasajeros. Quería ir á Paris, persuadida de que en esta gran ciudad la indicarian mas facilmente la residencia de su tío. Andaba tres ó cuatro leguas al dia á pié, que es bastante; y cuando conocía que los muchachos estaban cansados, los hacía descansar tres ó cuatro dias en cualquier parage. Nunca caminaba sino de dia; y al acercarse la noche se refugiaba en el primer albergue, pagando alguna cosa porque la admitieran, aunque fuese en el establo; y cuando la preguntaban adónde iba, respondia: Voy en busca de mi tío Claudio Serein: ¿le conoceis?

Refanse al oirla, y muchas veces los posaderos tenian la humanidad de recogerla, y aun darla de cenar de balde. En cuanto á la comida, la hacian caminando, y comiendo pan y algun poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, lejos de desanimarla, escitó mas su actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores; le visitaba dos veces al dia, y le cuidaba con el mayor esmero. Cuando el niño estuvo sano, le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzon y Mortagne la ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir albergue, segun lo acostumbraba, y quedó atónita de no hallar mas que un hombre bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de dia y el camino pasagero. El posadero, que estaba de mal humor, la trató con aspereza, por lo que se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratase así á unos pobres huérfanos que no tenian mas auxilio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, se puso á mirarla, y luego la dijo: Pues bien, acomodaos donde pudiéreis; pero no conteis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió mas que el simple albergue: y contenta de haberle hallado, subió con su familia y entró en el primer cuarto que encontró abierto. Permaneció allí; y llegada la noche bajó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Respondiéndola que no, pero muy encolerizado; tembló la pobre muchacha al oírle, y le pesó haber entrado en esta casa; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que la fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se decidió á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento la decia que sucedería alguna cosa extraordinaria en aquella casa.

Estaba la luna en su tercer cuarto, tiempo en que este astro no resplandece sino hácia la una de la mañana. Carlota, que hasta este punto había oído subir, bajar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se había mantenido en acecho de todo lo que ocurría; vió en el patio al posadero muy agitado, dando patadas y señales de una absoluta desesperacion; y sin poder contenerse le dijo: ¿Qué teneis, amigo? ¿puedo serviros en algo?—¿Cómo? ¿no dormís?—No por cierto.—Tanto peor; pues retiraos y dejad-

me en paz: cuando quisiéreis salir, hallareis la llave de la puerta colgada en este pilar.

¿Qué significa esto, dijo para sí Carlota asustada, cuando quisiere salir?... Pues qué, ¿no se abre esta posada temprano como las demás? Muy agitada esperó á que amaneciese; ya no oía ruido alguno, mas no por eso calmaba su inquietud. Apenas vió las primeras luces del dia despertó á sus hermanos, los hizo vestir apresuradamente, y salió con ellos para huir de esta casa donde no había podido reposar. No conocía Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos cuartos abiertos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno; lo que la causó la mayor confusion. Empujó una puerta... ¡cielos! ¡qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! ¡una muger llena de puñaladas y bañada en su sangre! Gritó Carlota, y aguijó su jóven familia, temiendo experimentar la misma suerte. Halló la escalera, bajó al patio.... ¡oh terror! al atravesar por delante de la cocina vió al infeliz posadero que estaba ahorcado: ¡Qué infernal caverna es esta! Carlota se animó, tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta, y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolas un hombre con trazas de cocinero, que exclamó:

¡Veamos si el infeliz ha atentado contra sus dias!

Hallaron en efecto el cadáver del posadero y el de la muger asesinada, y arrestaron á los muchachos para examinarlos. Carlota no pudo decir sino lo que había visto: la preguntaron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oia infirió que el posadero, celoso de su criado, le despidió el dia anterior, así como á todos sus dependientes; que luego había asesinado á su muger, y despues se había quitado la vida. Este criado era el conductor de la justicia; juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por esto, temiendo alguna locura de su parte, había acudido, aunque tarde, á la justicia, la cual conociendo la inocencia de Carlota la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de este lugar de horror y espanto. El suceso la había ástustado tanto, que aquel dia no pudo andar sino muy poco, y se retiró temprano á una posada, bien contra toda su voluntad, porque desde el lance referido desconfiaba de esta especie de albergues, y cuando no tenía otro arbitrio, buscaba para pasar la noche las posadas mas concurridas. Nada particular la sucedió hasta París, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre

muchacha, con cuatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viaje, sin mas recurso que el de cinco ó á lo mas seis luises; y ciertamente que ha observado un órden y economía admirables. En fin, se hallaba en París; pero aun no estaba en casa de su tio, y el dinero se le habia acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita cuando la dijeron que tenia que volver atrás. Necesitaba volver á Versailles, y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto habia tenido valor; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se puso á llorar amargamente. ¿Qué tienes, querida? la preguntó una señora que la habia instruido de lo que tenia que hacer. Carlota la refirió sus desgracias y la ocasion de su viaje, de lo que quedó la señora tan compadecida, que la dió doce libras. Un poco sosegada con este socorro, volvió á ponerse en camino, y á fuerza de preguntar á cuantos encontraba, llegó como os he dicho, á mi casa ayer casi á media noche. ¡Qué paciencia, amigos míos, y qué resolucion!.. ¡Andar á pie cerca de ciento cincuenta leguas!.. ¡casi siempre precisada á traer en sus brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la

aliviaban los demás! ¡ved lo que ha hecho esta muchacha! y todo para hallar un tio á quien no conocia, y que podía ser de carácter duro, y darla, como suele decirse, con la puerta en los ojos; porque á la verdad, cinco muchachos son una carga que pocos admitirian; pero me es muy grata la nueva familia que me envia el cielo; y aun sería preciso tener un corazon de acero para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto; serán mis hijos, Carlota los cuidará, y gobernará tambien mi casa, porque es menester confesar que descubre talento para ello. ¿Qué os parece, amigos míos? ¿Mirais á esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura? Sí, miradla, y contempladla bien. Cuando considero que esos pobres niños llegaron á mi casa sin zapatos, con sus delicados pies hinchados y heridos por las espinas y agudas piedras, sobre las cuales han caminado, y que en medio de tantas fatigas disfrutan la salud mas robusta, me admiro, me aturdo, me pasmo.... Perdonad mi entusiasmo, acaso toco en la exageracion; pero mi corazon rebosa de contento, y el dia de la llegada de estos niños á mi casa le miro como el mas feliz de mi vida. Yo seré su padre, y cumpliré con todas las obligaciones de tal, pues de lo con-

trario sería el hombre mas inicuo del universo.

Calló Serein, y todos los hijos de Palemon, que miraban á Carlota como á un ente extraordinario, la estrecharon amorosamente en sus brazos. También acariciaron á los demás hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortísima edad daba esperanzas de un feliz discernimiento. Cosa rara, dijo Leon, sería ver viajar á pie cinco muchachos tan pequeños: os harían muchas preguntas en todos los lugares donde os deteniais.—Infinitas.—Y todos se interesarían en vuestra suerte ¿no es así?—No por cierto; la mayor parte de los que me preguntaban, me oían, me miraban y me volvían la espalda. Casi todos se reían de mí, y con raros gestos daban á entender que había hecho mal en esponerme así á las contingencias de tan largo camino. Sin embargo, algunas personas me ofrecían conducirme, porque tenían que hacer el mismo camino; pero yo nunca quise asociarme con otros. No sé por qué razon me asustaba esto: además me impedía el arreglo de horas y el órden que yo observaba con mis hermanos. No me faltaba resolucion, y nada temía. Solo me aterró el lance del posadero, y creo que si esto me hubiera sucedido en la ciudad donde desembarcamos, quizá

no habría tenido aliento para llegar á París. Pero en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tio tan bueno; soy feliz, y lo son tambien mis hermanos: ¿no es verdad? Manuela, Teresa, Joaquin ¿qué decis?

Los tres saltaron al cuello del buen Serein, que lloró de ternura al verse tan acariciado por estos niños. Palemon, á quien había penetrado tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Despues se retiró Serein con su familia, diciendo antes á Palemon: á Dios, vecino mio; yo sé que sois buen padre, y que os gustan mucho los muchachos; por eso me he tomado la libertad de presentaros los míos, y tal vez cansaros con una relacion tan prolija. — Amigo mio, respondió el anciano, me habeis complacido sobremanera; bien sabeis que no puede serme indiferente nada de cuanto diga relacion á la buena moral y educacion de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y suplico que la reitereis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Serein, y se llevó su tierna compañía, que á la verdad necesitaba descansar algunos dias para reponerse de tantas fatigas. Palemon y

sus hijos en el resto de la tarde comentaron los hechos de la historia de Carlota, no pudiendo menos de detenerse largo espacio, al llegar al triste suceso del mesonero, á considerar los funestos efectos de la furiosa pasion de los celos, acerca de lo cual Palemón les hizo las juiciosas reflexiones que le sugirió su celo de buen padre.

TARDE LI.

LA IMPREVISION.

Si con las armas jugar
 Acostumbras imprudente,
 Debes tener muy presente
 El pago que suelen dar.
 Se hicieron para matar,
 Y á la corta ó á la larga
 En estocada ó descarga
 Producen infausta muerte
 Por nuestra picara suerte;
 Que siempre *el diablo las carga.*

MUCHOS días transcurrieron sin ir al emparrado, y sin embargo nuestros jóvenes estaban contentos. ¿Por qué?.. Habian formado el proyecto de obsequiar á su padre el dia de su cumpleaños, representando á su presencia una piececita que Leon

había compuesto, y aplicados á aprender y ensayar sus respectivos papeles, habian hecho entrar en su complot á Mr. Delacour, para que llevase á paseo á Palemon todas las tardes con el pretesto de que el ejercicio convenia mucho á su salud quebrantada. En este tiempo le tuvieron los muchachos para arreglarlo todo; y aunque algo recebaba Palemon, disimulaba. Llegó por fin el dia de la fiesta; y despues de haber comido alegremente, Mr. Delacour sacó á pasear á Palemon; pero al volver hallaron en casa á Mr. Serein y sus sobrinitos, á Mr. Versevil y sus hijos, y á otras varias gentes de la comarca que habian sido convidadas por nuestros jóvenes. No viendo allí Palemon á sus hijos, preguntó por ellos; y le dijeron que estaban vistiéndose para representar una comedia. Aprobó el pensamiento, y acompañado de los concurrentes se trasladó al lugar de la escena. En medio del bosquecillo contenido en la huerta, los muchachos, auxiliados de los jornaleros de su padre, habian levantado un pequeño teatro cuyo foro y bastidores compusieron con algunas cortinas que les suministró Marcela. Tambien habian traído tres ó cuatro músicos de la ciudad vecina; y para estos gastos habian escotado lo necesario, gracias á los

regalillos que de cuando en cuando les hacía Palemon. Toda la concurrencia se reducía á unas treinta personas, y luego que estas se sentaron en las sillas y bancos prevenidos para el efecto, precediendo una graciosa sinfonía, dieron los muchachos principio al siguiente drama.

EL AMOR FRATERNAL.

DRAMA EN UN ACTO.



INTERLOCUTORIOS.

MR. BELMONT.	<i>Armando.</i>
MADAMA BELMONT.	<i>Enriqueta.</i>
PAULINO.	<i>Julio.</i>
ENRIQUE.	<i>Leon.</i>
MR. EVERARD.	<i>Benito.</i>
ADELAIDA.	<i>Adela.</i>

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE solo.

Está sentado á una mesa en que hay papeles y recado de escribir.

No me engaño: las cuatro han dado, y todavía no he sacado las cuentas que me puso el maestro: ¡qué cosa tan molesta es la aritmética! nada hay que aborrezca tanto como esta clase de trabajo. Si viniera Paulino me ayudaría, porque en esto de cuentas está bien impuesto; pero yo no entiendo palabra: en vez de un cero pongo un siete, y en

vez de un siete un cero, así salen detestables todos mis cálculos. Sin embargo, es preciso hacerlo, porque si no me reñirán mis padres. Vamos á ver: dos veces veinte y cuatro, cuarenta y ocho; tres veces cuarenta... tres veces cuarenta... ¿cuánto hacen?... ciento y veinte... no, ciento y... qué sé yo... (*Se levanta tirando la pluma, y al mismo tiempo oye un tiro que le asusta, y luego continúa:*

¡Válgame Dios!.. ¡un tiro!.. ha sido muy cerca, porque...

ESCENA SEGUNDA.

PAULINO Y ENRIQUE.

PAULINO (*saliendo azorado*).

Dios mio!.. Dios mio!.. ¡Enrique! yo me muero... ¡qué será de mí!

ENRIQUE.

¿Qué tienes, Paulino? ¿qué te ha sucedido? el tiro.....

PAULINO.

¡Ah, hermano mio!.. escóndeme por Dios... no sé lo que me pasa... he muerto á...

ENRIQUE.

¡Acaba! sácame de tanta angustia.

PAULINO.

He muerto á Adelaida , á nuestra querida hermana.....

ENRIQUE.

¿Es posible?.. y tienes valor para presentarte...

PAULINO.

No pienses, Enrique, que ha sido de intento; la fatalidad... la imprevision...

ENRIQUE.

¿Pues cómo ha sucedido?

PAULINO.

Ya sabes que papá, estando comiendo, dijo que quería salir á caballo, y que Juan le arreglase las pistolas. Despues mandó á Adelaida que fuese á ver si todo estaba dispuesto: fui con ella á la antesala; Juan no estaba en en ella, porque había bajado á avisar al palafrenero para que ensillase el caballo. Por desgracia ví las pistolas sobre la mesa... ¡oh, quién hubiese cegado en este punto!.. ¡si me hubiese muerto!

ENRIQUE.

Paulino, Paulino, vuelve en tí y prosigue.

PAULINO.

Tomé una pistola, y jugando con Adelaida, la

apunté y la dije: que te mato... salió el tiro, y la pobre... cayó bañada en su sangre.

ENRIQUE.

¿Quién sabe si acaso será solo una leve herida?..
(*Paséase agitado.*) ¡Si yo pudiera salvarla!... Si
pudiera ocultarte... porque ya conoces el genio vio-
lento de padre...

PAULINO.

¿No oyes la gritería de los criados, que lloran
por Adelaida?... ¿No oyes las voces de padre, los
lamentos de madre?... ¡Ah! ¡si pudiera yo huir y
precipitarme en el rio!...

ENRIQUE.

¿Y con ese acto de cobardía remediabas el daño
que has hecho?... ¿Sería un acto digno el darte la
muerte por no arrostrar el castigo á que te has he-
cho acreedor?... Espera y confía, ó sufre y calla...
Pero siento pasos... padre viene...

PAULINO.

¡Ay Adelaida!.. ¡Ay Enrique! (*Cae desmayado.*)

ESCENA III.

Los mismos y Mr. BELMONT.

MR. BELMONT. (*con una pistola en la mano.*)

¿Quién de vosotros ha dado la muerte á mi hija?

ENRIQUE.

¡Ah, papá!... mirad... Paulino muerto y Adelaida.....

MR. BELMONT.

¿Conque ha sido Paulino?

ENRIQUE.

No, no señor... no fué él; tiradme á mí.

MR. BELMONT.

¿Conque tú has sido, infame?... pues muere.
(*Le apunta con la pistola, y Paulino que acaba de volver en sí, se levanta y asiendo el brazo á Belmont separa la direccion del arma y sale el tiro.*)

PAULINO.

¡Cielos! ¿qué vais á hacer, papá mio?... si no ha sido él...

MR. BELMONT.

¿Pues quién ha sido entonces?

PAULINO.

Yo, papá... yo he sido... matadme. (*Se arro-
dilla.*)

ENRIQUE.

No, papá, no ha sido él, os engaña: he sido yo; disponded de mi vida.

MR. BELMONT.

¡Infames! ¿qué complot infernal habeis formado

para alucinarme?.. Pero voto á briós que no lo conseguireis: ó decís la verdad ó morís ambos.

ESCENA IV.

Los mismos y Mr. EVERARD.

MR. EVERARD.

(Conteniendo á Belmont, que con la pistola asida por el cañon, amenaza á ambos hermanos.)

Por Dios, amigo mio, ¿qué vais á hacer? Con razon temía Madama Belmont vuestros arrebatos.

MR. BELMONT.

¿Con qué derecho venís á impedirme vengar la muerte de mi querida hija?.. apartaos.

MR. EVERARD.

Adelaida no ha muerto.

ENRIQUE Y PAULINO.

¡Cielos!... ¡qué felicidad!

MR. BELMONT.

Mr. Everard, pretendéis engañarme para impedir mi venganza... pero os juro...

MR. EVERARD.

No os engaño, amigo mio.

MR. BELMONT.

Estos miserables...

MR. EVERARD.

Son inocentes; pues ha sido ella misma segun dice.....

MR. BELMONT.

¿Pero de veras vive Adelaida?.. mas no... ¿no la he visto yo mismo sin movimiento, bañada en su propia sangre?

MR. EVERARD.

Afortunadamente el tiro solo maltrató un poco la piel en un hombro, y el aturdimiento y el susto la hicieron caer en tierra desmayada... Por fortuna llegué á tiempo; la apliqué los remedios convenientes, y dentro de un momento vendrá aquí mismo.

MR. BELMONT.

Al fin respiro... Gracias, Dios mio!... qué contento!

PAULINO Y ENRIQUE.

¡Ah! ¡cuánto nos alegramos! (*Se acercan á Mr. Belmont y van á tomarle las manos.*)

MR. BELMONT.

Apartaos, mónstruos: si mi hija no ha muerto, no tiene que agradecerlo á sus hermanos.

MR. EVERARD.

Os digo que están inocentes. Ella misma dice que jugando...

MR. BELMONT.

¡Conque ella y jugando! ¿De cuando acá las balas no salen rectas? ¿No veis que no podía herirse no apuntándose á sí misma?

MR. EVERARD.

(*Aparte.*) Pues tiene razon! no había yo caido en ello.

MR. BELMONT.

Y esos pícaros disputando sobre cuál ha sido el autor...

MR. EVERARD.

Nada mas natural que el tratar de disculparse.

MR. BELMONT.

Pero si es al contrario! si cada cual se imputa el crimen por recibir el castigo!

MR. EVERARD.

¿Es posible? vamos, generosos muchachos, decid ¿cuál de los dos...

PAULINO Y ENRIQUE.

Yo... yo....

MR. EVERARD.

Pues amigo mio, este rasgo los hace dignos de vuestro perdon.

ENRIQUE.

Gracias, gracias, Mr. Everard.

PAULINO.

¡Cuánto tenemos que agradecer á vuestra amistad!

ESCENA V.

Los mismos y MADAMA BELMONT que trae del brazo á ADELAIDA bastante pálida. Su padre y hermanos corren á abrazarla.

MR. BELMONT.

Por fin vuelvo á verte! ¡qué dicha la mía!

MADAMA BELMONT.

Y yo á mis hijos! ¡cuánto he temido una desgracia!

MR. BELMONT.

Sin la venida de Mr. Everard, no sé lo que hubiera sucedido; pues aunque ya se había disparado la pistola, y por contenerme Paulino fué no sé donde la bala destinada á Enrique... No respondo yo mismo de lo que hubiera sucedido... No sé lo que iba á hacer en aquel momento de furor.

PAULINO. (*A Adelaida.*)

¿Perdonarás mi aturdimiento, hermana mía?...

Sí, bien sabes que no ha sido con malicia.

ADELAIDA.

No entiendo lo que dices: ¿acaso no fui yo misma la que disparó?...

MR. BELMONT. (*Aparte á Mr. Everard y Madama Belmont.*)

Retirémonos de aquí un poco y démosles tiempo para esplicarse: entre tanto voy á esconder esas malditas armas donde no vuelvan á ver el sol.

MADAMA BELMONT.

Harás bien; con eso yo estaré mas tranquila.

MR. BELMONT. (*A sus hijos.*)

Voy á guardar esta pistola, y vuelvo luego á saber quién ha sido la causa del peligro en que se ha visto vuestra hermana. (*Váse con Everard.*)

ESCENA VI.

MADAMA BELMONT, PAULINO, ENRIQUE Y ADELAIDA.

PAULINO.

Conque no por eso me aborrecerás, hermana mia ¿no?

MADAMA BELMONT.

Es decir que tú has sido...

ENRIQUE.

No, mamá mia; he sido yo.

ADELAIDA.

Mira, Enrique, mamá es muy tierna para nosotros y debemos decírselo todo. Sí, señora; fué una chanza desgraciada de Paulino; pero en cambio estoy segura de que padecería mucho al verme caer ensangrentada, y su desesperacion no hubiera tenido limites si yo hubiese llegado á perder la vida.

PAULINO.

Creo que me hubiera quitado la mia, á no ser por el generoso Enrique, el que además, cuando entró papá, espuso la suya por librarme.

ENRIQUE.

No hice mas que lo que debía; y á fé que bien pronto acudiste; y á no haber sido por tí, el tiro que papá disparó me hubiera evitado el trabajo de sacar mas problemas.

MADAMA BELMONT.

¿El tiro?

ENRIQUE.

Sí, señora; porque papá disparó la pistola, y me hubiera atravesado el pecho si mi buen hermano Paulino no le hubiera asido el brazo y separado la punteria.

ADELAIDA.

¡Dios mio, de cuántas desgracias nos habeis hoy libertado!

MADAMA BELMONT.

Pues nada hemos oido... Ya se vé, estábamos en las habitaciones de atrás. De todos modos demos gracias á Dios, porque nos ha libertado, y porque ha puesto á prueba vuestro amor fraternal. Yo os amo ahora mas que nunca... Pero vuestro padre viene; si insiste en su idea confesadle la verdad.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

MR. BELMONT.

¿Podré ya saber quién fué el temerario?...

PAULINO. (*De rodillas.*)

Yo, padre mio; castigadme.

ENRIQUE Y ADELAIDA. (*Lo mismo.*)

Perdonadle, padre mio.

MR. BELMONT.

Levantaos, hijos: casi debiera yo mismo pedirlos el perdon que solicitais, por el horrible atentado que me espuse á cometer.

PAULINO.

Papá, yo prometo no tomar las armas sino cuando sea necesario.

MR. BELMONT.

Y yo reprimir los ímpetus de mi cólera.

MADAMA BELMONT.

Si así lo haceis, este dia será el mas feliz de nuestra vida.

MR. EVERARD.

¡Qué gloria el tener unos hijos tan generosos; unos tan dignos modelos del amor fraternal!

FIN DEL DRAMA.

Acabada la pieza, que fué muy aplaudida, Adela, Enriqueta y Leon, acompañados de la orquesta, cantaron la siguiente felicitacion:

Recibe padre amado
la fé tierna y constante
que nuestro afecto amante
te ofrece con candor.

Recibe de tus hijos
los sinceros tributos,
que de tu amor son frutos

y de esa educacion

Que esmerado les diste
con prudencia y desvelo.

Porque el único anhelo
que escita su atencion,

Es hoy el complacerte,
servirte, amarte finos,
es ver cual los divinos
favores del Señor

Se fijan en premiarte
con santas bendiciones
las sábias instrucciones
que por su inspiracion

Nos distes cariñoso.
Hoy pues agradecidos
suplicamos rendidos
al sumo Criador ,

Que dilatados años
esa apreciable vida
consERVE, tan querida
de nuestro fino amor.

Luego bailaron los muchachos una especie de danza alemana , que mereció universal aplauso, con lo cual se dió fin al espectáculo. Palemon llo-

raba de alegría; abrazó á sus hijos, y dejándolos para que mudasen vestido, volvió con sus amigos á la casa, donde Marcela había dispuesto cena para todos, á costa de nuestros muchachos, los cuales luego se presentaron y recibieron mil enhorabuenas de los concurrentes. Presidió en la cena la alegría; Leon al postre recitó una oda, que no puedo ofrecer á mis lectores por no haber logrado copiarla; despues se repitieron las letrillas dirigidas al padre, y por fin se bailó hasta las tres de la mañana, á cuya hora se fueron todos los convidados, y los de casa se retiraron á sus respectivos lechos, llenos de imágenes alegres que les conciliaron el sueño mas dulce y tranquilo.

TARDE LII.

LA PACIENCIA.

Paciente y tranquilo espera
Y sufre la alternativa
Que complaciente ó esquivada
Te acaricia ó desespera.
En tu mente considera
Que tu vida, cual la agena,
De bienes y males llena
Dispuso la Providencia;
Y que salva la paciencia
Y el necio furor condena.

MUCHOS dias fué en la granja objeto de la conversacion general la funcion dada por los jóvenes á su padre. Mucho habia agradado á este la composicion de la pieza, que aunque pobre de argumento, tenia un objeto moral y anunciaba un talento precoz en su autor. No obstante, temiendo que llegase á entregarse enteramente á esta ocupacion y por

ella descuidase los estudios, le aconsejó que no tomase esta clase de trabajos mas que por puro pasatiempo, pues aunque nada hay mas agradable y penoso que la literatura, es sin embargo una tarea cuyas utilidades no equivalen ni con mucho al trabajo que cuestan.

He aquí, hijo mio, añadió Palemon, lo que quería decirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas: ¡no quiera Dios que me aproveche contra tí de una ocasion que me ha causado tanto placer! no, amigo mio; lo que hoy te digo, te lo diría en todo tiempo, porque esto no es mas que hacerte presente unas observaciones generales, que no deben aprisionar tu talento, y mucho menos en unas ocasiones como, por ejemplo, la de mis dias. En semejantes circunstancias serías un ingrato no sacando partido del talento que tienes: pero á no ser para tales objetos, te aconsejo que dejes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán ventajas mas sólidas.

Dicho esto abrazó á Leon, el cual conoció el peso de sus consejos, y le prometió seguir en todo su sábio dictámen, sin dejar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se sepa-

raban mutuamente satisfechos, cuando oyeron el ruido de una silla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Qué alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á Mr. de Lonchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la mas animada y respetable! Mr. de Lonchamps abrazó á entrambos diciéndoles: ¡Ved aquí á mi hombre invisible, mi bienhechor, mi segundo padre! ¡mucho me ha atormentado, pero muy grande ha sido la recompensa! Ea, ¿cómo estan vuestros amables hijos? este me parece que es Leon: ¡cuánto ha crecido!

Corrió Leon á avisar á sus hermanos la llegada de este hombre extraordinario, y todos acudieron á recibirle y abrazarle, fijando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabian que pasaría algunos dias en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en el terrazo, se seguiría la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y Mr. de Lonchamps se esplicó de este modo:

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

Voy á dar principio á una relacion que, al pa-

recer, deseais con ánsia oír, y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, puesto que se acordará, mejor que yo, de todas las particularidades. Cuando os dejé, hace un año, volví á París, adonde era llamado por orden de mi hombre invisible, que, como sabéis, hacía diez años que me seguía por todas partes, sin que yo pudiera verle. En París pues fué donde nuevamente me ocurrieron los sucesos mas raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la comedia francesa. No ignorais que nunca me faltaba dinero ni alguna de las comodidades de la vida; y que solo me affligía el sentimiento de ignorar los secretos de mi familia, y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de un modo tan imperioso. Hacía algun tiempo que se contentaba solo con escribirme de cuando en cuando para ordenarme el lugar donde quería que habitase. Suponiendo yo que continuaría viviendo en París, tomé un criado, al que no había tenido por conveniente confiar mis sucesos, como que nada le interesaban, y porque en su boca podía aventurarse el secreto. Una noche de invierno, cuando volví á mi casa, hallé mucha lumbre en la chimenea, porcion de bugías encendidas, una mesa rodeada de cubiertos, y que

mi criado se ocupaba en recogerlos. Le pregunté ¿ha venido alguno?—Vos lo sabreis.—¿Yo? ¿cómo?—¡Bueno es por cierto convidar á las gentes y no parecer!—Pues yo ¿á quién he convidado?—Creo que á un anciano muy respetable: dice que es pariente vuestro; y si dijera que padre, lo creería, segun lo mucho que se os parece.—¡Valgame Dios!... ya sé quién es... ¿á qué hora ha venido?—A cosa de las cinco, y hará un cuarto de hora que se ha marchado. Despues de comer, escribió larguísimo rato sobre esa mesa.

Registré los papeles que tenía en ella, y entre ellos hallé este billete:

«Muda al instante de barrio; si viniere á verte
 »un sujeto como de cuarenta años, alto, seco y ru-
 »bio, no respondas á sus preguntas sino con algu-
 »na ficcion; guárdate de hablar de mí, que no tar-
 »darás en verme.»

Cumplí exactamente esta órden, y por la mañana ajusté una habitacion en la calle de Montmartre, muy contento con la promesa que me hacía el incógnito de manifestarse en breve. Dos días despues se presentó en mi casa un hombre parecido al que se mencionaba en el billete; y apenas entró me dijo: ¿Vive aquí Mr. de Lonchamps?—Sí señor.

—¿Sois vos por ventura?—Si por cierto.—Perdonadme, pues, si en nombre de vuestro difunto padre...—¿De mi difunto padre? mi padre vive, y me sería muy sensible el no asegurarlo.—¿No sois el sobrino de Mr. Lerval?—¿Mr. Lerval? no conozco á nadie de semejante apellido.—Creo que os burlais, porque yo sé muy bien quién sois; á mas de esto, sois tan parecido...—¿A mi padre? mucho; pero se halla á mas de cien leguas de aquí, y dudo que le conozcais.—Sin embargo....—Sin embargo de que me parece que venís equivocado ¿puedo servir en alguna cosa? decídmelo pronto, porque estoy bastante ocupado.—¿Intentais deslumbrarme? ¿os han prevenido acerca de mi visita?—¿Y quién sois vos para hacerme tan indiscretas preguntas?—¿Temblad de saberlo!—¿Cómo! ¿amenazas á mí, y en mi propia casa? Salid de ella al instante, hombre imprudente. ¿Por qué razon os dirigís de ese modo á un forastero, que solo ha venido á París á negocios particulares? ¿Estais loco? Miróme el desconocido, y salió diciendo entre dientes algunas espresiones, de las cuales solo percibí: *¡Ah si no estuvieses tan sostenido!*

Este mismo dia pasé á ocupar mi nueva habitacion, que hasta entonces no estuvo dispuesta, y

allí recibí una carta de mi invisible, en que me decía que había respondido muy bien al hombre de la visita; aunque lo había hecho con un tono demasiado altivo, lo cual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararía todo. Algunos días después paró á mi puerta un coche, salió de él una señora, subió á mi cuarto, tomó asiento, y me dijo que quería hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la señora me dijo así: Caballero, vengo á haceros una restitucion.—¿A mí, señora?

—Sí señor: yo debía la cantidad de mil y doscientas libras á vuestro padre, que me las prestó bajo recibo, pero después de su muerte, habiendo experimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposición de satisfacer la deuda.

—Señora, veis equivocada.—No: vuestro padre tenía mi recibo; pero sin duda le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el día anterior á su muerte; ya veis que estoy bien informada.

Miré atentamente á aquella muger, que noté se hallaba algo alterada, por lo que esforzando el disimulo, la dije: Repito que os engañais, pues mi padre...—Ya os he dicho que le conocí: su esposa, que murió al daros la vida, era mi mayor

amiga; no gasteis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenía aquella mujer el bolsillo en la mano, parecía que sabía todos los secretos de mi familia, y acaso yo por descubrirlos me hubiera descubierto, á no haber oido la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos versos:

No cantes gilguero hermoso,
que descubrirán tu nido
los altivos alcotanes
que te acechan atrevidos.

Perdí el color, y la muger me preguntó si me habia indispuerto; la respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo la aseguré que se engañaba, porque mi padre vivía; que había oido hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habian tenido por él; pero que en realidad yo era un sugeto recién llegado á París, y que tenía la dicha de que todavía existiese mi padre. Al cabo de estas y otras razones, concluí suplicándola me dijese su nombre; pero ella se levantó al parecer muy enojada, y salió diciéndome

que era inútil se me diese á conocer, una vez que se había equivocado.

Apenas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno y me amaba, me abrazó exclamando: ¡Ah señor! ¡qué bien habeis hecho en no dejaros engañar por esa picarona!—¿Por qué?—Apenas entró cuando.... yo estaba... allí, en la escalera, limpiando el vestido azul.... el que tiene botones de nácar... ¿No sabeis? — Sí, hombre, sí, prosigue. — Pues señor, aquel viejo, que yo creo es vuestro padre, aunque no me lo quereis decir, vino, y hallándome en la escalera, me dijo: ¿estimás á tu amo? —Mucho. — Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré; yo obedecí, el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿Qué nuevo incidente, dije para mí, será este de que he salido con tanta felicidad? ¿con que esta muger es mi enemiga? ¿este hombre que me sigue á todas partes, de todos se deja ver y conocer menos de mí, que soy sin duda el único objeto de sus cuidados! me llena de beneficios y los estiende aun á los que me sirven; pero no por eso deja de ser cruel mi estado de incertidumbre: ¿cuándo se acabará?

Mas de un mes pasó sin haber ocurrido novedad alguna, y ya empezaba á tranquilizarme. Ha-

bituado á los sucesos mas extraordinarios, no me afectaban tanto como al principio. A la turbacion, al desvelo y á la incertidumbre de mi suerte, á todo me acostumbré; y me entregaba á las diversiones como si tuviera el destino mas feliz y mas asegurado. Mi diversion favorita era el teatro. Fui á la ópera un dia de mucha concurrencia; concluido el espectáculo salí y tomé el camino de los Boulevards, por hacer algun ejercicio antes de volver á mi casa; vi bastante gente reunida; estaba conmigo Fermin, que me esperó á la salida del teatro, y le dije: Ve á informarte de lo que hace allí tanta gente. Obedeció el criado, y volvió diciéndome, que era una señora muy bien puesta que se había desmayado, y la estaban socorriendo. En esto se me acercó un hombre furioso, y exclamó: Ese es el criado de Lonchamps; le he conocido: ¿sois vos su amo?—Yo soy, le respondí.—Traidor, seas el que detesto, ó cualquiera otro, tú ó yo hemos de dejar aquí la vida.

Al punto conocí que era el hombre que me había visitado, y le dije: ¿Qué significa ese arrebatado?—Voy á perder á mi esposa; allí, allí está espiando, y tú y los tuyos sois la causa.—¿Yo? esplicaos.—No tengo que dar esplicaciones.

Eché mano á la espada, y como yo no la llevaba, paré sus golpes con el baston: al momento nos rodeó un tropel de gente: Fermin se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado y le echó en el suelo. Yo, viendo esta escena, estaba inmóvil, cuando sentí que me ponian disimuladamente un papel en la mano. Quedé asombrado, y mucho mas al reparar que solo me rodeaban gentes mal vestidas, que habian acudido al ruido: abrí el papel, y á la luz de un reverbero, hallé escrito con lápiz lo siguiente:

»Huye, sube en un coche pajizo que hallarás en
»el rincon de la calle Granje-Bateliere, y serás
»conducido á parte segura.»

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le daba, cuando se acercó Fermin apresurado, y me dijo: Señor, retirémonos; el viejo del otro dia me lo ha encargado.—¿Dónde está?—Se lleva á vuestro contrario, el cual parece que le respeta mucho.—¿Hacia dónde han tomado?—¡Bravo! á buena hora! ya estarán muy lejos de aquí, porque habiéndose metido ambos en un coche, juntamente con la muger del desmayo, han echado á correr cuanto era posible.

Yo no sabía lo que me pasaba; Fermin me

guió, y como á una máquina me condujo á la calle Granje-Bateliere, donde en efecto hallamos el insinuado coche, que no dudé sería propio de mi invisible, ni que probablemente quería llevarme á su casa y manifestármese allí. Mientras yo reflexionaba esto, me dijo el cochero: Vos sois es el que espero; subid pronto y marchemos. Dicho esto, abrió la portezuela, me dió el brazo, tomé asiento, Fermin se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo. Acaso, amigos míos, estrañareis mi confianza, que en efecto parece peligrosa: pero yo no dudaba que todo era disposicion de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolucion. Este respetable anciano había hablado con Fermin, y yo no podía resistirme á sus consejos. Advertí que me hicieron atravesar todo París; despues me llevaron por mil rodeos; y conociendo que esto era precaucion por si me seguian, se me ocurrieron muy tristes reflexiones. ¿Quién soy yo? dije para mí; ¿en qué he ofendido á los malvados que me persiguen? El hombre bárbaro que me ha asaltado esta noche, atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa; mi protector dice que llevo sobre mi frente el sello del deshonor; ¿qué desdichas son las que rodearon mi

cuna? ¿qué vida de novela es la mía? Ya hace diez años que sufro los vaivenes de una suerte injusta, acaso mas por el capricho que por el odio legítimo de los hombres. No sé quién soy, ni á quién pertenezco, ni dónde he nacido, ni me reclama la sociedad. ¿Cuándo se acabarán tantas incertidumbres y persecuciones? ¡hombres crueles, terminad de una vez mis fatigas! ¡decidme cuáles son mis crímenes, y vengaos si os he ofendido! ¿Pero quién es mi enemigo? ¿por qué no recurre á las leyes? ¿y por qué me quitan la facultad de implorarlas en mi favor? El bárbaro que quería asesinar-me, y la muger desmayada, ¿qué tienen que imputarme? Pero ellos conocen á mi invisible; le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche: ¡qué misterio tan profundo! ¿cuándo será el dia en que le descubra?

Haciendo estas reflexiones y otras aun mas amargas, reparé que el coche paraba á la puerta de una casa de campo, simple y aislada, cuyo esterior me era absolutamente desconocido, y tambien sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abrieron, entró, cerró la puerta por dentro, y me dejó en el coche. Fermin me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informára de alguno quién era el dueño de la casa en que es-

tábamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me había traído, é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano, que parecía ser conserge, se presentó tambien, y con mucha urbanidad me rogó que entrase en una sala baja, donde hallé luz y lumbre. Mi criado quiso salir; pero le encargaron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que nadie apareciese. Vinieron luego el anciano y el cochero, dispusieron una mesa muy cómoda y me sirvieron una excelente cena. Preguntéles en qué casa estaba, y el nombre de su amo; pero con mucha sumision me respondieron que tenian orden de no contestar á mis preguntas. Cené, pues, Fermin hizo lo mismo junto á mí; y despues enseñándonos las camas que debíamos ocupar, se retiraron.

Fermin y yo nos mirábamos atónitos; no sabíamos si nos hallábamos en algun sitio encantado. El criado, que ignoraba mis sucesos, empezó á asustarse; y como ya tenía en él mucha confianza, le participé cuanto me había ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado, que no podía hablar; pero me prometió secreto y cuanto de él dependiese. Esta conversacion nos ocupó bastante tiempo; y apenas la habíamos concluido, cuando

oímos entrar un coche, y luego una voz que conocí era la de mi invisible, preguntó al conserge: ¿Ha llegado?—Sí señor.—Bueno.

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentára; el gran silencio que luego reinó en la casa me persuadió de que todos se habían acostado. Yo tambien me entregué al sueño, tranquilo en cuanto á mi seguridad, y persuadido que á la mañana siguiente vería á mi favorecedor, que sin duda se habría retirado por hallarse muy fatigado y no ser ya hora de hablar. Estábamos en el rigor del invierno, cuando las noches son tan largas; yo no sabía qué hora era, cuando sentí que alguno me tocaba. La oscuridad mas grande reinaba en la estancia; pero al punto me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dije: ¿Quién vá?—Yo soy, Lonchamps, tu amigo, tu protector, y tu desdichado pariente.

Era en efecto mi invisible. ¿Vos, le dije, pariente mio?—Si, lo soy, y tambien tu único apoyo, pues á no ser por mí, mucho tiempo ha que no existieras.—¿Qué decis? ¿pues quién persigue mi vida?—Dos personas, á las cuales has hecho infelices.—¿Yo? ¿cómo?—Algun dia lo sabrás, y te llenarás de horror: oye ahora, que los momentos

son preciosos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para tí, situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda: tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise.—Pero por Dios, que me digais el secreto de...—Es imposible, te perderías y aumentarías mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no está distante, en que lo sepas todo; diez años ha que trabajo en preparar este feliz instante; pero no ha llegado todavía, aunque no puede tardar. A un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre mas dichoso: entonces te agradecerás á tí mismo tu sumision y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento. —Por compasion ¡oh vos! á quien oigo con tanto placer, permitidme mirar vuestra respetable presencia: concededme que vea un semblante en que sin duda están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan.—Todavía no puedo complacerte; algun dia sabrás los motivos. Además ¿qué te importa el verme ó no? ¿no me encuentras siempre á tu lado, cuando menos lo piensas? Ayer mismo ¿no te entregué el favorable billete que te ordenaba tomases mi coche y huyeses? Junto á tí estaba, al tiempo de tu pendencia con el insensato que...—

¿Y quién es aquel bárbaro?—No te lo puedo decir. A Dios, á Dios, querido Lonchamps: parte antes que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te espones, y nada sabrás. Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él.

Abracé á este hombre admirable que me imponía respeto y silencio; no tuve valor para decirle mas, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que yo me hallaba. Muy poco despues entró el conserge con la luz, y me dijo que el coche estaba ya aguardando. Resignado á cumplir hasta los mas leves preceptos de mi protector, que se me hacía invisible mas que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermin, que lo había oido todo, sin valor para moverse durante nuestra conversacion. No sin admiracion hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripcion: *Regalo hecho á la docilidad*; le tomé, y juntamente con Fermin ocupé el coche. Todavía era demasiado oscuro para que yo pudiese distinguir los objetos; el cochero con toda cautela dió mil vueltas y revueltas, luego entramos en Paris, que atravesamos al amanecer, y llegamos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apearse el cochero, diciendo que tenía orden para no

llevarnos mas adelante. Quise gratificarle; pero nada admitió y desapareció al momento. Quedé pues solo con Fermin, y como tenía bien presentes las señas, no tardé en hallar la casa. Llamé; salió á responderme una muger á quien dije: ¿No es esta la habitacion destinada á Mr. de Vertange?—Sí señor, aquí es, y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla.—¿En qué lo conoceis?—En que me han dado muy bien vuestras señas, y porque os pareceis mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando adelantado medio año. La habitacion es bonita y muy bien amueblada; creo que os hallareis contento; venid y la vereis toda.—¿No hay otros inquilinos?—No señor, los dos estaremos solos en la casa, y en ella os serviré con todo el esmero de que soy capaz.

En efecto, la casa me pareció como la muger me la había pintado: luego que hube descansado un rato, envié á Fermin á traer todos mis efectos que había dejado en la habitacion de la calle de Montmartre, donde con mi firma se lo entregaron todo. Vivi algunos meses tranquilo en este nuevo asilo. Salía muy poco, siempre de noche, y creia que ya estaba libre de la persecucion de mis enemigos, cuando una nueva desgracia me puso á discreción

de estos. Ya he dicho que en mí el teatro era la pa- sion dominante; pero hacía mucho tiempo que no disfrutaba de este placer; la vida sedentaria que llevaba era demasiado monótona, para no acordarme de mis antiguas diversiones; y como las noches eran tan largas, creí que nada me arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ellas dije á mi criado que se quedase en casa y me esperase en ella; y como la noche estaba muy oscura me determiné á ir á la comedia; tomé un billete, y me puse en el rincon mas oscuro del teatro. Por casualidad un ratero se había colocado junto á mí; quiso robarme, mas le cojí con la mano metida en mi faltriquera, por lo cual no pude menos de exclamar: *¡Ah pícaro ladron!* Este quiso escaparse pero yo le sujeté; el ruido llamó hácia nosotros toda la atencion de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladron, y me mandaron que les siguiese para prestar mi declaracion. Verificóse esta en el cuerpo de guardia, y concluida volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior lo estaba por otro. No dejé despues de conocer la imprudencia que había cometido, haciéndome notar de todo el mundo; pero terrible casualidad será, dije para mí, que mis enemigos precisa-

mente concurran al teatro en el mismo día que yo, cuando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexión, me propuse tomar un fiacre al salir; pero me costó mucho trabajo, porque llovía y todos buscaban carruaje. Al cabo pude apoderarme de uno; no quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intención era hacerle rodear un poco por las calles para deslumbrar á los que podrían seguirme, y le mandé que se encaminase á la calle de San Florentin. Obedeció el cochero; mas á breve rato noté que el fiacre se paró, el cochero desmontó, y me dijo que no podía proseguir, porque los dos caballos se habían desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que no era verdad lo que esponía, y así le amenacé, le rogué, pero en vano. Al fin, cansado de su obstinacion, bajé del fiacre, determinado á castigar al cochero, cuando dos ó tres hombres, que no habia visto, y estaban á la trasera del fiacre, se arrojaron furiosos sobre mí, y me metieron dentro de una casa. Clamé, pero en vano; quise usar del baston, única arma que tenía, y me le quitaron, asegurándome que no era su intento hacerme mal, sino únicamente que hablase con los señores de la casa.—¿Dónde están?—Subid.

Acompañáronme estos hombres, y entré en una sala, donde ví al hombre alto y seco, y á la muger de la fingida restitucion. Infames, les dije, ¿qué quereis de mí despues de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿quereis mi vida? pues yo la venderé bien cara.—Solo os pedimos, dijo el hombre, una confesion sencilla y verdadera.—Aunque tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaría en el silencio.—Mónstruo, dijo la muger con furibundos ojos, y sacando una pistola; habla, declara, ó de no hacerlo soy capaz de abrasarte las entrañas.—¡Horrorosa persecucion! ¿qué quereis que os diga? Yo no puedo sino repetiros lo que os dije á cada uno cuando fuisteis separadamente á visitarme con falsas suposiciones. Estais empeñados en que yo sea el Lonchamps que detestais, no sé por qué; y ya os he dicho, y repito, que yo soy de una familia que ninguna relacion tiene con vosotros.—Siendo así, ¿por qué cada dia estais mudando de habitacion? ¿por qué os ocultais con tanto cuidado? Sin duda alguno os aconseja y precisa á callar la verdad: ¿no sois hijo del Lonchamps que murió en Paris hace diez años, y la vispera de su muerte quemó todos sus papeles? Estos, estos papeles principalmente necesitamos saber si se quema-

ron todos, pues sospechamos que vos preservásteis de las llamas y poseeis los mas preciosos, de los cuales depende el honor de nuestra familia. Si tenéis estas horribles pruebas del crimen mas atroz, si están en vuestro poder, entregádnoslos, y hallareis en nosotros unos parientes afectuosos, en vez de unos implacables enemigos. — ¿Conque sois parientes míos?...

Casi iba á descubrirme, haciendo mil preguntas indiscretas, cuando reflexioné que estas gentes podrían suponer cualquiera mentira, con ánimo de sondearme; y no hice mas que repetir que no conocía en París pariente alguno.—No quiere declarar, dijo el hombre; y la muger añadió: Mr. de Lerval es quien le aconseja y protege.—¿Mi tio? no es posible.—Ya es forzoso acudir al último recurso.

Al oír esto, me estremeceí, y mucho mas cuando me hicieron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio había una gran tumba, y al rededor colgados varios retratos, en los cuales ví el de mi madre, que conocí por su semejanza con el que me había dado en miniatura mi invisible.—Ved á vuestra madre, dijo el hombre: ¿podreis desconocerla? (*Nada respondí.*) ¿podreis no reconocer en este otro retrato á vuestro padre? (*Lo era en efec-*

to, pero proseguí callando.) ¿y no veis en este á Mr. de Lerval vuestro tío?

Este último retrato era de un anciano, cuyas facciones se asemejaban mucho á las mias, y desde luego conocí que era mi protector; le estuve mirando silencioso hasta que el hombre prosiguió: ¿No conocéis todas estas personas? ¿pues de qué sirve callar? os aseguro que no saldreis de aquí sin jurar primero que nos entregareis los papeles que habeis hallado en casa de vuestro padre, y cuya continua lectura era el tormento de su vida. No hay remedio; sed sincero y confiado, y desde luego, abjurando nuestro odio, seremos vuestros mejores amigos.

¡Qué terrible situacion la mia! Impelido por una parte del deseo de conocer los secretos de mi familia, que estos podian revelarme, y por otra sometido ciegamente al plan de conducta que me había prescrito el invisible Mr. de Lerval, no sabía qué partido tomar. Si hablaba, tal vez perdía la proteccion del hombre mas generoso, y probablemente me entregaba á unos mortales enemigos. Si callaba, encendía con mas vigor la cólera de estos, que á pesar de mis negativas estaban empeñados en que yo era el que en efecto buscaban. ¿Qué había

de hacer? Mi confesion casi estaba ya en mis lábios; y tal vez me hubiera perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oido en el cuarto contiguo una voz que los intimidó. Esta voz era la de mi favorecedor, que sin duda decía á algun criado de confianza: ¿Pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿conque no dejarán en paz á ninguno que se apellide del mismo modo? Ya les he dicho que el Lomchamps que buscan, hace años que murió en nuestras colonias.

Despues de estas razones, pronunciadas con fuerza, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á Mr. de Lerval, lo que deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, y solo entró un criado muy viejo que en alta voz dijo á sus amos: Mr. Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguieron aquellos tigres al criado, y yo quedé solo en este lugar fúnebre, iluminado por una lámpara propiamente sepulcral. La tumba y los retratos fijaron mi atencion, particularmente el de Mr. de Lerval, que era mi tio, y sin duda lo era tambien de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco este misterio impenetrable hasta entonces; se acababa de correr una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia,

pero ignoraba todavía los motivos que animaban contra mí á estas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo poseyese los papeles que pedían, y que habian sido el continuo martirio de mi padre, ¿qué interés podían tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para con ellos? En fin, decía yo, puede que vuelvan con Mr. de Lerval; y sin duda toco ya en el desenlace de este maravilloso suceso. ¡Vana esperanza! Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y me dijo que podía retirarme.—¿Pues qué, no veré?...—Esta es la orden que me han dado; no puedo deciros mas.

Conocí que desagradaría á mi bienhechor si hacía preguntas, y hallando las puertas libres salí á la calle, donde ví al mismo cochero y coche que me había conducido á la casa de campo de mi invisible. Subid señor, me dijo el cochero, y os llevaré á vuestra casa; acepté el ofrecimiento, y volví á mi casa donde hallé á mi pobre Fermin desesperado por mi tardanza. Referile este último lance, y me aconsejó que no saliese hasta tener para ello orden espresa de mi tio. Poco tardé en recibir un billete, donde me decía:

«Amado sobrino (porque ya sabes quien soy) »con mucha alegría te participo que tus desgracias

»van á terminarse: no tardarás en verme y te ins-
»truirás de todo. Mañana á las doce en punto irás
»á misa á los Carmelitas de la calle de Vangirard,
»donde verás á una jóven, vestida de blanco, acom-
»pañada de una criada anciana en trage de luto.
»Hazte cargo de ella, pero no la hables. Pronto sa-
»brás mis intenciones.»

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel, pero no encontré en el sitio indicado á la jóven que esperaba. Ya iba á retirarme de muy mal humor, cuando efectivamente ví entrar una señorita como de diez y siete años, sobre poco mas ó menos, con su criada vestida de luto; seguilla sin afectacion: la miré mucho, y observé que ella tambien me miraba con atencion. Salió de la iglesia, yo la fui siguiendo un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podía haberla seguido hasta ver donde paraban; pero creí que esto sería ofender la delicadeza y confianza de mi tio, por lo que me pareció mejor echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la esplicacion de esta aventura. Recibí un nuevo billete de mi tio, que me preguntaba qué tal me parecía la señorita que había visto, y si

mi corazón se hallaba libre. Respondíle que, ocupado hasta entonces con mis infortunios, no había tenido gusto ni tiempo para pensar en amores, que me hallaba con plena libertad de corazón, y que si alguna persona podía triunfar de mi indiferencia, sería seguramente la amable señorita que había fijado mi atención en el Cármen.

Entregué esta contestación al que me había traído el billete, y apenas se fué, dije para mí: Yo creo que todo esto se reduce á que me case; mas no consentiré en ello, hasta que me expliquen el enigma que tantos años hace me atormenta... ¿Pero acaso presumiré que mi tío que me ha dado tantas pruebas de ternura, quiera ligarme con las cadenas de himeneo, sin quebrantar antes las de las desgracias que me esclavizan? Mi tío es demasiado prudente y experimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la cual depende toda mi dicha. Esperaré, pues, sin olvidarme nunca de que me ha encargado confianza ciega, sumisión y docilidad. De este modo, me dijo, llegarás á perfeccionar tu fortuna; y parece se acerca ya este tiempo.

Por fin, dos meses después llegó el tan deseado momento que debía fijar mi destino. Una mañana, que me disponía á escribir varias observaciones

que había hecho acerca de diferentes libros científicos que continuamente leía, quedé atónito de ver entrar en mi cuarto al cochero de mi tío que me había conducido á la casa de campo. Señor, me dijo, de parte de vuestro tío vengo á llevaros; pero antes es preciso que os sirvais recoger todo cuanto fuere vuestro, porque no volveréis aquí.—¿Pues á dónde me lleváis?—Nada temais: os espera una dicha superior á vuestra imaginacion.—¿Cómo?... esplicadme...—Os suplico que no me hagais pregunta alguna, pues no podré contestaros; el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva, y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su amo.

En efecto, este cochero tenía una fisonomía tan franca, que anunciaba una completa probidad; no quise insistir preguntándole, llamé á Fermin, y acostumbrado á obedecer en todo ciegamente los menores preceptos de mi protector, ayudé á mi criado á recoger todo lo que me pertenecía. Saltaba de contento Fermin, porque estaba creyendo que iban á finalizar mis males; yo no tenía tanta confianza como él, y sin embargo su alegría disipaba mi agitacion é inquietud. Cuando todo estuvo arreglado, llamé á la muger que me había asistido, y me despedí de ella recompensándola liberalmente. En-

contré á la puerta el coche pajizo, subí en él con Fermin, y el cochero partió como un rayo. Vi que salíamos de París, y al cabo de algun tiempo reconocí la aldea de Bagneux que atravesamos, y al lado opuesto la casa de campo de mi tio, en la cual paró. Mi corazon sintió una extraordinaria alegría, porque pensé que venía á habitar en esta casa, donde ya antes había estado, y á conocer en ella al respetable anciano, cuyas facciones, aunque solo las había visto pintadas, estaban profundamente grabadas en mi corazon. Me apeé, me recibió el viejo conserge, y me hizo entrar en la misma sala que antes había ocupado. Pregunté por mi tio, y me respondieron que solo en mí consistía el verle prontamente.—Pues si solo consiste en mí, decidme ¿qué debo hacer?—Pronto lo sabreis. Trajo Fermin todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirvieron un escelente almuerzo del que tambien participó mi criado, el cual me dijo al oido: Animo, señor, toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna gran funcion.

Aunque siempre admirado de la ausencia de mi tio, almorcé con buen apetito; despues se presentó el conserge y me dijo que le siguiera. Hicelo, y con grande admiracion mia, me llevó á una estancia

muy separada del cuerpo principal de la casa, abrió una puerta y entré con él en un oratorio, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermin, que tambien me habia seguido, se quedó hecho una estatua. Mientras yo examinaba varias personas desconocidas, sentadas en dos bancos que habia en el oratorio, por si entre ellas distinguía á mi tio, el sacerdote, dirigiéndose á mí, me dijo: Caballero: ¿estais dispuesto á seguir enteramente la voluntad de vuestro tio?—¿Pudiera yo hacer otra cosa, despues de tan repetidas finezas como le debo?—Pues sabed que sois amado de una jóven, que solo una vez os ha visto, y vuestro tio desea que sea esposa vuestra.—¿Es posible?...—Yo, señor, solo he venido aquí para daros la bendicion nupcial, con las licencias correspondientes.—A la verdad que el casarse sin saber con quién, es una cosa...—Vos obrareis segun mejor os parezca.— ¡Ah! ya penetro quién es esa señorita, y á la verdad sería preciso tener un corazon de hielo para no amarla.—Siendo así preparaos á la piadosa ceremonia que va á celebrarse.—Pero...—En ello consiste que hoy mismo acaben todos vuestros males.—¿Y sabré...—Todo.—¿Y mi tio?—Ya le vereis.—¿Como no está aquí? — Sed dócil, y se correrá

enteramente el velo que tanto afan teneis de alzar.

Iba á añadir otras preguntas, que manifestaban mi curiosidad é incertidumbre, cuando la jóven con quien querian casarme de un modo tan raro, se presentó con la misma criada que la había acompañado en el Cármen. Estaba vestida sin profusion, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellisima, una modestia encantadora, y el virginal pudor coloreando su hermoso rostro; en una palabra, figuraos la muger mas perfecta de la tierra, y tendreis una idea adecuada de aquella jóven maravillosa. Enmudecí de admiracion, y no pensé mas que en la felicidad de poseer tantas gracias; ni aun tuve la curiosidad de preguntar su nombre: ¡Ah señor! dije al sacerdote, estoy pronto á contraer el lazo eterno: el premio de mi sumision es muy lisonjero. Entonces el sacerdote dirigiéndose á la jóven, la dijo: Señorita, ¿estais conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero? —Mi obligacion sobra para hacerme obediente; pero debo confesar que mi corazon me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará sin duda feliz mi obediencia.

Dejóme embelesado esta respuesta tierna al paso que decente. Nos arrodillamos junto al altar, y el

sacerdote formalizó la ceremonia; apenas pronunciamos el sí irrevocable, cuando se abrió una puerta, y salió por ella un anciano, que al instante conocí era mi tío. Corrió hácia mí, y estrechándome en sus brazos, exclamó: Por fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡podemos vernos libremente uno á otro! Ven amado Lonchamps, abraza nuevamente á tu padre.—¿A mi padre?—Hoy has llegado á ser hijo mio casándote con mi hija.—¿Con vuestra hija? ¡oh felicidad!—Si amigo mio: ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa: dime, ¿era posible hacerte un regalo mas precioso, y darte mayor prueba de mi ternura?—¿Cómo la he podido merecer?—A fuerza de docilidad y paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te reconcilia para siempre con tus enemigos.—¿Pero por qué?...—Acabemos lo principal; luego te contaré la historia mas rara, y sabrás por qué he observado contigo tan extraordinaria conducta, de la cual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Mr. de Lerval, rebosando alegría, se puso á mi lado; el sacerdote dijo la misa; y cuando ya estuvo todo concluido, abracé á mi tío, á Fermin, al con-

serge, á todos: luego pasamos á una sala, donde entraron recado de Mr. y madama Dercour, que venian á ver á mi tio. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, diciéndome: Esta es la última experiencia de tu docilidad: te presentarás cuando yo te avise, y conocerás estas gentes á quienes trataré como merecen.

Entré pues en el gabinete, desde donde podía oír y ver cuanto pasaba. Entraron Mr. y madama Dercour en quienes reconocí á mis perseguidores. Perdonad tio, dijo Mr. Dercour, si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿está ya mi prima casada?—Sí señor; y os confieso que admiro el poco interés que habeis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad.—Pero señor, dijo madama Dercour, ¡habeis hecho tal misterio en ocultar el esposo de Lucía!... Entre parientes creo que debe haber mas confianza. Ignoramos absolutamente quién es el dichoso... pero pues le habeis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimacion.—Sin duda, un hombre á quien he creído digno de ser esposo de mi hija, debe merecer vuestro afecto; bastante infeliz ha sido, y vosotros habeis tenido la culpa!—¡Nosotros!—Vosotros.

Es cierto que yo tambien le aborrecí desde que nació; pero despues la edad, la esperiencia, la razon y sus cualidades morales han desvanecido en mí un odio injusto. Sin dejar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fé del juramento y la indignacion que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasion, adoptando por hijo á este jóven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro.— Ese modo de hablar... ¿qué debemos pensar?...— Que el Lonchamps, á quien tanto habeis detestado, no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habeis perseguido, eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojáseis á algun atroz esceso; y en fin, que este primo vuestro y objeto infeliz de vuestro enojo, es hoy esposo de mi hija.—¿Qué oigo?—Preséntate hijo mio: ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarían si te conociesen tan á fondo como yo.

Salí del gabinete, y al verme Mr. y Madama Dercour se turbaron, perdieron el color, y no se atrevian á mirarme. Ignoro, les dije, los motivos

que me han acarreado vuestro odio, pues al parecer me aborreceis desde la cuna sin haberlo merecido. La Providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la proteccion del hombre mas generoso, á quien debo el no haber caido en los lazos que me habeis tendido, y el no verme ya en adelante espuesto á vuestro furor. Mucho mas le debo aun, pues mucho mas es el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagais conocer los agravios para repararlos, ó que desde este punto olvideis cualquiera motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre: si no puedo atraerme vuestro afecto, soy muy capaz de contrastar vuestra enemistad.—Pero señor, los papeles... — Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si quereis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y esponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendéis: responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejamos alucinar de su hipocresía, pues se veían precisados á conducirse así por lo que luego sabreis; pero se portaron bastante bien todo aquel dia que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que había hecho algunos dias antes, por la cual les cedía la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los dias de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos dias en la casa de campo, y volvimos á París, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace amigos míos, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre: ¡juzga cuál será mi ale-

gría! Mi padre y yo tenemos que comprar varias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referirá mi padre, y sabreis las desgracias de mi familia, y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le teneis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo antes.

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto había de verificarse á la tarde siguiente.

TARDE LIII.

EL FALSO HONOR.

No es mas honrado el potente
De oropeces rodeado
Y en el vicio encenagado,
Que el artesano indigente,
A las leyes obediente,
Padre amante y fiel esposo,
Que á la patria hace gustoso
Servicios de gran valía.
Es mas honrado á fé mia,
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

CONTINUA LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

SENTADOS al dia siguiente bajo el emparrado, Mr. Lerval empezó su narracion de esta manera: Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de

vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podeis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habeis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacía demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debísteis mirar al hombre invisible, que le seguía por todas partes y le prescribía los preceptos mas extravagantes, como á un loco que reducía á práctica sus disparatadas ideas, inspiradas por su poco juicio. Ahora sabreis los motivos que me han impelido á obrar así.

Soy el menor de tres hijos que dejó mi padre, que era uno de los hombres mas ricos y condecorados de Francia. Quedamos huérfanos, y mi hermano mayor, que ya tenía veinte y cinco años, entró á gobernar la familia, y fué declarado tutor nuestro. Tenía yo diez años, y quince mi hermana Amelia, jóven llena de hermosura y de las habilidades que se adquieren con una educacion esmerada. Era muy amable; pero al mismo tiempo muy tímida, y de un espíritu bastante débil. Amelia y yo nos amábamos tiernamente; mas no sucedía lo mismo con nuestro hermano, que nos detestaba, no obstante que nosotros le correspondíamos harto bien, porque el te-

mor y la sumision mas ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que había sabido inspirarnos. A los treinta años ya se había casado, y tenía dos hijos: abusaba del imperio que tenía sobre nosotros, y éramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la cual nos entregó la parte de herencia que dijo nos pertenecía, dándonos unas cuentas, si no exactas, cumplidas para nuestra satisfaccion. Con todo nos conformamos porque podíamos vivir cómodamente con lo que nos adjudicó. Deslinieres (así se llamaba mi hermano que había tomado el título de una hacienda suya) no había querido casar á Amelia, y esto por razon de interés, pues estaba dominado por una insaciable codicia. Murió su hijo, pero quedó con una niña de diez y ocho meses: esperaba sin duda tener mas hijos, y sin embargo de que podía dejarlos ricos, todavía anhelaba apoderarse de los bienes de Amelia, á quien quería precisar al celibato. Acaso esperaba tambien heredar mi parte. Tenía una muger aun mas mala y mas avarienta que él, la cual cuando se casó con mi hermano era viuda de un militar llamado Mr. Dercour, y tenía un sobrino de nueve años que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se había

propuesto casar á este muchacho con la hija de Deslinieres, y deseaba con ánsia reunir en su casa todos los bienes de nuestra familia. Para colmo de desgracias, Madama Deslinieres envidiaba la hermosura de mi hermana: no podía ver á Amelia, que había tenido que sufrir mucho más que yo durante su menor edad, por los caprichos y altivez de esta muger imperiosa.

Yo, jóven de 26 años, dedicado á la carrera de las armas, corría de guarnicion en guarnicion sin domicilio fijo. Amelia, libre del yugo de su hermano y de las impertinencias de su cuñada, habitaba una hacienda en las inmediaciones de París, y mi hermano con toda su familia residía en la capital. Os he dicho que Amelia tenía un escelente corazon, pero su razon no era de las mas firmes y á veces parecía demente; temblaba solo al oir el nombre de su hermano ó de su cuñada, y por lo tanto aunque al parecer era independiente, estaba tan sometida á su voluntad, que hasta las visitas que había de recibir la prescribian; y tan luego como se presentaba un pretendiente á su mano, procuraban despedirle.

Sin embargo, su corazon estaba preparado al amor, y aun amaba en secreto ya hacia algunos

años. Tenia en su casa un mayordomo llamado Santbon, de familia noble y que habia sido rica, pero que despues habia decaido. Quedó huérfano desde muy niño, dedicóse á la agricultura, y como tampoco tenia mérito personal, Deslinieres habia creido que no contrariaria sus miras respecto al forzado celibato de Amelia; pero su conversacion era sumamente agradable, y la jóven se habia acostumbrado á ella en términos que no acertaba á estar un momento sin él. Santbon por su parte estaba prendado del mérito de Amelia, y aunque no se le ocultaba la debilidad de su juicio, veía con dolor la despótica conducta de Deslinieres y su muger, y deseaba aliviar la suerte de aquella desventurada. De forma que ambos se amaban, pero el uno por delicadeza y la otra por pudor se ocultaban mutuamente sus sentimientos.

Una mañana de primavera paseaban juntos Amelia y Santbon por los jardines de su quinta: llamó la atencion de Amelia un puente chinesco que aquel, para sorprenderla, habia hecho colocar la noche anterior sobre un riachuelo que por allí atravesaba. Quiso aquella estrenarle, pero como el puente no estaba firme cayó en el rio; perdió el sentido y al volver en sí se encontró sobre la yerba de la ri-

bera: vuelve la vista, pues estaba sola, y ve cerca de sí á Santbon sin sentido y derramando raudales de sangre por una herida que en la frente se había hecho al tiempo de arrojarse al agua á sacar á su ama.

A las voces que esta dió acudieron los criados, detuvieron la sangre, condujeron al herido á su lecho, y llamaron para asistirle á los cirujanos mas instruidos del pais. No confió Amelia la asistencia de su mayordomo á los demas criados. Pasaba los dias y las noches á su cabecera suministrándole por su mano los alimentos y medicinas, y condo-liéndose de sus padecimientos. Esta asiduidad dió bastantemente á conocer á Santbon que era amado, y no tardaron mucho en declararse el uno al otro su pasión.

El término que esta debía tener en dos personas pundonorosas y timoratas no podía ser otro que el del matrimonio. En vano opuso Santbon los inconvenientes de la desigualdad de clases y las miras interesadas de los Deslinieres.—Casémonos secretamente, dijo Amelia... y luego que se sepa, si mi hermano y su muger quieren tratarme como hasta aquí... desgraciado del que se me oponga; le despedazaré el corazon. Efectivamente se estendie-

ron las capitulaciones en las cuales, en el caso de fallecer sin sucesion Amelia, cedía todos los bienes á su esposo, y reunidos los documentos y licencias necesarias se celebró secretamente el desposorio.

Todo fué felicidad para ellos durante algunos meses; por este tiempo obtuve yo licencia para ir á mi casa y fui desde luego á ver á mi hermano mayor, el cual y su muger me recibieron con su orgullo acostumbrado, y supe por ellos mismos que estaban sumamente contentos de la sumision de mi hermana á quien visitaban con frecuencia. Fui á ver seguidamente á Amelia y la encontré tan tierna, tan afectuosa conmigo como siempre. Cuando estuvimos solos me reveló su casamiento secreto, y senti tanto este suceso, que cuando mi hermana me presentó á su esposo le saludé con frialdad; él hizo lo mismo conmigo, y nos despedimos sin abrazarnos, sin darnos el dulce título de hermanos.

No era yo capaz de revelar el secreto de mi hermana; pero una criada á quien Santbon había reconvenido severamente por varios defectos graves, concibió y llevó á cabo el designio de perder á los dos esposos. Salióse de la casa, fué á la de los Deslinieres y les descubrió el secreto del matrimonio de Amelia con Santbon.

Enfurecidos aquellos con semejante noticia, al siguiente día fueron á casa de su hermana, llenaron de improperios á ambos esposos, y cuando Santbon quiso hacer valer sus derechos de marido y dueño de la casa para hacer salir de ella á los Deslinieres, y que dejasen de insultarlos, estos últimos dijeron que el que tenía que salir de allí era Santbon; que la escritura matrimonial era falsa, el sacerdote que les había unido un impostor, los testigos gentes sobornadas y el matrimonio en fin no había sido mas que una apariencia de sacramentos. Por último Santbon se revistió de toda la energía de que era capaz, y consiguió hacer salir de allí á mis pérfidos hermanos, los cuales al marcharse intimaron á Amelia la orden de despedir á Santbon, pues su matrimonio era falso y simulado.

Consternados quedaron los dos esposos: Amelia se creía ya separada de su marido y encerrada en una prision por toda su vida; lo que la hizo caer en una especie de delirio que la hacía decir mil despropósitos. Santbon, lleno de pesadumbre por la debilidad del juicio de su esposa, y ambos temiendo un porvenir lleno de pesares y sobresaltos, tanto mas terribles cuanto que mi hermana se hallaba en cinta ya hacía algunos meses. Llegué yo en aquel mo-

mento, y aunque no me asombré del atrevimiento de los Deslinieres, cuya perfidia conocía, temí el peligro en que Amelia y su esposo se encontraban; procuré tranquilizar á aquella, y les prometí ponerme de su parte para contrariar los inicuos planes de mi hermano mayor. Mientras yo acompañaba y tranquilizaba á Amelia, Santbon fué á consultar con un letrado, el cual le dijo que el matrimonio era válido, como también la escritura, y que ningún requisito le faltaba por donde pudiese adolecer de nulidad.

Fuí á París al siguiente día, y encontré á Deslinieres solo en casa; me habló del casamiento de Amelia, y se admiró de que ya estuviese yo enterado de él, y mucho más de que no me pusiese de su parte para perseguir á los dos esposos. Me habló con imperio, me amenazó, pero yo le contesté con una dignidad y energía que no creía encontrar en mí, diciéndole que de ningún modo contase conmigo para atormentar á mi hermana y su marido. Todo al contrario, me pondría de parte de estos para defenderlos.

En esto entró madama Deslinieres, y dejándose caer en un sofá manifestó que según el parecer de los jurisconsultos el acto era válido... y que el úni-

co medio que había era encerrar á mi hermana como loca... ¡Qué horror! exclamé yo. Al oír estas palabras la Deslinieres comprendió que yo no era de su partido y se desató en injurias contra mí, las que desprecié retirándome á desempeñar varias negociaciones relativas á mi regimiento, de que venía encargado, en las cuales ocupé algun tiempo y durante él transcurrieron sucesos que estaba yo muy distante de prever.

Dos dias emplearon los Deslinieres consultando abogados, y sus pareceres fueron en todo uniformes y favorables á Amelia: imploraron la proteccion de los amigos, acudieron á los tribunales y nadie se prestó á sus inicuos proyectos. Viendo ya que todos sus esfuerzos por las vias legales eran inútiles, acudieron á un ardid que por de pronto les surtió todo el efecto que deseaban. Deslinieres falsificó una órden de uno de los primeros magistrados, y desfigurándose el rostro con supuestas cicatrices, cubriéndose con una peluca la cabeza, en forma que era imposible conocerle, se vistió de comisario de policía; sobornó media docena de hombres perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del Rey, hizo que le

abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbont y Amélia, mostraron la supuesta órden. Aquel clamó contra la impostura con que había sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacía mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demás á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

A la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ageno de pensar en lo que había ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policia me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto: ¿quién, pues, había

dado la órden de arresto contra la infeliz Amelia?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le ví en tal estado de dolor y de enagenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba media legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á Mr. Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

TARDE LIV Y ÚLTIMA.

EL PROTECTOR.

Al magnate protector
 Del talento y la inocencia;
 Que en santa beneficencia
 Se ejercita con ardor,
 En trasunto del Señor
 Su caridad le transforma;
 De aspecto cambia y de forma
 La poblacion en que habita;
 La miseria en ella evita,
 Y las costumbres reforma.

REUNIDA la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. Lerval su historia en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de san-

ta Aurea, con una carta de Amelia, que decía así:

«¡Sin duda, amado esposo, derramas tantas
»lágrimas como yo! sabe que los bárbaros que me
»arrebataron de tu lado me han traído á Paris,
»sin hablarme una palabra en todo el camino;
»luego me han depositado en el convento de san-
»ta Aurea, calle de Postas, cerca de la Estrapa-
»da, especie de prision destinada para mugeres,
»ó de vida sospechosa, ó insensatas, que deben
»permanecer aquí el resto de sus dias. Todavía
»nada sé de este convento. No he tenido tiem-
»po sino para pensar en tí, y escribirte esto poco,
»que confío á un hombre que la casualidad me
»ha presentado, y á quien recompensarás genero-
»samente. ¡Ay! aquí no puedes verme ni hablarme,
»pues tú solo eres esceptuado de lo que á todos
»los demás se permite. Trabaja por mi libertad, y
»cuenta siempre con mi firme amor.»

El conductor de esta carta, agradecido á la generosa recompensa que recibió de Santbon, le ofreció sus servicios, y en efecto se encargó de otra para Amelia, en que su esposo la prometía hacer lo posible por obtener su libertad, y la encargaba como medio mas á propósito para conseguirlo que procurase dominar su razon, para que no pu-

diesen argüirla de demente, y por último la hacia las protestas de amor mas espresivas.

Despedido el demandadero, fué Santbon á darme noticias del paradero de Amelia, y yo le aconsejé, conociendo la perfidia de Deslinieres, que mudase de domicilio y no volviese á su casa sino muy raras veces, y que para seguir la comunicacion con Amelia se viese con el demandadero en parajes ocultos y horas desusadas, lo cual ejecutó con puntualidad, y de este modo siguieron su secreta correspondencia.

Seguidamente fui á casa de mi hermano y con las mas amargas espresiones reprendí su proceder, logrando que tanto él como su muger me tratasen con la mayor altanería. Me diriji donde estaba mi hermana, y diciendo quién era me permitieron verla: dijo tantas necesidades que llegué á persuadirme que había perdido el juicio, por lo que me retiré penetrado de dolor.

Durante los siguientes tres meses, mi hermano entabló el recurso de nulidad del casamiento de Santbon con mi hermana, acusando á aquel de intrigante que había abusado de la falta de juicio de esta, para que se casase con él y le cediese sus bienes. Amelia entre tanto seguía presa y lo que mas

llamaba la atención era que habiendo sido sacada de su casa por un comisario y con orden de la autoridad, tal orden no aparecía en el proceso, y en el convento había sido entregada á la superiora, no por el comisario, sino por su hermano Deslinieres. Santbon había justificado plenamente la agresión en su casa de un hombre público con fuerza armada; y este problema nadie sabía explicarle. Pero el hecho fué que Deslinieres acompañó á su hermana hasta cerca del convento en traje de comisario; allí inmediato bajó del coche y en casa de un confidente suyo dejó el disfraz, volviendo al carruaje con sus vestidos usuales, y de este modo se dió á conocer á la priora, consiguiendo que recibiese á Amelia.

Por último tanto hizo mi hermano y tanto dinero derramó, que Amelia fué declarada demente, despojada de la administración de sus bienes, la que se confió á Deslinieres; el matrimonio se anuló como celebrado entre un intrigante y una loca, y Santbon, por haber abusado de la confianza de una señora rica pero insensata, fué condenado á perpétua prisión.

Yo, que siempre había deseado favorecer á los dos desgraciados esposos, pedí al momento un testi-

monio de la sentencia, con el cual requerí á la priora para que me entregase á mi hermana, lo que ejecutó; la llevé inmediatamente á mi casa donde la esperaba el infeliz Santbon, y despues que hubieron dado libre curso á la alegria de abrazarse y al pesar del mal éxito de su proceso, les dí el dinero necesario para que partieran al instante de Paris, encargándoles me avisasen el punto que eligieran para su residencia.

Pasé despues á casa de Deslinieres, donde reunidos los que habian secundado sus intentos en el éxito del proceso, celebraban con esplendidez su resultado. Alegraos, les dije, celebrad vuestra injusticia; pero vuestras intenciones se han frustrado. A estas horas está Amelia con su esposo fuera de vuestros alcances... y ¡ay de vosotros todos, el dia que se llegue á aclarar vuestra injusticia! ¡ay de vosotros el dia que llegue á descubrirse el fingido comisario raptor de Amelia! Pronuncié estas palabras con tal energia, que todos quedaron asombrados. Deslinieres y su muger me lanzaron una mirada de indignacion; yo les dirigí otra de desprecio, prometí no volver á verlos en su casa y me retiré. Al bajar por la escalera oí á Deslinieres que me decia: Vé, miserable y deshonra á tu familia; pierde á tu hermano

por salvar á una loca y un intrigante. Me retiré á mi casa y tranquilizado resolví continuar favoreciendo á mi hermana con medios pecuniarios, y en lo demas dejar que los negocios siguiesen su curso natural sin mezclarme yo en ellos.

Entre tanto habian llegado á Ruan Amelia y su marido, y este, que era excelente fisonomista, al volver una esquina de aquella ciudad habia conocido al que hacia de gefe de los soldados que asistieron al raptó de mi hermana; el pícaro quiso huir al reconocerle, pero Santbon corrió tras él, logró asirle, y por su declaracion supo que el fingido comisario habia sido Deslinieres; condujo al briben á un cuerpo de guardia, dió parte á las autoridades, ante las cuales formalizó su declaracion manifestando quiénes habian sido los demás cómplices, y haciendo remitir las actuaciones á Paris, donde comisionó un agente activo y entendido, en menos de un mes puso el negocio tan en claro, que anulándose la sentencia anterior se condenó á Deslinieres á prision perpétua y restitution de los bienes de Amelia, cuyo matrimonio fué declarado válido.

Deslinieres me creyó autor de este cambio, y despidiéndose de su muger, hija y sobrino, á quienes no debía volver á ver, se dirigió á Ruan adonde supo-

nia encontrarme , y en efecto me había encaminado á dicha ciudad con ánimo de afear á Santbon su encarnizamiento contra mi hermano , y mediar entre ambos á fin de si era posible, reconciliarlos. Cuando llegué á aquella ciudad, encontré á mi hermana próxima á un parto trabajoso, tanto que al dar á luz un hermoso niño , dejó de existir , causando un dolor tan profundo en todos y mas principalmente en su marido, que saliéndose de casa como frenético, pasaron dos dias enteros sin que supiésemos su paradero. Así es que yo en medio del dolor que me devoraba, tuve que atender á los funerales de Amelia, y al cuidado del recién nacido.

Un dia, cuando yo iba á salir en investigacion del paradero de mi cuñado , veo que le traen á casa en una camilla , traspasado de heridas y próximo á espirar; se le suministraron cuantos socorros exigía su estado , y al cabo de algunas horas se consiguió que recobrase el sentido y el habla, y ante los magistrados que le habian conducido declaró: que trastornado su juicio por la pérdida de su esposa, recorria las calles de Ruan sin objeto ni direccion hacia cuarenta y ocho horas, cuando un embozado se presentó á él gritándole: ¡ Ah traidor! ya te encontré por fin, ahora morirás á mis manos. Este embozado era

Deslinieres, que sacando un puñal, antes que Santbon pudiera defenderse, le acometió con tal encarnizamiento, que aun despues de tendido en el suelo continuó hiriéndole sin reparar en la gente que acudía á los gritos de los vecinos. Por último le separaron varias personas, se apoderó de él la justicia y lo llevaron á la cárcel pública; con respecto á Santbon no tuvo tiempo mas que para dar las señas de su casa, y quedó inmediatamente sin sentido.

Afortunadamente las heridas no eran mortales y al cabo de algun tiempo pudo sanar de ellas. Entre tanto se habia formado causa contra el agresor, que fué reconocido como tal por Santbon, quien tuvo la dureza de imputarle la muerte de Amelia; cuyo proceder poco delicado me le hizo odioso y dió motivo á que le abandonase. Acumulados en la causa de Deslinieres, todos sus delitos, no obstante lo mucho que gestioné en favor suyo, fué condenado á muerte afrentosa: Ya lo ves, jóven inconsiderado, me dijo; estos son los efectos de la proteccion que has prestado á esos miserables. Ahora serás señalado como hermano de un asesino castigado por la espada de la ley. Si quieres que muera tranquilo, júrame que *ni Santbon ni su hijo volverán á ver tu rostro.*

Pronunció con tal energia estas palabras, que no

pudiendo yo resistir á su última voluntad, hice el juramento que exigía de mí, con lo cual le abracé llorando y nos despedimos. Al siguiente dia supe que había fallecido en el calabozo: corrió la voz de que se había envenenado por no salir al cadalso, y efectivamente se le encontró en el bolsillo un pomito de veneno. Salí de Ruan sin despedirme de Santbon, volví á París y hallé á la familia de Deslinieres inconsolable; no conocian que la muerte de mi hermano había sido un evidente castigo del cielo por los excesos que su avaricia le habia hecho cometer.

Al principio tuve que sufrir algunos insultos por parte de mi cuñada; despues mi proceder me reconcilió con ella. Deseando borrar en lo posible la memoria de la condenacion de Deslinieres, y vengarse despues á toda costa de Santbon y su hijo, quiso apoderarse de los procedimientos originales, á cuyo fin fuimos á Ruan, y á fuerza de dinero logramos que nos los entregase el escribano; aunque no nos dijo lo que despues casualmente supimos, y fué que había dado una copia de ellos á Santbon, cosa que le interesaba demasiado, porque además de la sentencia contra mi hermano, estaban tambien allí las pruebas legales de su casamiento. Esta noticia nos contrarió, mas no obstante hubimos de consolarnos

con saber que solo había un hombre que poseyese las pruebas de nuestro deshonor.

Santbon, débil y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, había vuelto á París con su hijo, que todavía estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinieres, conducta que le habian dictado el odio y el resentimiento, se hallaba atormentado de los remordimientos. Había perdido á mi hermana y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco, y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al instante mandé á mi criado que le despidiese; pero que procurase saber dónde vivia, pidiéndole señas exactas de su casa. Dijo pues el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él cuanto yo solicitaba, pues me conocía demasiado Santbon para recelarse de mí. Yo no me proponía volverle la visita; pero un resto de interés me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso que quisiese ejecutarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadía de contarle todo á mi cuñada, y dar-

la las señas que me había dejado. Madama Deslinieres, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un día á verle, en mi nombre, á su sobrino Dercour, á quien Santhon no conocía. Este muchacho en efecto se le presentó, y le dijo: Mr. de Lerval se halla indispuerto, y no puede venir á veros; pero me ha encargado que os entregue de su parte esta corta espresion para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistía este regalo en frutas, dulces y varias cosas de pasta. Admirado Santhon de recibir esta fineza, quedó un rato suspenso. (Bien se deja conocer en esta ocasion el poco juicio de mi cuñada.) Recibió, pues, el regalo; al ponerle sobre una mesa se cayó un pastelillo, y un perro, que siempre le acompañaba, se le comió al instante; luego empezó á dar terribles alaridos y cayó muerto. Al punto Santhon llamó á un vecino, que era oficial de justicia, y vivia en un cuarto contiguo al suyo. Acudió este hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad, y determinó llevarle preso; pero Santhon tuvo la consideracion de avisarme antes que se verificára la traslacion de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente; por casualidad el oficial de justicia era amigo mio, y pude sofocar el

asunto en su mismo origen. Santbon, por mediacion mia cedió su derecho; y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa le escribí lo siguiente:

«No ignorais que sois causa de mi deshonor, y
»de la pérdida de cuanto amaba en el mundo. Estais
»arruinado y teneis enemigos poderosos y vengati-
»vos. A pesar de todos los motivos que tengo para
»aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y protejeros,
»si os sometéis á todos mis consejos. He visto á
»vuestro hijo, y me ha conmovido; aunque en edad
»tan tierna he reconocido en él todas las facciones
»de su madre, que son las mias, pues Amelia se me
»parecía mucho. No puedo abandonaros; pero exijo
»que olvideis todo motivo de queja contra mi cu-
»ñada, cuyo resentimiento es legítimo; evitad la
»venganza de esta, para que no haya mas víctimas
»del odio en mi desdichada familia. Habreis estra-
»ñado que no os haya visto ni hablado sino lo
»muy preciso para la composicion del último lance,
»en cuya ocasion ví á vuestro hijo; pero este es un
»secreto que no debo revelaros. Básteos saber que
»no me es dado el veros; pero vivid persuadido de que
»cuidaré de vuestra seguridad y de la de vuestro ni-
»ño. Confíad en mí y sed dócil. Mudad al punto

»vuestro nombre en el de Lonchamps, que solo de
»mí será conocido, y tomad otra habitacion en al-
»gun barrio distante del en que ahora vivís. Yo ha-
»ré creer que habeis pasado á nuestras colonias, y
»vuestros enemigos no os perseguirán. Reflexionad
»bien, y contestadme ó para huir de vos para siem-
»pre, ó para ser vuestro protector.»

Santbon, que me estimaba mucho, me respondi-
dió que haría todo cuanto fuese de mi agrado. Este
hombre estaba arruinado por la malignidad de Des-
linieres, que había contrahecho la firma de mi her-
mana, fingiendo deudas que escedian á su capital.
Los supuestos acreedores se apoderaron de todo; y
aunque se les podía entablar un pleito sobre la le-
gitimidad de estas deudas, hubiera sido nunca aca-
bar; y Santbon, además de quedar espuesto á los
tiros de mi cuñada, se resentía continuamente de
las heridas. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le
fué bien. Vivió tranquilo é ignorado bajo el nom-
bre de Lonchamps, que trasmitió á su hijo, hasta
una edad bastante avanzada. Nunca le ví; pero le
colmé de beneficios; mantuve su casa con opulencia;
su hijo fué muy bien educado, y nadie sino yo supo
las desgracias que le habian precisado á mudar de
nombre. Sin embargo, devorado por los remordi-

dimientos, viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salía, y encerrado en su gabinete pasaba dias enteros leyendo las cartas que su muger le había escrito desde el convento, todas las piezas del primer proceso que había perdido, y las del último que eran el objeto de los deseos de Madama Deslinieres. Con esta ocupacion se exaltaba cada dia mas su cabeza; y ya sabeis que, sin saber por qué, la víspera de su muerte quemó todos estos papeles. Por este medio nos hizo un favor que tanto habíamos deseado. En mucho tiempo no supe que Santbont había quemado estos documentos, y apenas hace seis meses que lo he sabido por un criado que entonces le servía; pero volvamos á su hijo.

Yo había dicho á mi implacable cuñada que Santbon había marchado á las colonias, y lo creyó; pero un dia, casualmente, pasó por una calle en que se halló detenida por la pompa de un entierro. Detrás del acompañamiento vió á un jóxen vestido de luto, que lloraba amargamente, ¡y tan parecido á Amelia que la chocó, recordándola objetos que tanto detestaba. Informóse del nombre del difunto, y la dijeron que se llamaba Mr. de Lonchamps, mostrándole su hijo y casa. Sospechó que su enemigo hubie-

se cambiado de nombre; fué á la casa de donde habia salido el acompañamiento, y se aumentaron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persundida de que yo estaba dispuesto como ella á la venganza, me comunicó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien despues casó con su hija, solicitó una órden para hacer salir de París á un vagamundo llamado Lonchamps. Dercour, que tenía bastante influjo, obtuvo fácilmente la órden; y el jóven Lonchamps, no habiendo salido de París, á pesar de habérselo yo mandado, fué espionado, y se supo que vivía en la calle de la Universidad; pero yo desvanecí todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la órden. Por un retrato que yo tenía de mi hermana Amelia, hice sacar otro en miniatura, y se le envié á su hijo juntamente con un reloj y una sortija, que habian sido alhajas suyas; pero me opuse á que se estableciese en ninguna de las oficinas de París, y contrarié todas sus diligencias. Ya no era yo jóven, me habia casado ocho años antes de la muerte de Santbon; y mi esposa, que murió dos despues de nuestro matrimonio, me habia dejado una niña, la cual, en la época en que me declaré protector de Lonchamps, tenía seis años. Siempre habia cuidado de este, y el amor que tuve á mi hermana me empeñaba

á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizá por un necio escrúpulo, mantenía la palabra que había dado á mi hermano; pero resolví eludir su objeto, salvando las apariencias, diciendo entre mi: Mi hermano quiso que ninguno de los de Santbon me viese, y así bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del jóven Lonchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho mas, si este jóven se presta dócilmente á mis preceptos, y si adquiere buenas cualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lucía, y por este medio confundiré todos los motivos de odio; pero Justino (que este es su nombre) es aun muy jóven, y para llevar á cabo mi plan es preciso que pasen todavía diez años. Le haré viajar, y en tanto acaso podré conciliar en su favor los corazones de su tia y de sus primos. ¡Oh hermano mio! pienso que esto es cuanto puedo hacer por tu memoria.

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinieres y sus partidarios, mandé á Lonchamps que viajase; pero temiendo las cautelas de sus enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora direis ¿cómo pudisteis saber tan exactamente todos sus pasos, y hasta sus mas leves acciones, así

como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viajes? Nada de esto me fué difícil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocía Lonchamps, le seguía por todas partes á caballo, y me daba cuenta de todos los sitios en que se detenía, y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, á Burdeos, etc. etc. En todas partes le veía á mi satisfacción, sin que me conociese, y examinaba con placer sus facciones, por ser tan parecidas á las de mi hermana. Sin embargo, temía que me descubriese, porque le habian dicho que yo me parecía mucho á él, y recelé algunas veces observando que con el mayor cuidado examinaba las fisonomías de cuantos le rodeaban, entre los cuales regularmente me hallaba yo. Muchas veces la ternura que me inspiraba me impelia á descubrirme á él, y con esta intencion iba algunas veces á verle; pero por una rara casualidad nunca le hallé cuando fui á visitarle con esta idea. Esto me sucedió en la casa en que vivía en París, en la de la madre de su amigo en Tours, y aun en el café de Burdeos, donde, mas que nunca, le ví á toda mi satisfacción. Casi me descubrió en el jardin de Castel, donde me oyó cantar un romance que en otro tiempo compuse sobre su nacimiento, pero salí bien de este apuro. Por donde quie-

ra, mi prudencia y la sagacidad del hombre que le seguía, me hacian patentes sus acciones, sin que él penetrase el modo con que las descubría. Así viajó diez años, en los cuales tuve bastante trabajo para oponerme á las activas investigaciones de sus enemigos. En fin, mientras estaba en esta granja, el año pasado, supe la muerte de Madama Deslinieres; y entonces, viendo que ya no existía el enemigo mas terrible de mi protegido, mandé á este que fuese á París, y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivía la Deslinieres; pero había transmitido á sus hijos todo el odio que había jurado á la sangre de Santbon, mandándoles que se vengasen en su hijo por todos los medios posibles, y que á toda costa procurasen hacerse con los papeles en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habían, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinieres. Se me presentaron á preguntarme si sabía algo del hijo de Santbon; y para que cesasen en sus persecuciones, les respondí que este jóven despues de la muerte de su padre, había pasado á nuestras islas, de donde nunca volvería. No quedaron satisfechos de mi respuesta, y justamente sospecharon que me interesaba en la suerte de su primo; mas no atre-

viéndose á romper abiertamente conmigo, espieron con sigilo mis pasos, y descubrieron que yo protegía á un tal Lonchamps, que desde entonces se les hizo sospechoso.

Mi papel se hacía mas difícil cada dia. Por una parte necesitaba velar sobre mi protegido, sin darme á conocer á él antes de la época del matrimonio que meditaba como único medio para concluir este asunto; por otra debía instruirme de todos los proyectos de los Dercour, porque conocía que andaban recelosos. Gané para este efecto á un antiguo criado suyo, que era su confidente, y me avisaba de todos sus planes. Así supe que Dercour había descubierto la habitacion de Lonchamps en la calle de Vaugirard, y que debía ir á verle y examinar con alguna cautela si era el hijo de Santbon. Avisé á Lonchamps, para que estuviese prevenido contra la perfidia de esta visita, y así Dercour se quedó con las mismas sospechas. Luego fué á verle madama Dercour, y yo no tuve mas arbitrio que hacer á Fermin que cantase en la escalera para precaver cualquiera indiscrecion de su amo. Conocía que Dercour era capaz de batirse con el hijo de Santbon, y aun de asesinarle cobardemente, lo que estuvo á pique de suceder una

noche que entrambos habian ido al teatro de la ópera. La pieza que se ejecutó era *el Prisionero Americano*, y en ella se representaba la muerte afrentosa de un preso. Madama Dercour renovó la memoria del fin trágico de su padre, y acompañada de su esposo salió del teatro dirigiéndose hácia el boulevard, donde su afliccion la hizo perder el sentido, á tiempo que Dercour reconoció en el mismo parage á Lonchamps y le atacó, sin mas causa, como ya habeis oido. Yo, que por una feliz casualidad me hallaba allí, hice llevar á Lonchamps á mi casa de Bagneux; y entrando en el coche de los Dercour, los acompañé á su casa, donde les reprendí ágríamente su proceder respecto de un hombre que, aunque era conocido mio, nada tenía que ver con sus resentimientos particulares. No se mostraron muy satisfechos con mis razones; y esto me obligó á ocultar con mas cuidado al desdichado que perseguian. Hice que se retirase á una casa próxima al boulevard del norte, y le mandé que no saliera, particularmente de dia; pero su imprudencia le hizo descubrirse nuevamente, y encendió la rabia de sus enemigos, que llegaron á hacerle conducir á su misma casa, donde en una sala habian erigido, creo que por pura va-

nidad, un cenotafio á la memoria de su padre y madre, colocando en él los retratos de estos y los de todos sus parientes. Lonchamps habia caido en un terrible lazo; pero el antiguo criado de Dercour me avisó del caso, y acudí al remedio, presentándome en casa de los Dercour, amenazándoles con todo el peso de mi indignacion, y con la resolucion que habia formado de hacer pública su conducta, si continuaban persiguiendo á un jóven infeliz á quien yo favorecía, y nada sabia de cuanto le habian preguntado.

Recobró Lonchamps su libertad, y yo prendado de su discrecion, y de la prudencia con que sin conocerme ayudaba mis ideas, resolví adelantar el plazo de su felicidad. Mi hija me amaba, y yo estaba seguro de que Lucía tenia muy libre su corazon; la confié mis pensamientos, é hice que viera á su primo en el Cármen. Mutuamente quedaron satisfechos, y desde entonces preparé su union en mi oratorio de Bagneux, que se verificó en la forma que mi sobrino os ha referido.

Yo habia convidado para esta funcion á los Dercour, sin decirles quién era el destinado á ser feliz esposo de mi hija. Fueron muy tarde á Bagneux, y por Lonchamps sabeis cuán atónitos quedaron al

saber que mi yerno era efectivamente el hijo de Santbont como lo habian sospechado; pero mi ascendiente sobre ellos, mi autoridad, el respeto que me debian, y mas que todo, el temor de que fuesen perseguidos por la justicia á causa del lance referido del veneno, reprimió su furor, y estinguió la sed de su venganza. Además les prometí una parte de mi hacienda; y esto solo bastaba para calmar dos corazones tan codiciosos como los de sus padres. Desde entonces nos visitan, y bien sea por afecto, ó por pura política, proceden muy bien con nosotros.

Tal es, amigos míos, la singular historia de las desgracias de vuestro amigo Lonchamps, y tales han sido los motivos que me han obligado á no presentarme á sus ojos por espacio de diez años: motivos sin duda extravagantes, bien lo conozco; pero eran los medios mas seguros para lograr mis fines. Estas aventuras, hijos míos, os manifiestan que el lazo que une á los padres y los hermanos es sagrado; y que una vez roto, puede exaltar todas las pasiones, y sumergir á cualquiera familia en toda especie de infortunios.

Mr. Lerval terminó así su relacion, y nuestros jóvenes admiraron las virtudes de este anciano, que durante su vida habia debidamente desempeñado

las funciones de buen hermano, excelente amigo, tío generoso y padre sensible, y se propusieron tomarle por modelo si alguna vez se veían en tales circunstancias, aunque huyendo siempre de misterios, y mas aun de juramentos innecesarios.

CONCLUSION DE LA OBRA.

La entrada del invierno terminó las reuniones de nuestra familia bajo el emparrado. Por otra parte los hijos de Palemon, ya no necesitaban mas lecciones de virtud y moral que las que les había prodigado su buen padre. Eran ya hombres sensatos y reflexivos, y Palemon recogía el fruto de la educacion que les había dado. ¡Cuánto se complacía de los muchos trabajos que le había costado el grabar profundamente la virtud en sus corazones! Los había instruido con ejemplos, y con sumo placer veía que ellos los daban muy grandes y agradables de respeto filial, de amor fraterno, y de todas las virtudes sociales. Dos años habían hecho en ellos un prodigioso efecto. Armando tenía ya mas de diez y ocho: su padre le envió á París, donde se perfeccionó en las matemáticas, tanto que obtuvo la cátedra de esta ciencia, y cinco años despues se casó con Enriqueta, que aunque había perdido á su padre, no dejó de hallar otro en nuestro buen Palemon. Julio trabajó al lado de su protector, y se hizo el mejor agricultor de la comarca. Palemon, ya muy viejo y bastante achacoso, necesitando apoyo y

descanso, le cedió su granja y campos, dándole al mismo tiempo la mano de Adela, que fué muy buena esposa y madre.

Benito siempre era turbulento y vivo; su padre quería que fuese marino, pero él no quiso separarse tanto de Palemon. Dibujaba perfectamente, adquirió conocimientos en todas las artes, y llegó á ser un escelente arquitecto: se casó en París, y prosperó en sus negocios.

Leon se aplicó al comercio; pero no pudo abandonar las Musas, que habian sido el embeleso de su juventud; se ilustró en este precioso ramo de literatura, y en el dia es uno de nuestros autores mas distinguidos, y la delicia de su anciano padre, el cual consiguió de Mr. y madama de Leclerc que le dieran por esposa á su sobrina Rosalía.

Todos cuantos participaron de la diversion de las tardes continuaron siendo amigos de Palemon y sus hijos, que siempre vivieron exentos de los males que el hombre insensato se proporciona á sí mismo, gracias á la buena educacion que Palemon los habia dado, y á la docilidad con que ellos habian recibido sus lecciones.

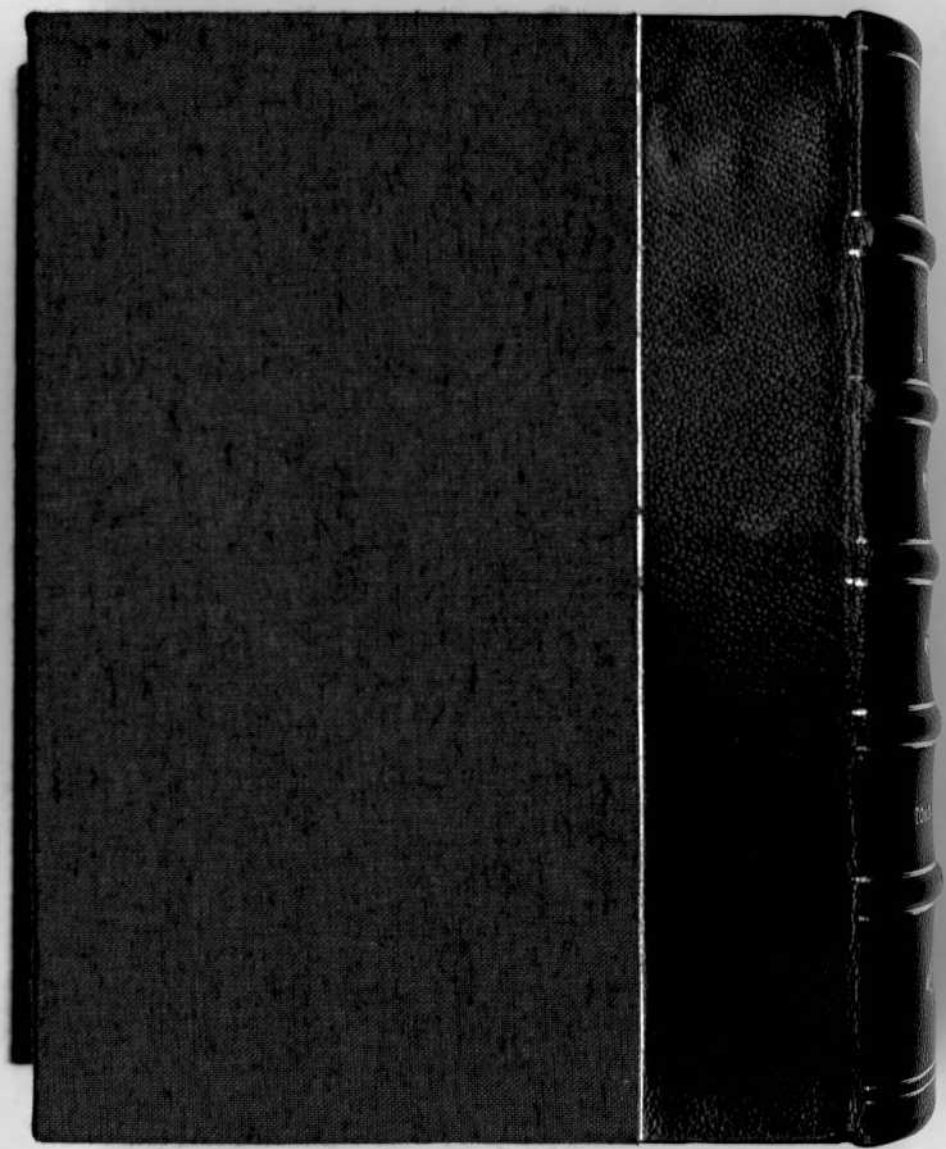
TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO CUARTO.

TARDE XLIII. <i>El buen eclesiástico. Concluye la historia del mal padre.</i> Pág.	5
TARDE XLIV. <i>La Avaricia. Continúa la historia de Emiliano.</i>	19
TARDE XLV. <i>La Felicidad mundana. Continúa la historia de Emiliano.</i>	45
TARDE XLVI. <i>Nada hay oculto. Fin de la historia de Emiliano.</i>	69
TARDE XLVII. <i>Los placeres inocentes.</i>	85
TARDE XLVIII. <i>Las Pasiones. Historia de Mr. Lucas.</i>	105
TARDE XLIX. <i>Las confianzas.</i>	124
TARDE L. <i>Los celos. Historia del viaje de los cinco niños americanos.</i>	137
TARDE LI. <i>La Imprevisión. El Amor fraternal, drama en un acto.</i>	155

TARDE LII. <i>La Paciencia. Continuacion de la historia del hombre invisible.</i>	175
TARDE LIII. <i>El falso honor. Continúa la historia del hombre invisible.</i>	210
TARDE LIV y ÚLTIMA. <i>El Protector. Fin de la historia del hombre invisible.</i>	222
CONCLUSION DE LA OBRA.	245





LAS TARDES
DE LA GRANIA



TOMOS I II III Y IV

